

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS OSCENSES

HOMENAJE A RICARDO DEL ARCO

I



N.º 25

HUESCA
MCMLVI

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

(Patrocinado por la Delegación Provincial de Educación Nacional
y por la Excma. Diputación Provincial de Huesca)



CONSEJO DE REDACCION

Director: Miguel Dolç.

Secretario: Federico Balaguer.

Vicesecretario: Asunción Martínez Bara.

Administrador: Santiago Broto.

Redactor jefe: Antonio Durán.

Colaboran en este número: Virgilio Valenzuela.—Salvador María de Ayerbe.—
María Dolores Cabré.—Joan Amades.—F. Bernal.—Mariano
Burriel—J. L. Cortés.—T. Jaime Castejón.



ARGENSOLA se publica en cuadernos trimestrales formando un volumen anual
de unas 400 páginas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

ESPAÑA.—Suscripción anual, 60 ptas.; número suelto, 16 ptas.; número retrasado, 24 ptas.

EXTRANJERO.—Suscripción anual: Portugal, Hispanoamérica y Filipinas, 65 ptas; otros
países, 70 ptas.

Redacción, Administración y Distribución: Avenida Generalísimo, 16 - Teléfono 190

H U E S C A

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS OSCENSES

HOMENAJE A RICARDO DEL ARCO
I



N.º 25

S U M A R I O

ESTUDIOS:

	Páginas
Nuestro don Ricardo, por <i>Miguel Dolç</i>	1
Breve nota biobibliográfica sobre Ricardo del Arco, por <i>Federico Balaguer</i>	5
La preparación bibliográfica y documental de los escritos de Del Arco, por <i>Mariano Burriel</i>	55
Rondalles de mai acabar, per <i>Joan Amades</i>	67
La mujer y el libro, por <i>María Asunción Martínez Bara</i>	83
Notas de archivo, por <i>Antonio Durán Gudiol</i>	93

INFORMACIÓN CULTURAL:

Ciclo de conferencias organizado por el Instituto Laboral «Hermanos Argensola», de Barbastro. Última conferencia de R. del Arco, por <i>F. Bernal</i>	101
Inauguración de la Biblioteca Pública de Huesca, que se denominará «Ricardo del Arco», a iniciativa del Gobernador civil, por <i>D.</i>	101
Homenaje póstumo de la Sociedad de conciertos y del Orfeón a D. Ricardo del Arco y D. Mariano Lacasa, por <i>J. Jaime Castejón</i>	103
Don José María Lacasa, sucesor de Ricardo del Arco en el Instituto Cultural Hispánico de Aragón, por <i>S. Broto</i>	103
Provisión de vacantes producidas por la muerte de Ricardo del Arco, por <i>J. L. Cortés</i>	104

BIBLIOGRAFÍA:

Libros:

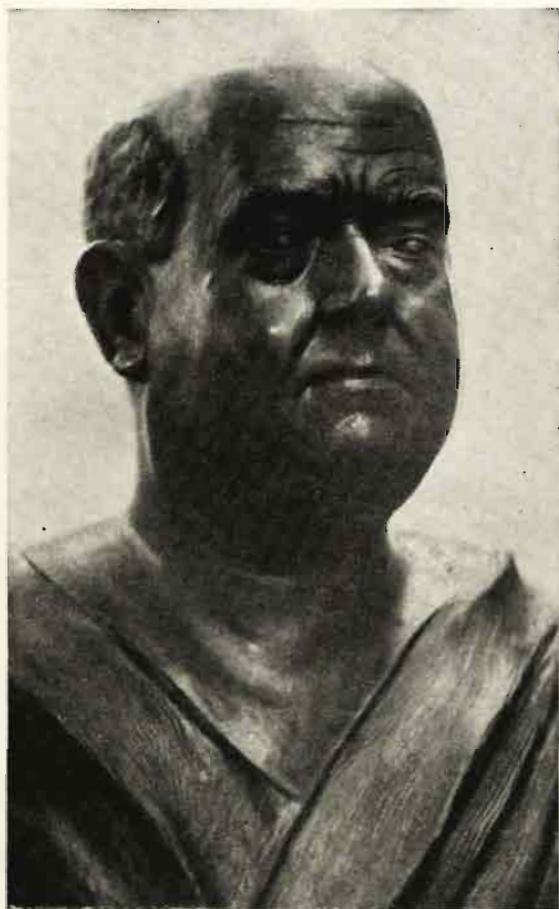
Historia de España. España cristiana, por <i>Virgilio Valenzuela Foved</i>	105
ARCO, RICARDO DEL: Figuras aragonesas. Serie tercera, por <i>Federico Balaguer</i>	106

Artículos:	Páginas
ARCO, RICARDO DEL: Modificaciones de vías romanas en la Edad Media, por <i>Federico Balaguer</i>	107
OLIVÁN BAILE, FRANCISCO: La musa Clío viste de luto. Ricardo del Arco y Garay (1888-1955), por <i>Federico Balaguer</i>	108
LOSTE, LORENZO: In memoriam. Una recia figura aragonesa, por <i>Federico Balaguer</i> ..	108


Dibujo de *Jesús Paredes*

ARGENSOLA no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y afirmaciones contenidas en sus escritos.

Los estudios y comentarios que se ofrezcan para ser publicados en la revista deberán ser originales, de carácter estrictamente científico o literario, e inspirados —aunque no de un modo exclusivo— en temas altoaragoneses. La Redacción se reserva la libertad de modificar, en ciertos aspectos accesorios, si le pareciera conveniente, los trabajos presentados.



MEMORIAE
OPTIMI · AMICI · ET · MODERATORIS
RICHARDI · DEL · ARCO
ACADEMIA · OSCENSIVM · STVDIORVM
GRATO · ANIMO
D · D



Busto de R. del Arco por el escultor AVENTIS.

(Foto: RICARDO COMPAIRÉ)

NUESTRO DON RICARDO

Por MIGUEL DOLÇ

POR la tarde del 7 de julio del pasado verano había bajado al jardín de mi hogar oscense para gozar un rato de agradable temperatura—ya se me perdonarán los pormenores personales y anecdóticos en estas íntimas líneas de homenaje—, cuando llegó rápidamente a mis oídos la escalofriante noticia: don Ricardo del Arco acababa de ser víctima de un vulgar accidente de circulación. Irrumpió en seguida en mi mente la imagen de otra gran figura, una de las cúspides de la arquitectura moderna, Antonio Gaudí, igualmente sacrificado bajo el ciego ímpetu de un vehículo, en Barcelona: esta muerte violenta dejó en mi niñez una imborrable huella. El parangón era, desde luego, meramente fortuito; bajo el mismo signo de la fatalidad se habían asociado en la mente dos nombres distantes y extraños el uno al otro, sólo emparentados por vínculos de orden artístico y por la ley del destino.

A las pocas horas don Ricardo dejaba de existir. No pude menos de sentir a mi alrededor un enorme vacío. Se cerraba con aquella desaparición una fértil etapa en la historiografía aragonesa. Nosotros, los que tratábamos a diario a don Ricardo, nos veíamos abruptamente privados de un amigo leal y de un imprescindible asesor. Durante doce años mi trato con él había sido constante, vivo y próximo. En los caminos más aparentemente dispares—cultura, arte, historia, humanismo, música, industria—, nos encontrábamos a menudo todos, quién más quién menos, con su elevado y extenso magisterio, con su inteligencia y su consejo. Ya a raíz de mis primeras oposiciones a cátedras de Instituto, me habían asegurado en Madrid que hallaría en Huesca un mentor, un colaborador y un compañero de relieve en la persona de don Ricardo,

Su nombre ya me era familiar desde los días amargos de la guerra civil, cuando leía en mis continuas andanzas por tierras navarras y aragonesas sus artículos publicados en la prensa de Zaragoza. La profecía no podía dejar de tener feliz cumplimiento. Durante doce años no hubo solución de continuidad en nuestros intercambios de orden material y espiritual: libros, artículos, dudas, impresiones y polémicas.

Me asombraba particularmente su extraordinaria capacidad de trabajo y, dentro de este ámbito, su apasionada entrega a la grandeza de las pequeñas aficiones. Sólo en raras ocasiones—como yo comentaba en otra circunstancia—puede dar fruto cierto el intento de abarcar, en visión de conjunto, el estudio de un extenso período cultural, de una nación, del universo. Cuanto más lejos se extiende la mirada, menos preciso es el horizonte, menos exactos los puntos de referencia. La implacable especialización, tónica de nuestro tiempo, impone al espíritu más sagaz y a la inteligencia mejor organizada límites fijos o estrechos en sus ambiciones. Sólo de la contribución de todos puede surgir la arquitectura de una teoría científica, de una historia nacional, de un esquema literario.

De donde, precisamente, la grandeza de estas pequeñas aficiones al fenómeno regional o el nacimiento de los institutos de estudios locales tan favorecidos por la política cultural de nuestros días. No me refiero, claro es, al ejemplar, tan típico entre nosotros, del «sabio local», improvisado y sucinto, que poco a poco se extingue sin dejar rastro positivo de su paso y sin franquear el breve coto de una admiración pueblerina; sus conceptos, con todo, aun los más fantásticos, merecen casi siempre respeto y atención. Aludo aquí al investigador, académicamente bien formado, que consagra su saber a la convivencia estricta con un retazo especial del alma histórica de una nación o de la humanidad: con la región, con la comarca, como partes integrantes de una superior unidad orgánica.

La especialización ha abonado la florescencia de estos investigadores sin los cuales menguado sería el poder de la ciencia. Don Ricardo del Arco era, creo yo, el prototipo más limpio y más brillante de dichos investigadores; su nombre será siempre retenido como un símbolo. Este granadino singular—precisamente en Granada le he recordado con emoción unos días atrás, al pasar por Fuente Vaqueros, donde nació hace cincuenta y ocho años Federico García Lorca—, afincado desde su mocedad en Huesca, ha dedicado más de cuatro fecundos decenios, mediante libros, artículos de revista y periódico, lecciones, conferencias

y charlas radiofónicas, a la interpretación histórica, cultural, literaria y artística de una de las zonas peninsulares menos conocidas y acaso más inasequibles, la zona aragonesa. Dos circunstancias dieron últimamente nuevo brillo a su luminosa estela de escritor: la obtención del único premio concedido por el Ministerio de Educación Nacional en el concurso convocado con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, por su obra *La sociedad española en las obras de Cervantes*, y la publicación de *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztaaroz*. Nótese que, al señalar dichas obras, rebasamos propiamente los límites regionales a que antes aludíamos y nos movemos en todas las dimensiones de un ciclo cultural o histórico.

He aquí, precisamente, el resultado más fértil del autor de serios estudios parciales, encaminado a la reconstrucción de todo un pasado. La monografía es, más que un fin, un medio; el episodio puede distraer, pero no dejar satisfecho. Al mismo Ricardo del Arco adeudamos otras cuatro obras de carácter general: *Fernando el Católico, artífice de la España imperial*, *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, *La idea de Imperio en la política y la literatura española*, las tres galardonadas en concursos nacionales, y *Grandeza y destino de España*. Su semblanza, verdaderamente compleja, se resiste al análisis elemental: no es ésta, por otro lado, nuestra intención en estos momentos. Subrayemos sólo que *La erudición española* es una de las contribuciones más documentadas al estudio de la erudición en la España del Seiscientos, precursora de nuestro siglo xviii, en que nacen las Academias. El momento histórico es impresionante: desde su retiro de Zaragoza el doctor Juan Francisco Andrés de Uztaaroz, erudito y creador, polariza las más sanas inquietudes de los sabios de la época: Lastanosa, Nicolás Antonio, Rodrigo Caro, González Dávila, Pellicer, Tamayo de Vargas, Gómez Bravo. Mencionamos estos nombres porque ellos, con el de Gracián, crean el clima en que se sentía más a gusto don Ricardo.

Hasta en sus obras de carácter general, como se ve, concentraba Ricardo del Arco sus investigaciones bajo el denominador común del aragonesismo. El punto de apoyo era firme y compacto. De aquí el indudable vigor y reciedumbre de su labor, mantenida a un ritmo sorprendente en la misma cúspide de su existencia que hacía presagiar una ancianidad poderosa. Los que gozábamos de su conversación diaria en el Instituto o en el Museo, no llegamos a explicarnos la fertilidad de sus horas transcurridas en bibliotecas, archivos y viajes. No habrá aspecto de Aragón, en especial del alto Aragón, en el que no haya sumergido las

antenas de su inquisición y de su sensibilidad: castillos, monasterios, monumentos, geografía, historia, arte, literatura, prensa, personajes, costumbres, recuerdos, folklore, etnografía.

El fenómeno de una entrega total de este género es patrimonio de unos pocos. Y es que Ricardo del Arco, trasplantado a una región que era suya sólo por adopción y con la que supo identificarse, no buscaba en el pasado un alivio a las pesadumbres del presente, sino la añoranza, en todos los asuntos, del porvenir. Los tres tiempos forman realmente en su obra una entidad: Aragón. Ciertas rectificaciones de carácter histórico, como la rehabilitación de Fernando el Católico, hoy tan en boga, traen de él su origen. Aquí reside el alcance, a veces de irradiación ecuménica, de la afición a las pequeñas motivaciones regionales.

Al agruparnos, hace unos años, un conjunto de amigos, sólo impulsados por afanes de índole cultural, en torno de Virgilio Valenzuela, para fundar un Instituto de Estudios Oscenses, tuvimos que ver en don Ricardo del Arco la pieza fundamental del naciente edificio. El fue durante este tiempo, no siempre fácil, nuestro guía y moderador en la doble empresa de la cátedra «Lastanosa» y de la revista ARGENSOLA. Basta hojear los índices de los seis volúmenes de la revista, hasta hoy aparecidos, para comprender el alcance y las dimensiones de su valiosa y múltiple colaboración. Al entrar ARGENSOLA en el séptimo año de su existencia tenía que dedicarle un recuerdo de cariño y gratitud. Quizá no constituya este número, por insuperables dificultades, el merecido y digno homenaje que soñábamos para el maestro. Pero nuestra sangre palpita y nuestro pensamiento quiere sobrevivir en cada una de sus páginas.

Universidad de Sevilla

BREVE NOTA BIOBIBLIOGRAFICA SOBRE RICARDO DEL ARCO

Por FEDERICO BALAGUER

Las presentes líneas, tributo de admiración y de cariño de un discípulo, no pretenden ser ni una biografía ni un estudio de la obra de Ricardo del Arco. El breve espacio de tiempo en que he tenido que redactar este artículo no me ha permitido allegar los indispensables datos ni recorrer toda la extensa producción del erudito historiador, desparramada en varias revistas e incluso en las volanderas hojas de las publicaciones diarias, ni tampoco compulsar y aquilatar las fuentes de que se valió. Mi objeto es solamente dar una idea aproximada del papel que Ricardo del Arco ha representado en la historia de la cultura oscense.

La Huesca de principios de siglo.

«Huesca se presenta al observador como una ciudad muy aragonesa, mucho más aragonesa que Zaragoza, pues ésta respira cierto cosmopolitismo navarro-castellano... Las estrechas relaciones de Huesca con las otras comarcas pirenaicas le hacen participar de las genuinas y más típicas costumbres de la tierra. Visitando la ciudad nos encontramos siempre con gentes cuya indumentaria acusa su respectiva procedencia de alguno de los valles de Hecho, Ansó, Gistaín, Aínsa y Benasque». Así comienza un viajero catalán la descripción de la ciudad, que llega a

emocionarle, y prosigue: «será para nosotros imborrable el recuerdo del espectáculo que presenciarnos en la mañana del 21 de mayo de 1907... Recorriendo Huesca, no tardamos en convencernos de que aquí se encuentran vivas—más que en ningún otro lugar—las tradiciones de la patria chica aragonesa»¹. Sí. Todos cuantos llegan por vez primera a la ciudad se asombran del aire señorial, grave y solemne que conserva. Han desaparecido muchos monumentos; hace ya más de medio siglo que cesaron las enseñanzas universitarias; ha perdido muchas de sus antiguas prerrogativas, pero todavía hay animación en sus viejas calles, todavía esa enorme plaza catedralicia, ancho escenario de historia, es centro religioso y es foro, y todavía hay risas juveniles en el maravilloso patio de la vieja Universidad, de la gloriosa Escuela sertoriana, la de Zurita y los Argensola, la de Malón de Chaide y Huarte de San Juan. Alzada sobre la anchurosa Plana, alta, muy alta, su silueta inconfundible se destaca sobre el fondo de la Sierra, entre sombrías arboledas, cuajadas de álamos y robles. Hay en ella un ambiente de serenidad y de grandeza. Huesca ha nacido para la toga y para el magisterio universitario, y esa es la gran tragedia de la ciudad, huérfana de vida académica, gastando sus energías vitales en empresas de segundo orden.

Vive todavía Huesca bajo el impulso romántico de finales de siglo. Vida apasionada, íntima e inquieta. Aspecto, y realidad, a veces, de decadencia material, y en contraste, robusto movimiento espiritual que se desborda, incontenible. Los periódicos, «El Diario de Huesca», que se titula periódico liberal, «La Voz de la Provincia», de matiz conservador, publican versos románticos, cuentos trágicos, discursos pomposos y anuncios pintorescos, mientras en grandes caracteres se destacan unas pocas noticias de la vida nacional o mundial. A veces, sazonan, o desazonan, estas columnas polémicas en tono mayor, que demuestran la infecundidad para el diálogo, característica de los españoles. Pero, también a veces aparece una prosa clásica, soberbia, cincelada con esmero, un diálogo, con sabor de tierra altoaragonesa, con expresiones rotundas, con todo el genio del habla peculiar de nuestro pueblo. López Allué, que ha dado a luz su *Capuletos y Montescos*, escribe las mejores páginas de la literatura aragonesa, mientras Manuel Bescós pule ya el oro de sus *Epigramas*. La imprenta oscense no cesa de editar libros y folletos, de mayores o menores pretensiones, y una serie de semanarios

1. F. CARRERAS CANDI, *Excursions per la Catalunya aragonesa*, en «B. C. E. C.» (1909), pág. 40.

—«Ecos de Montearagón», «El Alma de Garibay», «El Batallador», «La Razón»—que surgen y desaparecen como estrellas fugaces, dejando tras de sí una estela de discusiones, campañas y polémicas.

Y, sin embargo, la vida transcurre plácidamente, sin complicaciones, sin vértigo, sazónada por reuniones familiares, representaciones teatrales, con dramas apasionantes, a lo Echegaray, y excursiones campestres. Las sociedades recreativas, el Casino de Huesca, el Círculo Oscense, que acaba de abrir sus puertas, organizan fiestas y bailes, en donde se da cita la juventud alegre y romántica. Los óleos de Lafuente y de Gascón de Gotor y las fotografías de la época han perpetuado las escenas familiares y los tipos curiosos de aquella sociedad despreocupada. La ciudad se divierte en época de ferias; entonces las calles cobran nueva vida y animación y en ellas lucen el pintoresco atuendo de sus trajes los montañeses de Ansó y de Hecho, con sus sombreros de medio queso, sus anchos chalecos y sus abarcas; los chistabinos, con sus ajustadores, calcillas y piales; los del Somontano, con sus cacherulos y sus calzones abiertos.

El deporte, el *sport*, como se le llamaba entonces, hace tímidamente su aparición. Los routiers oscenses pedalean en la vuelta ciclista a Francia y no olvidemos que en Huesca se ha construído la primer bicicleta. Por vez primera, un hombre contempla a sus pies, allá abajo, en su vertical, los edificios de la ciudad y las agujas catedralicias. ¡Vuelos heroicos y románticos de Vedrines! ¡Vuelos del oscense Mariano Campaña, un poco a lo Pedro Saputo!

Los turistas van descubriendo por la ancha geografía altoaragonesa los últimos latidos de una cultura ya agonizante y el magnífico escenario en que se ha desarrollado. Los pireneístas franceses, Scharader, Saint-Saud, Briet, conocen la emoción de los descubrimientos y despiertan el amor a la montaña altoaragonesa. «En el Pirineo español —decía Scharader en 1907—nuestros sucesores encontrarán, tal vez, posadas aceptables y carreteras en buen estado, pero ya no saborearán el placer de los descubrimientos».

Las manifestaciones de la vida científica son escasas. Hay aficionados que cultivan la Geofísica y la Astronomía y las Ciencias Naturales; pero no existen organismos que encaucen estas actividades. En ocasiones, lo suple todo el esfuerzo individual. Un ingeniero oscense, Joaquín Cajal, impresionado por la miseria de las estepas monegrinas, recorre el país, por su cuenta y riesgo, estudia el curso de los ríos y la orografía, planea acequias y canales y encuentra que los Monegros sólo pueden

regarse a través del collado de Tardienta. Acaba de nacer el gran proyecto de los Riegos del Altoaragón. ¡Estampa de la época romántica! Un hombre solo, sin subvenciones, sin apoyo de ningún organismo, crea un proyecto hidráulico de importancia vital.

Hoy la vida oscense de principios de siglo nos parece una vida plácida, una vida que transcurre con lentitud, pero, a poco que nos fijemos, observaremos en aquella sociedad un ansia de nuevos horizontes, una profunda insatisfacción. En los periódicos leeremos amargas lamentaciones, artículos tremendistas que anuncian cercanas tragedias; son actitudes teatrales, gestos espectaculares; los hechos más nimios se abultan hasta darles dimensiones gigantescas. El pesimismo está de moda y da el tono a aquella sociedad. En contraste con la monotonía de la vida, hay un deseo latente de novedades, de que ocurran hechos singulares, cuanto más dramáticos, mejor. La tragedia, la catástrofe atraen a la sociedad aquella con impulso irresistible. Creo que todavía no se han estudiado a fondo, desde el punto de vista histórico, las motivaciones psicológicas, que indudablemente influyen en el desenvolvimiento de los sucesos. Hay una psicología de las masas y de la sociedad, cuyo estudio histórico apenas si se ha iniciado.

La política agita episódicamente al país. En el concejo, en las tribunas periodísticas, la mayoría liberal discute con las minorías tradicionales en largos, interminables debates. Por muchas que sean sus diferencias, a los dos grupos les mueve el mismo impulso romántico y, aunque parezca paradójico, el mismo amor a la libertad, esa libertad bien entendida y bien amada de los aragoneses de todos los partidos y de todas las épocas. Sobre los escauceos de la política menuda, se alza la voz tonante de Joaquín Costa, cuyo eco resuena en todo el ámbito nacional. Por vez primera se plantean problemas y se formulan soluciones. Su voz, que suena a novedad en España, es la voz más auténtica de nuestra tierra, la voz de la tradición altoaragonesa. Su programa de europeización empareja con la línea política de los monarcas aragoneses y con la personalidad geográfica de nuestra región. Como tantas veces a lo largo de la Historia, el humilde, el insignificante Altoaragón ha dado las normas del desenvolvimiento de la sociedad española.

Por encima de cualquier otro sentimiento, la ciudad da una impresión de auténtica religiosidad, que contrasta con ciertas posturas detonantes y ciertos alardes de despreocupación religiosa, tan teatrales como poco sinceros. Las grandes solemnidades religiosas tienen siempre

un eco popular y bajo las bóvedas catedralicias, bajo los arcos románicos de San Pedro el Viejo, en la espaciosa basílica laurentina o en las barrocas iglesias de Santo Domingo y de la Compañía, las ceremonias del culto impresionan a un pueblo lleno de Fe, sediento de Verdad y de Esperanza.

Los estudios históricos en nuestra ciudad.

Desde la muerte, en 1813, del capuchino padre Ramón de Huesca, el padre Flórez aragonés, como le llamó Serrano y Sanz, los estudios históricos quedan abandonados y el avance realizado a todo lo largo del siglo XIX es escasísimo, salvo en la historia artística, en la que brillan las excelsas figuras del oscense Valentín Carderera y del balear José María Quadrado, iniciadores del estudio metódico de nuestros monumentos. Los trabajos publicados, pocos en número, son, por lo general, obras de divulgación, en las que se aderezan, con más o menos gracia literaria, las noticias dadas a conocer por los historiadores de los siglos precedentes. Sólo en la abundante producción del zaragozano Cosme Blasco, cronista de la ciudad, pueden encontrarse datos originales, casi siempre de la época moderna.

Sin embargo, a principios de siglo, los estudios históricos empezaban a salir de su marasmo. Este renacimiento coincidió con la llegada a Huesca de un investigador de empuje: el mallorquín Gabriel Llabrés, que fundaba en 1903 la «Revista de Huesca», publicación cultural dedicada, sobre todo, a temas históricos; además de los artículos del director, todos ellos de investigación de primera mano, colaboraban en la revista, entre otros, su discípulo Pedro Aguado Bleye, que preparaba su tesis doctoral sobre santa María de Salas, Juan Cañardo, que en 1908 veía premiada su *Historia antigua de Huesca* y Gregorio García Ciprés, especialista en temas de genealogía y heráldica. Aquella empresa, puramente romántica, no pudo prosperar, debido a las inevitables dificultades económicas y la revista tuvo vida efímera, poco más de un año. Gabriel Llabrés continuó escribiendo artículos de investigación histórica que publicaba generalmente en «La Voz de la Provincia».

No puede pasarse por alto la protección dispensada a los hombres de letras por el santo obispo de Huesca don Mariano Supervía, cuya memoria vive todavía entre el pueblo, que recuerda amorosamente al insigne prelado, a quien por su humildad se le llamaba «el Obispé». Las

puertas de su palacio estaban siempre abiertas para los hombres de ciencia como Gabriel Llabrés y Aguado Bleye, y para los artistas como Gascón de Gotor. Sus íntimos eran también entusiastas de la Historia; su hermano, Miguel Supervía, dió a luz algún trabajo sobre temas oscenses y uno de sus familiares, Pedro Longás Bartibás, llegaría a ser famoso investigador de Historia, que ha publicado y sigue publicando interesantes obras.

Pero este grupo de estudiosos, suspendida la publicación de la «Revista de Huesca», vió muy pronto mermadas sus filas; la desaparición de Juan Cañardo y la ausencia de Aguado Bleye, Longás y Gabriel Llabrés reducirían al mínimo su actividad.

Ricardo del Arco, en Huesca.

Precisamente entonces se produce un hecho que había de tener honda repercusión en el movimiento cultural oscense. En aquella primavera de 1908, en el mes de abril, ganaba las oposiciones a plazas de archivos un joven licenciado, Ricardo del Arco, y era destinado al de Hacienda de Huesca.

Aquel muchacho de veinte años llegaba con una sólida preparación científica y un enorme bagaje cultural. Había nacido en Granada el 27 de marzo de 1888 ². Sus padres, Angel del Arco y Mercedes Garay, eran andaluces, pero la familia del primero era oriunda de Aragón, de Borja, en donde aparece ya establecida en el siglo xv ³. No obstante su residencia en Andalucía (el abuelo José María del Arco era también andaluz) conservaron siempre una encendida devoción por su patria aragonesa. El matrimonio Del Arco vivía en la calle Elvira de la capital granadina.

En 1889, Angel del Arco había sido nombrado ayudante del Museo de Granada, pero años más tarde se suprimía esta plaza y era nombrado director del Museo de Tarragona en septiembre de 1893, trasladándose con toda su familia a la hermosa ciudad mediterránea, pletórica de

2. Su partida de nacimiento, así como otros datos, me ha sido facilitada por los familiares de don Ricardo del Arco, a quienes hago público mi agradecimiento. Según esta partida, el nacimiento tuvo lugar a las cuatro de la madrugada del día 27 y se le impusieron los nombres de Ricardo, Balbino, Ruperto, José de la Santísima Trinidad. Sus abuelos eran José María del Arco e Inés Molinero.

3. RICARDO DEL ARCO publicó en «Linajes de Aragón» un artículo sobre la familia infanzona de los Del Arco.

monumentos, recuerdos y bellezas. En aquel escenario magnífico, altamente evocador, transcurrieron los años infantiles y la adolescencia de Ricardo del Arco. Ese poso de grandeza, esa emoción humana de los siglos, que se desprende de las viejas piedras tarraconenses, habían de influir decisivamente en aquel joven inquieto, agudo y observador, que empieza a dar pruebas de una inteligencia poco común. Su paso por las aulas del Instituto, en el que cursa la enseñanza secundaria, está jalonado de brillantes calificaciones, lo mismo en las disciplinas de Letras que en las de Ciencias.

Terminado el Bachillerato, al despedirse del director del Instituto y anunciarle que iba a seguir la licenciatura de Letras, éste se enfada por aquella elección que estima desacertada, pues cree que aquel discípulo superdotado debe seguir una carrera científica, en la que su rapidez de percepción y su agilidad mental encontrarían vasto campo donde explayarse. Contribuyó, sin duda, a esa elección, el ambiente familiar, en el que los estudios históricos tenían una brillante representación, y sobre todo la influencia de esa maravillosa Tarragona, cuajada de monumentos.

Motivos de índole particular le llevan a estudiar los cursos de Letras en la Universidad de Valencia, pero no pierde el contacto con el movimiento literario de Tarragona y sigue muy de cerca el renacer de los estudios históricos en Cataluña. A los 16 años publica sus primeros artículos en «El Diario de Tarragona», revelando sus aficiones periodísticas. Sus temas no son solamente históricos, sino de actualidad, como la guerra ruso-japonesa, que apasionaba por aquel entonces o los asuntos de Marruecos. Y es ciertamente curioso que estos primeros artículos revelan ya un claro interés por Aragón, al que llama «cuna de las libertades patrias».

Terminada con nota de sobresaliente su licenciatura en Filosofía y Letras, sección de Ciencias Históricas, en 13 de junio de 1907, prepara las oposiciones al Cuerpo de Archiveros. Sus copiosas lecturas, su sólida preparación científica y su vasta cultura le auguran el éxito. Conoce a fondo la literatura española; los clásicos son su lectura favorita. Gusta también de los autores latinos, cuya lengua domina, y de los literatos catalanes, y habla y escribe en esta última lengua con corrección y soltura. El ambiente catalán ha moldeado su carácter, en el que apenas es perceptible el sedimento andaluz. Rubio, sonrosado, estatura media, más bien alta, tipo europeo muy marcado, Ricardo del Arco es por su amor al trabajo, por su perseverancia, su *bon seny*, su esfuerzo metódico,

su optimismo luminoso, un catalán, un auténtico levantino. Un catalán cuyo talento se va a poner al servicio de Aragón. Un catalán aragonesista, lleno de apasionado amor por nuestra región, de la cual descienden sus antepasados. «Soy aragonés por fuero», dirá en múltiples ocasiones. Su caso recuerda al de otro ilustre aragonés, Moneva y Puyol, figura diametralmente opuesta a la de Ricardo del Arco, pero que como él nace lejos de Aragón y ama a su región, de fuero y de origen, con un cariño exaltado, fuera de toda consideración. De todas formas, en lo más íntimo de su carácter queda ese poso catalán; todavía poco antes de morir, ingresaba en la cofradía de Montserrat, hermandad de los catalanes residentes en Huesca.

Las primeras publicaciones.

El día 18 de abril de 1908 tomaba posesión en Madrid de su cargo de archivero, según acta firmada por don Marcelino Menéndez y Pelayo, y el 9 de mayo lo hacía en Huesca, ante el interventor de Hacienda. En este mismo mes aparecen ya en la prensa oscense artículos suyos; desde entonces su colaboración periodística se hace frecuente. Son artículos de asunto histórico o descripciones de monumentos oscenses, pero, a veces, se trata de crónicas literarias que aparecen firmadas con los pseudónimos de *Amadís de Gaula* y *Tomé Burguillos*; algunas de ellas tienen un indudable interés literario, sobre todo, la serie dedicada a las ferias de noviembre de 1909. Hay en ellas aliento y empuje y, sobre todo, aguda observación, que hacen olvidar las naturales incorrecciones de un novel. Ricardo del Arco hubiera llegado a ser, quizá, un literato de valía, pero su enorme labor de investigación histórica monopolizará sus actividades y solamente en contadas ocasiones nos dejará muestras de sus aficiones literarias, acaso las más hondamente sentidas.

Muy pronto, Del Arco se da cuenta del vasto campo inexplorado que le ofrece la historia oscense. Cierto que su archivo de Hacienda carece de valor desde este punto de vista, pero, en cambio, el del Ayuntamiento, que se le agrega, posee un riquísimo fondo documental. Comienza a visitar también el archivo catedralicio, fuente casi única de los trabajos de Llabrés y Aguado Bleye. Sus esfuerzos se dirigirán, sobre todo, al esclarecimiento de la historia artística.

A sus artículos en periódicos y revistas, entre éstas el «Boletín de la Academia de la Historia», siguen sus primeras publicaciones, aparecidas

en el año 1910, *El arzobispo don Antonio Agustín. Nuevos datos para su biografía*, editado en Tarragona, y la *Guía artística y monumental de Huesca y su provincia*. Esta última encuentra eco favorable en la prensa oscense que recibe jubilosa su aparición; se trata de una obra de divulgación que representa un indudable avance, tanto por lo moderno de su información, como por haber introducido nuevos puntos de vista y algún dato inédito. Claro es que el autor no ha podido visitar, en el año y pico de su estancia en nuestra ciudad, todos los monumentos de la provincia y ha tenido que valerse de las descripciones de los autores que cita en el prólogo. Poco después de publicada la *Guía*, en carta del 21 de agosto de 1910, dirigida a don Gregorio Castejón, a la sazón en Jaca, le anunciaba su propósito de visitar el monasterio de San Juan de la Peña, «que tengo grandes deseos de conocer».

A comienzos de este mismo año empieza a publicarse la revista «Linajes de Aragón», dirigida por Gregorio García Ciprés, cura párroco de Aguas, y dedicada especialmente a estudios de heráldica y genealogía, pero en la que también aparecen descripciones de monumentos y artículos históricos. Ricardo del Arco, unido al director por cordial amistad, será uno de los más brillantes colaboradores, publicando colecciones documentales de los archivos municipal y catedralicio y una interesante serie de monografías.

Al mismo tiempo, una profunda reorganización de la Comisión Provincial de Monumentos vigorizaba este organismo, en el que entraba Del Arco, nombrado correspondiente de la Academia de la Historia el 25 de junio, así como Gregorio Castejón, Lorenzo Vidal y Pedro Aguado Bleye, y comenzaba una nueva etapa, inolvidable, espléndida de frutos y realizaciones. Del Arco, secretario desde el 9 de mayo de 1911, fue el alma de la institución. Con recursos escasos, en un medio ambiente de indiferencia y de abulia, aquellos hombres abnegados realizaron una formidable tarea de conservación y restauración de monumentos altoaragoneses. Su entusiasmo se vió favorecido por la relativa facilidad de comunicaciones; una tupida red de carreteras se extendía ya por el Somontano y gran parte de la Montaña y los medios de locomoción se modernizaban. Un Aragón desconocido, casi inexplorado, aparecía súbitamente mostrando una personalidad original y sugestiva; viejas iglesias románicas, con prodigios escultóricos, pinturas murales, llenas de ingenuidad y de vigor; tablas de primitivos pintores; retablos monumentales; castillos formidables; pueblos que conservaban todavía, inmutable, su aspecto medieval; valles maravillosos, en los que la pobla-

ción rural vestía los antiguos trajes y hablaba dialectos seculares. Todo un Aragón, espléndido de vitalidad, de recia y vigorosa personalidad, un Aragón que tenía frescor de tierra virgen, un Aragón que, desgraciadamente, ya no existe. De sorpresa en sorpresa, de admiración en admiración, Del Arco, enamorado de esta tierra aragonesa, que es la de sus mayores, se entrega afanoso a la noble tarea de dar a conocer sus bellezas, desempolvar sus archivos y orear su historia.

Las publicaciones de Del Arco se suceden sin interrupción: estudios sobre el municipio oscense, sobre la imprenta en Huesca, sobre los gremios. Por vez primera, estudia esas grandes figuras aragonesas que después le han de ser tan familiares: Vicencio Juan de Lastanosa y Juan Francisco Andrés de Uztarroz.

Un nuevo y poderoso motivo contribuyó al enraizamiento de Del Arco en nuestra ciudad. El día 21 de diciembre de 1911 se celebra su matrimonio con doña Luisa Fortuño, perteneciente a una antigua familia de infanzones aragoneses. Dada la índole particular de la producción de don Ricardo es difícil encontrar en ella un eco de esta elección; únicamente, en enero de 1909, aparece una crónica, bajo el pseudónimo de *Amadís de Gaula*, en la que se refleja una crisis afectiva y se habla de «una mujer, casi una niña, de indescriptible encanto... de sedosos cabellos negros que majestuosamente orlaban una frente pura y nacarada».

Del Arco, cronista oficial de Huesca.

Su ya espléndida labor es premiada por el Concejo con el nombramiento de cronista de la ciudad en 24 de agosto de 1912. Desde entonces, su actividad en el esclarecimiento de la historia oscense no reconoce límite; sus búsquedas le deparan un copioso material. En el archivo del Municipio, investiga los fondos del Ayuntamiento, los diplomas monacales y la serie de protocolos que por entonces se custodiaban allí; en el Catedralicio, manuscritos y documentos que le permiten trazar la historia artística del templo. Además, recorre los archivos parroquiales, el de la Universidad, el de la Mitra; en fin, todas las fuentes posibles de la historia oscense. Fruto de estas persistentes investigaciones es una serie de publicaciones relativas a nuestra ciudad: Memorias de la Universidad de Huesca, Estatutos del Concejo, colecciones documentales, estudios sobre obispos oscenses, etc.

Sus viajes por la provincia se multiplican y sus descubrimientos aumentan sin cesar: restos romanos, iglesias ignoradas, retablos desconocidos van surgiendo por la ancha geografía altoaragonesa. Los monasterios de Montearagón, Casbas, Santa Cruz, Santa Cristina y San Pedro de Siresa son descritos puntualmente. Su monografía del castillo real de Loarre, aparecida en 1917, es en este aspecto el mejor trabajo de los suyos y puede servir como modelo; sus desvelos por esta famosa fortaleza lograron salvarla de la ruina; y no fue este el único éxito de la Comisión de Monumentos, pues consiguió también la declaración de monumento nacional a favor de la iglesia de San Miguel de Foces, en 1915, merced al informe de Del Arco, al mismo tiempo que se comenzaban las gestiones con respecto a la de Santiago, de Agüero, que alcanzaba la misma categoría en 1920.

A imitación de la Academia de la Historia, otros centros académicos le abren también sus puertas: la de Declamación, Música y Buenas Letras, de Málaga, en 19 de diciembre de 1911; la de San Luis, de Zaragoza le nombra correspondiente en 25 de diciembre de 1913; la de Bellas Artes de San Fernando, en 20 de octubre de 1914; la de Buenas Letras, de Barcelona, en 17 de diciembre de 1916. Las principales revistas de Historia y de Arte le tienen por su colaborador, mientras sigue publicando numerosos artículos en la prensa regional y en «Linajes de Aragón», la revista de heráldica que sigue dirigiendo García Ciprés que, animado por su cordial amigo, se presenta a las oposiciones de curatos y consigue ser nombrado párroco de Loporzano, a ocho kilómetros de Huesca, desde donde le será más fácil desarrollar su labor.

Un nuevo nombramiento viene a ensanchar el vasto campo de las actividades de Ricardo del Arco. En 10 de enero de 1914 es nombrado ayudante numerario de la sección de Letras del Instituto General y Técnico, de Huesca, y en 1 de agosto de 1915 fue trasladado del archivo de Hacienda a la Dirección de la Biblioteca Pública. Su producción, ya copiosa, es seguida con la mayor atención en los medios científicos españoles, que le prodigan encendidos elogios. Ricardo del Arco es ya el excelente cronista, el ilustre académico, el erudito investigador.

Una polémica famosa.

Los hallazgos de Ricardo del Arco iluminan numerosos puntos oscuros de la historia oscense y contribuyen a desterrar errores invete-

rados. Esta gran labor de depuración histórica encuentra un eco cordial lo mismo en la ciudad que fuera de ella y, animado por los halagüeños resultados obtenidos, prosigue incansable la búsqueda de datos y el registro de los archivos oscenses. En el curso de estos trabajos, tiene ocasión de contemplar repetidas veces los sellos del Concejo, en los que aparece el antiguo escudo medieval, con la muralla y la muesca, y decide esclarecer la causa de haber sido sustituido por el del guerrero ecuestre en el siglo xvi. Del resultado de esta investigación deduce que el verdadero escudo de la ciudad es el antiguo y que el moderno es obra de la erudición renacentista, concretamente del deán Puivecino, a quien Latassa y otros autores atribuyen la responsabilidad de este cambio.

A la sazón, el Ayuntamiento acordaba regalar un estandarte al batallón de artillería y el alcalde, Luciano Labastida, del partido liberal, íntimo amigo de Del Arco, conecedor de estas dudas, le envió una comunicación, con fecha 22 de febrero de 1918, solicitando un informe acerca de cuál debía ser el escudo que figurase en dicho estandarte. Seis días después era presentado el informe correspondiente, en el que se aconsejaba el uso exclusivo del escudo antiguo. Discrepó de esta opinión el director de «Linajes de Aragón», García Ciprés, que publicó una serie de artículos en el diario local «El Porvenir» en defensa del escudo moderno. La polémica, mesurada al principio, apasionó a toda la ciudad y muy pronto salió fuera de los cauces estrictamente científicos, adquiriendo un tono de violencia, muy propio de las polémicas periodísticas de la época. Intervino la Academia de la Historia, cuyo laudo fue favorable a la tesis de Del Arco, el gobernador, el subsecretario de Gobernación, reyes de armas, etc. Hubo agitadas sesiones en el Ayuntamiento y el apasionamiento se desbordó en artículos, folletos y publicaciones. En su trabajo *El verdadero escudo de Huesca*, Del Arco habla de las «contrariedades y aun amarguras (pasajeras, eso sí) con que acibararon mi sinceridad y buena fe».

Pero los efectos de esta polémica no fueron ciertamente pasajeros. En primer lugar, cesó el contacto entre García Ciprés y Del Arco y la colaboración de éste en «Linajes de la Corona de Aragón», nuevo título de esta revista que dos años después dejó de publicarse. Desde entonces, su trabajo fue más personal, más íntimo, y en el campo de la cultura oscense su figura aparece señera, aislada. Por otra parte, sus temas, hasta esta época de un carácter más local, en ocasiones netamente oscense, se hacen más amplios, generalmente de interés aragonés y en ocasiones nacional. Es

cierto que en la lista de sus obras aparecen todavía muchas dedicadas a Huesca, pero se trata, unas veces, de reediciones de trabajos anteriores, y otras, de obras dispuestas o casi terminadas antes de 1918. Así, *Huesca en el siglo XII* (1921), *Las calles de Huesca* (1922), *La Catedral de Huesca* (1924), *El pantano de Arguis* (1924), *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa* (1934), *El municipio oscense de antaño* (1936), etc. Además, ciertas obras sobre diversos aspectos de la historia de la ciudad, que tenía ya planeadas, quedaron en mero proyecto; así, unos *Apuntamientos históricos sobre Huesca*, trabajo en el que se proponía publicar todas las noticias que le eran conocidas, siguiendo un método cronológico.

El II Congreso de Historia de la Corona de Aragón. El homenaje de Zaragoza.

No obstante su activa colaboración en las principales revistas profesionales de España, Ricardo del Arco no deja de enviar periódicamente sus trabajos a la prensa regional, sobre todo, al diario zaragozano «Heraldo de Aragón»; allí aparecen sus artículos en favor de la restauración de iglesias y monasterios, sus campañas de reivindicaciones regionales, sus crónicas y la serie de figuras aragonesas, que luego reunirá en volúmenes. Esta afición por el periodismo no le abandonará jamás; años después será elegido presidente de la Asociación Provincial de la Prensa e incluso llegará a ser, en circunstancias azarosas, periodista activo.

En 17 de octubre de 1919, Del Arco era nombrado delegado provincial de Bellas Artes, y en 1 de agosto de 1920, se le encargaba de redactar el *Catálogo Monumental de la provincia de Huesca*. Estas distinciones le imponen gratísimos deberes para los que se hallaba excelentemente preparado, pues no debemos olvidar que, ya en 1917, la Diputación de Barcelona y el Institut d'Estudis Catalans le habían encargado el inventario artístico de la provincia. Sus viajes a través del Altoaragón se hacen más frecuentes y fruto de ellos es una serie de publicaciones, unas de divulgación y otras de investigación, sobre San Juan de la Peña, Jaca, Tamarite y otras localidades y monumentos de nuestra tierra. Pero, además, el campo de su producción se amplía con trabajos acerca del folklore regional y de la vivienda altoaragonesa.

La redacción del *Catálogo Monumental* es, sin duda, una de las obras que Del Arco acometió con mayor entusiasmo y cariño. La visión de la

gran riqueza artística que todavía entonces se conservaba en el Altoaragón le depara gratas jornadas, de las que guardó siempre imborrable recuerdo. Su labor quedó reconocida oficialmente en la Real Orden de 30 de marzo de 1920, en la que se le daban las gracias públicamente para que sirviese de estímulo y como justo premio a sus desvelos en pro de la cultura, del arte y de la conservación de monumentos.

Por entonces, un acontecimiento de importancia iba a tener lugar en Huesca. Carreras Candi, aquel viajero catalán que hemos mencionado antes, enamorado de nuestra tierra, llegaba a la ciudad y expresaba, en una reunión de autoridades y notables, el deseo del Comité encargado de la organización de estos Congresos de Historia de que el segundo se celebrase en Huesca. Del Arco, que mantenía cordial amistad con Carreras Candi, acogió entusiasmado la iniciativa y comenzó a realizar los trabajos previos como secretario general, firmando el 1 de junio de 1918, en unión del alcalde Luciano Labastida, la convocatoria del Congreso. Este se fue retrasando por diversas circunstancias, celebrándose, por fin, del 26 al 29 de abril de 1920. La actividad desplegada por Del Arco en esta ocasión fue realmente asombrosa; muchos años después me confesaba que jamás había derrochado tantas energías como en aquellos días que pusieron a prueba su espléndida vitalidad; fueron jornadas memorables, en las que hubo de atender a los congresistas y comisiones, preparar la labor de las sesiones, pronunciar discursos y organizar los actos conmemorativos.

En la sesión de apertura, Del Arco aludió a su labor histórica en pro de la ciudad, al mencionar que se había otorgado la Secretaría General «a quien menos aptitudes tenía para desempeñar aquel cargo, ...pero que, aun no habiendo nacido en Huesca, si bien tiene aquí vínculos de mucha monta, ha demostrado su amor a las cosas de la ciudad y en especial a su pasado glorioso, ya que por mí hablarán los libros y trabajos, deficientes como míos, pero henchidos de buena voluntad, que por ahí corren, dedicados a ensalzar su régimen municipal, su Universidad, sus gremios, sus hijos ilustres, sus obispos, su imprenta, sus armas más antiguas, sus casas solariegas, sus monumentos todos»⁴. No olvidemos que en la sesión se hallaba presente García Ciprés y que la cuestión que pudieramos llamar oscensista se agitaba otra vez en

4. *Actas y Memorias del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. único (Huesca, 1920), p. 20. En las revistas gráficas de la época, puede verse amplia información sobre este Congreso y el retrato de Del Arco, prematuramente calvo, pero con poblado bigote.

la Prensa con motivo de este Congreso. Dos comunicaciones presentó Del Arco: una, bajo el título *Huesca en el siglo XII*, elaborada hacía ya algún tiempo, y la titulada *La escultura románica en Aragón*, publicada después, notablemente ampliada, en la revista «Arquitectura».

Paralelamente, Del Arco se entrega afanoso a su gran tarea de reivindicar el pasado de nuestra región. «Mi propósito no es otro, dirá en múltiples ocasiones, que dar a conocer las bellezas artísticas de Aragón, menos conocidas de lo que merecen por su importancia». Las revistas, la Prensa y los organismos culturales de Zaragoza le ofrecen ancho campo donde desarrollar sus actividades. Como hemos dicho, ya en 1913, la Academia de San Luis le nombró correspondiente en Huesca, pero, a consecuencia de las excavaciones realizadas en Sena, se distanció de esta Institución, estrechando en cambio sus relaciones con la Universidad, con la Academia de Ciencias y con la Agrupación Artística Aragonesa, que le nombró socio de honor. Su trabajo no es, sin embargo, de equipo, sino individual, y salvo sus notables aportaciones, en su primera época, a la «Colección de documentos para la historia de Aragón», que dirigía Eduardo Ibarra, sus contactos son mayores con profesores de Ciencias o de Derecho, como Rocasolano y Sancho Izquierdo, que con sus colegas de la Facultad de Letras.

Su valiosa obra de reivindicación de valores aragoneses y de divulgación de las bellezas de la región encuentra un fervoroso eco popular. Con fina sensibilidad, el Concejo de Zaragoza premia esta labor concediéndole, en 1 de agosto de 1924, la Medalla de Oro de la ciudad y dedicándole más tarde una de sus vías urbanas. Este homenaje de Zaragoza le llenó de honda satisfacción y le animó a proseguir su campaña aragonesista. Sus frecuentes artículos son leídos con avidez y sus conferencias, en el Ateneo, en la Academia de Ciencias, en la Universidad, algunas realmente magistrales y todas llenas de encantadora amenidad, son escuchadas con placer.

Del Arco, profesor de Historia.

En temprana edad tuve ocasión de conocer la valía de Del Arco, al cursar el primer año de Historia de España, en el Instituto General y Técnico de Huesca, durante el curso académico 1925-26. Creo que todos los que estudiamos el Bachillerato en aquel Instituto, magníficamente instalado en la vieja y gloriosa Universidad Sertoriana, con su

maravilloso patio octogonal y sus severas aulas, guardaremos siempre un recuerdo imborrable de aquellos años felices. Había salido a oposición la cátedra de Historia, que aquel mismo curso ganaba el turolense Eduardo Gómez, quien, una vez tomada posesión en Huesca, volvió a Madrid. De esta forma, Del Arco se encargó de ella todo el curso completo, supliéndole en sus ausencias el ayudante don Mariano Burriel, actual director de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, a la sazón jefe del archivo de Hacienda de Huesca, dotado de exquisito sentido pedagógico, puesto de relieve en su valiosa colaboración en diversos libros de texto.

Si, a veces, las ausencias del catedrático titular son nefastas para la enseñanza, en esta ocasión fue para nosotros un feliz azar, no obstante el entusiasmo de Gómez Ibáñez, que todavía sigue prestando beneméritos servicios docentes. Bajo la sabia dirección de Del Arco y Burriel, fue aquél un curso inolvidable, en el que llegamos a encariñarnos con la severa y hierática musa de la Historia. Del Arco nos adiestraba en la relación de temas, confección de mapas y manejo de la bibliografía. Yo le recuerdo en el claro oscuro de aquella cátedra del antiguo Instituto, cubierta la ancha testa, prematuramente calva, por el birrete académico, exponiendo con su palabra, al mismo tiempo, magistral y amena, con empaque solemne, los puntos decisivos de la historia aragonesa. Y lo veo en las gratas excursiones de mi adolescencia, bajo los arcos de medio punto de San Juan de la Peña, en las románicas ruinas del castillo de Loarre o junto a los muros de Santiago de Agüero. Sus lecciones estaban henchidas siempre de un ardiente aragonesismo, que llegaba a emocionarnos; no es, pues, de extrañar, que hasta nosotros, los discípulos, en los trabajos de redacción, hablásemos, con toda la ingenuidad de nuestros pocos años, de la influencia de nuestra región en España, del partido aragonés del siglo xviii y de los destinos gloriosos de Aragón.

A la sazón, Del Arco se hallaba en la plenitud de facultades. La publicación de libros, folletos y artículos, la multiplicación de conferencias y actos públicos, su labor en las instituciones culturales, hasta sus intervenciones en el campo industrial, no agotan sus actividades y todavía dispone de tiempo para escribir obras de creación, la gran ilusión de su vida, colaborando en la «Novela de Viaje Aragonesa», colección en la que aparecen tres suyas que muestran cualidades no vulgares de narrador que, de haber sido desarrolladas enteramente, le hubieran creado, acaso, una reputación de novelista.

Evocar la vida de Del Arco en aquellos años es sencillamente evocar la historia de la cultura aragonesa, ya que, en este orden de cosas, no se celebra acontecimiento alguno en Aragón, al que no se halle asociado su nombre. Ciñéndome sólo al ámbito oscense, vemos a Del Arco prestar generoso concurso a la fundación de la Sociedad Oscense de Cultura, de la que fueron presidentes Ricardo Marzo y Mariano Lacasa y secretario el doctor José Artero, que por entonces ejercía la secretaría de Cámara del Obispado oscense. Fruto de la amistad entre el ilustre canónigo salmantino y Del Arco fue la espléndida restauración del Palacio Episcopal, llevada a cabo con un gran respeto al arte antiguo y la publicación de sus estudios sobre la Catedral oscense, algunos desparrramados en varias revistas, reunidos en un volumen editado en 1924.

Contactos con el extranjero.

Aunque sus múltiples actividades le impidieron mantener contactos regulares con los focos culturales del extranjero, sin embargo, Del Arco no fue, ni mucho menos, refractario a las corrientes de fuera. Todos los extranjeros que pasaron por Huesca con fines científicos encontraron en él un excelente mentor, citaremos solamente los nombres de Adolphe Coster, el famoso gracianista, y de Chandler Rathfon Post, el gran historiador de la pintura española. En 1911 publicó un artículo en la «Revue Hispanique», titulado *La justicia criminal en Huesca*. No mucho después trabó conocimiento con Adolphe Failgairolle, profesor de la Universidad de Montpellier, casado con una oscense; consecuencia de esta amistad fue el proyecto de una obra en colaboración sobre ciudades de Aragón, que había de publicarse en la colección «Les villes d'Art célèbres». Al fin, hacia 1924, quedó redactada la obra, denominada *Saragosse, Huesca et Teruel*, pero su publicación se fue retrasando y, todavía en 1927, el editor anunciaba a Del Arco que las dificultades eran menores y que pronto podría publicarse, enviándole ya el importe de su colaboración; sin embargo, a lo que creo, la obra no se publicó.

En este orden de cosas, no podemos pasar por alto la colaboración prestada por Ricardo del Arco en los cursos para extranjeros de la Universidad de Verano de Jaca. A partir de 1928, todos los años, explica, en esa institución fundada por el gran altoaragonés Domingo Miral, su disciplina predilecta. Si su antigua residencia veraniega en el pueblo de Nueno, en el casal de los Fortuño, en el silencioso apartamiento de ese

rincón de la Sierra, era propicia al fecundo trabajo, ahora, sus estancias en Jaca contribuirán a intensificar sus relaciones con los investigadores aragoneses y a ensanchar su campo cultural.

En octubre de 1928, tuvo el honor de formar parte del comité español que asistió al Congreso de Arte Popular celebrado en Praga y por Orden de 15 de enero de 1932 pasó a Inglaterra con subvención oficial para estudiar la organización de aquellos museos. Allí dió conferencias en Londres, Oxford y Cambridge. Por último, ya en 1945, fue nombrado correspondiente de «The Hispanic Society of America». Este nombramiento lo tuvo Del Arco en más estima que cualquier otro hasta entonces recibido; lo que prueba que, como hemos dicho antes, no era refractario a las corrientes culturales del extranjero. Contribuyó además, juntamente con el oscense Luis Mur, unido a él por vínculos familiares y por su afición a la historia de la ciudad, a estrechar las relaciones entre Bearn y Aragón, si bien ambos cesaron en esta labor a partir de 1936, impresionados por las adversas circunstancias y un poco desilusionados.

Nuevos afanes.

En 2 de septiembre de 1924, una Real Orden confiaba a Del Arco la redacción de un inventario de los archivos de la provincia no incorporados al Cuerpo, labor para la que se encontraba magníficamente preparado, pues ya en 1911 y 1914 había descrito puntualmente los archivos de Jaca y Huesca. A las noticias ya publicadas, añade ahora el inventario de los principales fondos de los archivos de Barbastro, Alquézar, Aínsa, Casbas y otras localidades; fruto de este trabajo es la publicación de su obra *Archivos Históricos del Alto Aragón*, que vio la luz, en 1929, en las páginas de la revista «Universidad»⁵.

Si hasta entonces su labor había sido, sobre todo, monográfica, utilizando documentos y noticias inéditas, desde ahora empieza a mostrar predilección por las obras de síntesis y de recopilación de datos, en las que aprovecha las investigaciones propias y ajenas. Estos trabajos de conjunto son siempre de gran utilidad, pues permiten tener cómodamente una información exacta y puesta al día, recogiendo los resultados de estudios dispersos, no siempre de fácil consulta, pero, para

5. Más tarde, en 12 de noviembre de 1925, se le encargó el inventario del archivo de la casa ducal de Parcent y dirigió su traslado de Huesca al Archivo Histórico Nacional.

llevarla a cabo, se precisa un gran bagaje bibliográfico y erudito. Del Arco salvó estas dificultades mediante una labor realmente asombrosa, tanto más de maravillar cuanto que se realiza en una capital de provincia de tercer orden con bibliotecas paupérrimas y sin el medio ambiente adecuado. Modelo de esta clase de trabajos de Del Arco es su obra *Aragón*, publicada en 1931, en la que puso sus mayores ilusiones. A este grupo pertenece también su estimable trabajo *El arte románico en la región pirenaica*. Sus antiguos estudios sobre Lastanosa, refundidos y puestos al día, con el título *La erudición aragonesa en el siglo xvii en torno a Lastanosa*, le valieron el premio de la Junta del Cuerpo de Archiveros en 1943 y más tarde, en 23 de abril de 1936, obtenía otro premio, esta vez de la Academia Española y Medalla de Oro por su obra *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, trabajo de gran envergadura, sustancialmente erudito, publicado en 1941.

Al mismo tiempo, Del Arco se sentía atraído por múltiples actividades, entre ellas, la labor de política agraria, que le lleva, en unión de Luis Mur, a la naciente Confederación del Ebro, como representante de una extensa zona. Estas actividades, fruto de las cuales es la publicación de una interesante Memoria, se reflejan también en la prensa local, en la que otra vez se debate, con el apasionamiento de siempre, la cuestión del oscensismo, proporcionando a Del Arco y a Mur las inevitables desazones.

En los cursos de Arte de la Universidad de verano de Jaca, Del Arco encuentra campo propicio para exponer sus amplios conocimientos del arte aragonés. Allí traba conocimiento con los principales investigadores españoles. Junto a las severas figuras del cheso Mairal y del zaragozano Giménez Soler, destaca su dinámico y contagioso optimismo de siempre. Antonio Durán ha dicho, creo que con acierto, que Del Arco no fue ciertamente un trágico de la Historia. Los que le conocimos de cerca recordaremos siempre su chispeante conversación y su carácter alegre y expansivo. La impresión que le produjo la visita a San Juan de la Peña de dos insignes personajes españoles, a quienes acompañaba, retrata bien su carácter. Fue el primero Miguel de Unamuno, el vasco enamorado de la dorada Salamanca, que recorre las estancias del venerable monasterio, guiado por las explicaciones de Del Arco, en silencio, aparentemente impasible, sin hacer ningún comentario; luego se tiende sobre la pradera, absorto, atento a su mundo interior; Del Arco le ofrece su libro *Aragón*, aparecido por entonces, con laudataria dedicatoria, y Unamuno corresponde con una de sus famosas pajaritas; sobre el blanco

papel la leyenda *Michael me fecit*. A raíz de esta visita de Unamuno, Del Arco publica un artículo en el «Heraldo de Aragón» y años después, en una charla radiofónica, confesará su decepción ante la actitud del catedrático salmantino, aparentemente fría, y la comparará con la reacción del levantino García Sanchiz, que prorrumpie en jubiloso canto de epifanía ante la maravilla de esas viejas piedras pinatenses que vieron la natividad de Aragón y que, además, al cruzar el río, que lleva el nombre sonoro de nuestra región, bautiza a Del Arco con aquellas aguas purísimas. Bautizo de amor, de aragonesismo ferviente. Del Arco se emociona. Y así, entre gestos simbólicos y brillo de metáforas, aquellos dos levantinos se unen en fervorosa comunión de ideales. A mi juicio, esta devoción por lo levantino se refleja también en la manera literaria de Del Arco; sus *Figuras aragonesas* están influídas por el estilo de Azorín y sus disertaciones recuerdan las charlas de García Sanchiz.

Mientras tanto, la vida oscense ha seguido su curso invariable sin grandes transformaciones. Pese a las diferentes alternativas de la política, pese al cambio de régimen de 1931, no se altera la fisonomía peculiar de la ciudad. El movimiento literario decrece; en 1928 mueren Manuel Bescós y Luis López Allué; desaparece también la Sociedad Oscense de Cultura y en el campo de la investigación histórica, salvo la aislada labor de Del Arco, sólo se publica alguna obra de Luis Mur, como *Efemérides oscenses*, y artículos periodísticos de García Ciprés y algún otro.

Por el contrario, una profunda transformación se opera en las capas sociales; nuevas masas irrumpen en la vida pública con vagos anhelos de liberación, con ansias insatisfechas. Aunque Aragón es tierra equilibrada, la influencia de la meseta crea con frecuencia, a lo largo de la historia, un clima de violencia trágica. De Castilla vienen esas corrientes, llenas de misticismo, que nos empujan a los más sublimes heroísmos y también a las mayores catástrofes. La psicosis de tragedia, creada a lo largo de tantos años, iba a hacer, al fin, explosión. Todos esperábamos, anhelantes, el gran acontecimiento y podíamos hacer nuestras las palabras de un gran tribuno español: ¡ya tarda! Bien pude darme cuenta de la conmoción de los espíritus, cuando, en las discusiones que se suscitaban en la sala de profesores del Instituto, surgía con inusitada frecuencia el tema político y Del Arco, tan reacio siempre a esta clase de comentarios, tomaba también parte en los agitados debates.

La Guerra Civil.

Al comenzar el verano de 1936, como todos los años, Del Arco se traslada a la Universidad estival de Jaca para dictar sus clases de Arte español. El curso comienza bajo negros auspicios; un ambiente de densos rumores perturba la serenidad de las tareas docentes; la concurrencia de extranjeros es escasa. Flota en aquel estío crucial un aire trágico, una expectación dramática, poco propicia al esfuerzo de investigación científica, al estudio reposado, y el 18 de julio, Del Arco puede contemplar la agitación de la ciudad, la ebullición de las pasiones políticas, la efervescencia popular. Al atardecer, ve ya una revolución en marcha; grupos de paisanos armados, rostros contraídos, fiebre en las pupilas, y luego la noche preñada de temores, y el alba del domingo, olorosa de pólvora, saludada por disparos que retumban en los montes cercanos; soldados de infantería, salidos del cuartel de la Victoria, con sus uniformes grises y sus gorros cuarteros, el fusil en la mano, se batían con grupos de jacetanos, apostados en las laderas del camino que conduce a la ciudad. Muy pronto, aquel campo, evocador de viejas tradiciones, se tiñe con la sangre de las primeras víctimas. Es la guerra civil, ¡la tremenda desgracia de la guerra civil!

Proclamado el estado de sitio y pacificada la ciudad, Del Arco ofrece sus servicios a la autoridad militar, mientras su hijo Ricardo se incorpora a las fuerzas como oficial de complemento. Desde la radio y desde la tribuna, en charlas o en conferencias, Del Arco se entrega a la tarea que se ha impuesto con redoblado afán, que culmina encargándose de la dirección de un periódico titulado «Jaca Española», en el que realiza funciones de periodista activo y publica además una serie de artículos ciertamente combativos, incisivos ⁶. ¡Qué lejana aparece aquella época en que Del Arco escribía sus crónicas en «El Diario de Huesca»! ¡Qué lejos quedan los primeros años del siglo, con su vida plácida, sus afanes

6. En el último número de «Jaca Española», de 31 de julio 1938, se hace una cálida referencia a la labor de Del Arco: «En este día no puede mi memoria pasar por alto a los que la crearon y dieron calor desde su inicio. Figura principal en esto ha sido don Ricardo del Arco, pluma brillante que ha vivido en constante afán por «Jaca Española», cuya colección ha quedado honrada con sus numerosos y bellos artículos». El primer número de «Jaca Española» apareció el día 27 de julio de 1936, y el día 31, al darse por terminado el Curso de Verano, en atención a las circunstancias, se le encomendó la dirección de este noticiero oficial de guerra, en cuyo cometido permaneció hasta el 23 de mayo de 1938.

y sus esperanzas! No obstante, aun ahora, los artículos de Del Arco llevan a menudo, más o menos visible, pero siempre latente, su amor al viejo y glorioso Aragón e incluso, en ocasiones, tratará de conciliar las grandes figuras aragonesas, como Joaquín Costa, con el clima del momento ⁷.

Del Arco reside en Jaca durante estos años de guerra. Desde allí realiza alguna rápida visita a Huesca, que sufre un apretado cerco, para poner a salvo, en lo posible, los cuadros y objetos del Museo. La ciudad ofrece un aspecto bien diferente al de antaño: trincheras en derredor, parapetos, ajeteo militar, edificios arruinados, la Catedral, con sus primeras cicatrices de guerra, el Instituto, convertido en prisión, la severa estancia de «La Campana de Huesca», utilizada como celda de castigo. Ante aquella visión desoladora, Del Arco sentiría la angustia del porvenir: ¿Sucumbirá, a consecuencia de los continuos bombardeos, la riqueza artística de la ciudad?

Paz en la guerra.

Pero no todas las actividades de Del Arco están relacionadas con los afanes de la contienda. Muy pronto, se sobrepone al medio ambiente y vuelve a sus gratas tareas de siempre. Así, ultima una de las obras que hacía algún tiempo venía planeando: la reivindicación de Fernando el Católico, el gran rey aragonés, una de las mayores ilusiones de su vida. El archivo de la Diputación del Reino, el Histórico Nacional, el de la Corona de Aragón y, sobre todo, el de Simancas, le suministran buena copia de documentos inéditos, que forman la base de su trabajo; de esta manera su aportación constituye una interesante contribución al estudio de aquel reinado. La reivindicación del Rey Católico sigue la línea iniciada por los investigadores aragoneses Eduardo Ibarra y Andrés Giménez Soler. La obra se publica en 1939 con el título *Fernando el Católico, artífice de la España Imperial*, y obtiene el premio «Fastenrath» de la Academia de la Historia.

Además, prepara también los materiales de sus futuros trabajos *Grandeza y destino de España*, publicado en 1942, y *La idea del Imperio en la política y la literatura españolas*, premiada en 23 de mayo de 1943 por la

7. Véase la colección de «Jaca Española» y sobre todo el artículo dedicado a Joaquín Costa.

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Estas obras, contra lo que pudiera creerse, no son, a mi juicio, ensayos de carácter político; simplemente, Del Arco, como buen periodista, elige los temas de actualidad, poniendo a su servicio todo su formidable bagaje cultural y toda su vasta erudición. Durante su estancia en Jaca, en el curso 1936-37, tuvo a su cargo el desempeño de la cátedra de Lengua y Literatura Española en el Instituto de aquella ciudad.

Las nuevas instituciones.

Levantado el asedio de la ciudad, Del Arco regresa a Huesca. Han sido dos años escasos de ausencia, pero dramáticos y agitados, dos años de historia densa, apretada. En este breve espacio de tiempo han desaparecido instituciones, organismos y personas. En pleno asedio de la ciudad, moría mosen Gregorio García Ciprés que, huyendo de Loporzano, se había refugiado aquí; en el pueblo quedaron sus libros, entre ellos, valiosos manuscritos, la mayoría de los cuales fueron destruidos. Poco después de terminada la guerra, en noviembre, moría también Luis Mur y antes, en 31 de julio, Gregorio Castejón, presidente de la Comisión de Monumentos, organismo que durante tantos años había velado por la conservación de la riqueza artística de la provincia y que ahora agonizaba, quedando solamente como institución a extinguir. Del Arco ocupó la presidencia, dejando vacante la secretaría.

Igual transformación se podía advertir en toda la provincia. Cuando, en la primavera de 1938, penetrábamos en los pueblos del alegre Somontano, los veíamos desconocidos, casi sin habitantes, desmantelados, arruinados, con sus iglesias devastadas, destruidos los altares, perdidas las valiosas tablas de pinturas, los lienzos y las esculturas, aventados por el vendaval de la guerra los últimos rescoldos de un glorioso pasado, tristes y mudos los santuarios, sin aquellas alegres campanas que tantas veces habían convocado a los romeros. Allí, en donde habíamos amado, en donde habíamos vivido horas felices, sólo encontrábamos una angustiosa soledad. En dos años, el mundo alegre de nuestros padres se había transformado en un mundo hosco, sombrío, lleno de rencores y de odios. Había en Aragón, en nuestro amado Aragón, un vacío, que todavía perdura y que tardará muchos años en llenarse.

Muy pronto, Del Arco puede darse cuenta de la inmensidad del desastre. El Instituto de Arte «Diego de Velázquez», afecto al Consejo

Superior de Investigaciones, recientemente creado, decidió proseguir la publicación de los catálogos provinciales de Monumentos, siendo el primero, precisamente, el de Huesca, que Del Arco había redactado, como hemos dicho, por orden de 1 de Agosto de 1924. Recibido el encargo de ponerlo al día, pudo ver, a través de las respuestas de los Ayuntamientos, las grandes pérdidas sufridas por el tesoro artístico de la provincia. Quedaban arruinadas muchas construcciones, entre ellas, algunas iglesias, pero la pérdida mayor era la relativa a la riqueza pictórica y escultórica, sin más contrapartida que la aparición de pinturas murales desconocidas, como las de Arbaniés. Puede dar idea de la magnitud de la pérdida el hecho de que Del Arco, poco propenso a las lamentaciones y a la nostalgia, exclamase: «¡Tendremos que llorar por la desaparición de la riqueza artística de Aragón!» Pero estas consideraciones no impidieron que volviese a su tarea con la ilusión y el optimismo de siempre. Además de su *Catálogo Monumental de España. Huesca*, el Consejo le publicó, también en 1942, el *Repertorio de manuscritos referentes a la historia de Aragón*, obra valiosa, útil herramienta de trabajo para los investigadores, fruto de varios años de incesantes búsquedas, y al año siguiente sus *Notas de folklore altoaragonés*, refundición de trabajos anteriores.

Durante estos años su producción sobre temas oscenses se limita generalmente a reediciones de estudios anteriores, algunos, como su *Pedro de Aponte, pintor del rey Católico*, ampliados con nuevos datos. Aparte de estos trabajos de Del Arco, anotaremos, en este campo de la investigación histórica de la ciudad, la aparición de *Huesca. Cartilla turística*, guía artística, debida a Juan Tormo Cervino, catedrático de Historia del Instituto de Enseñanza Media desde el año 1930, en la que se incluyen datos inéditos y apreciaciones nuevas, y los trabajos, generalmente periodísticos, del canónigo don Benito Torrellas y de algún otro. Añadiremos la labor llevada a cabo por doña Rosa Rodríguez de Tormo en el Archivo Histórico Provincial, creado en 1932 y que afortunadamente no había sufrido daños durante el asedio, así como las investigaciones efectuadas por José Antonio Martínez Bara durante el breve período de tiempo en que estuvo al frente del archivo de Hacienda. Sin embargo, este grupo de estudiosos trabaja separadamente, sin que surja un organismo que encauce estas actividades. La labor de Del Arco sigue siendo individual, sin formar grupo ni escuela, labor titánica, que aparece señera y aislada, como antaño.

En diversas ocasiones, Del Arco había recibido tentadoras ofertas para trasladarse a otras ciudades, ofertas que había rechazado siempre,

pero ahora, en estos años de la postguerra, duda por vez primera y está a punto de ceder. Le atraen, sobre todo, las proposiciones para fijar su residencia en Madrid o en Zaragoza, su amada Zaragoza. Acaso piensa que su labor en Huesca no tiene ya razón de ser. Mientras que en esas dos ciudades surgen nuevos organismos donde puede encontrar ancho campo a sus actividades, nuestra ciudad ofrece un ambiente poco propicio a la investigación y al estudio. El Instituto de Enseñanza Media, alojado provisionalmente en la Escuela Normal, que durante algunos años no funciona, carece de catedráticos titulares y Del Arco se ve abrumado por sus deberes docentes. La Biblioteca Pública permanecerá clausurada durante largos años. La Comisión de Monumentos es ya un organismo sin recursos, sin vida alguna. Se da el caso de que el Patronato de Archivos y Bibliotecas de la provincia organice un concurso sobre temas de Historia y de Arte, que no podrá fallar por carecer de recursos económicos para premiar los trabajos. Muchas ilusiones y muchas esperanzas se han desvanecido para siempre. La vida de Huesca en estos años de la postguerra es dura, ya que es preciso atender a necesidades urgentes que no admiten demora. No se crea, sin embargo, que la vida cultural ha desaparecido totalmente; se mantiene, sí, aunque a costa de muchos sacrificios. El mismo Del Arco, como director del Museo Provincial, organiza ciclos de conferencias de Arte y presta su concurso, como técnico, a la formación del Museo catedralicio, organizado por el canónigo don Estanislao Tricas. Era ésta una vieja ilusión de Del Arco que toma ahora realidad, merced a la protección que dispensa al proyecto el señor obispo, don Lino Rodrigo Ruesca.

Pese a sus vacilaciones, Del Arco no abandonará la ciudad y seguirá laborando en su retiro oscense, como él dice «un poco a lo villano en su rincón». Sin duda, de haber trasladado su residencia a Zaragoza o a Madrid, su obra hubiera tenido un mayor perfil de especialización, pero lo que hubiera podido ganar en valor científico, lo hubiese perdido en dimensión humana. En Huesca, su papel será el de guía de toda manifestación cultural y artística. Yo vuelvo la vista atrás y no recuerdo momento alguno de la vida intelectual de la ciudad, al que no esté asociado íntimamente el nombre de Ricardo del Arco. Mil veces se le pedirá la resolución de complicados problemas, la ilustración de difíciles consultas. Deberá ser arqueólogo, paleógrafo, historiador y numismata, todo en una pieza. Además, sus actividades se extenderán al campo religioso y social. Como redactor de interesantes artículos, como conferenciante ameno, será solicitado para tratar los temas más variados.

Cuando, en un cursillo de conferencias, falla un conferenciante, cuando se encuentran dificultades, Del Arco será la solución. Esta extensión de sus actividades, no siempre agradecida, no le da popularidad, contra lo que pudiera creerse, e incluso llega a ser mal interpretada. Por otra parte, le resta horas de trabajo para su labor de investigación. Al mismo tiempo, su deseo de ilustrar las más variadas cuestiones, le produce no pocas desazones, dada la falta de planeamiento de trabajos y el aislamiento de los investigadores.

Falto de tiempo para llevar a cabo sus vastos planes, recurrirá, en ocasiones, a medios heroicos. Para redactar su *Folklore altoaragonés*, que el Consejo le solicitaba con urgencia, se ve obligado a mandar su baja al Instituto, encerrándose durante varios días en casa, entregado única y exclusivamente a su labor, que terminó en quince abrumadoras jornadas. Aprovecha, sobre todo, las vacaciones veraniegas, pues, desde la guerra civil, cesa su actividad como profesor de los cursos de la Universidad de Verano de Jaca, aunque no deja de acudir a la ciudad, tomando parte en diversos ciclos de conferencias, pasando también breves temporadas en los balnearios de Cestona y de las Vilas del Turbón, en los que encuentra la curación de sus molestias de carácter hepático.

Desde 1942, mis contactos con Del Arco se hacen más frecuentes, a consecuencia de mi afición a los estudios históricos. Un intercambio, casi diario, de notas, datos y consultas, me permitió conocer muy de cerca su labor. Cuantas veces entraba en su despacho, con su balcón abierto al mediodía, evocador del antiguo convento de San Francisco, podía apreciar el constante aumento de su biblioteca; las estanterías habían ido creciendo hasta alcanzar el techo; únicamente quedaba libre la pared del fondo, en la que aparecía una copia en yeso del tímpano de la Adoración de San Pedro el Viejo que, al fin, hubo de ser retirada para dar paso a otra nueva estantería. Por último, los nuevos volúmenes tuvieron que ser amontonados en el suelo, invadiendo toda la estancia. Allí, en ese despacho silencioso, recoleto, pasaba Del Arco jornadas gratísimas entregado a su tarea, absorto, de tal forma, que sus familiares tenían que advertirle, una y otra vez, que había llegado la hora del descanso o de la comida, y eso que Del Arco no era refractario a los placeres de la mesa. No se crea tampoco que era un melancólico, amigo de la soledad, no; su desbordante vitalidad llenaba de ilusión su existencia y le llevaba a desparramar su actividad en múltiples y variadas empresas, a gozar de amplios horizontes, a acudir a los actos más importantes celebrados en la ciudad, a las solemnidades reli-

gias, a las veladas artísticas y literarias. Era también aficionado a los espectáculos, al cine, al teatro y, sobre todo, a las representaciones circenses, en las que se solazaba, riendo las gracias de los payasos. No eran tan de su agrado las corridas de toros, espectáculo de aire trágico, e incluso, en alguna de sus primeras crónicas periodísticas, expuso su opinión poco favorable. Devoto de la música, fue durante algunos años crítico musical de «El Diario de Huesca». Pero todos sus anhelos de gozar las dulzuras de la vida sucumbían ante la tentación de su gabinete de trabajo, ante la seducción de sus libros, sus manuscritos, sus documentos...

Durante esta época, su actividad cultural en Zaragoza era realmente extraordinaria: artículos en el «Heraldo de Aragón», conferencias en la Universidad y el Ateneo, charlas radiofónicas, etc. Además colabora en los nuevos organismos que surgen en aquella ciudad: la Institución «Fernando el Católico», que preside Fernando Solano, y la Escuela de Estudios Medievales de Aragón, que dirige el estellés José María Lacarra, catedrático de Historia. Precisamente el artículo que encabeza el primer volumen de «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón» es uno de Del Arco sobre tema muy aragonés, muy zaragozano: *El templo del Pilar en la Edad Media*. Se trata de un capítulo, el más interesante, de una obra extensa sobre el Pilar y la Hispanidad, parte de la cual permanece todavía inédita. En la Institución «Fernando el Católico», toma parte activa en las secciones de Arte, dirigida por José Galiay; de Historia, por Angel Canellas, y de Literatura, por Induráin y Bleuca. Con todos ellos, nuevos valores universitarios, navarros o aragoneses, mantiene constantes relaciones, si bien su trabajo, como hemos dicho, no es de equipo, sino individual.

Del Arco, correspondiente de la Academia Española. El homenaje de Huesca.

Si la producción de la primera época de Del Arco está constituida, sobre todo, por trabajos de investigación, a base de documentos, procedentes con frecuencia de los archivos oscenses, en este último período abundan, en cambio, las obras de erudición. Tiene también predilección por trabajos de conjunto, con gran aportación bibliográfica, a los que añade además noticias inéditas, extraídas generalmente de las colecciones de los eruditos del siglo xviii, como Abella y Salazar, y de los cartu-

larios de los monasterios aragoneses custodiados en el Archivo Histórico Nacional; pueden servir como ejemplo de esta «manera» de trabajo sus notas biográficas sobre monarcas aragoneses, redactadas, algunas de ellas, con increíble rapidez, en tres o cuatro meses. Esta rapidez es una de las características de la obra de Del Arco en sus últimos años; el afán de llevar a cabo sus vastos planes le obliga a trabajar con inusitada celeridad, algunas veces, sin tiempo para pulir sus artículos.

Siguiendo la pauta de Valentín Carderera, da cima a sus *Sepulcros de la casa real de Aragón*, gran obra de conjunto, a la que añade la transcripción del manuscrito 1.701 de la Biblioteca Nacional y el de fray Vicente Prada, guardado en la Biblioteca Provincial. El Consejo le publicó este volumen y le encargó posteriormente una obra análoga, referente a los reyes castellanos. A consecuencia de estos trabajos, sus viajes a Zaragoza y a Madrid se multiplican, no obstante las facilidades que encuentra para la consulta de manuscritos que le son enviados a su retiro oscense; en ocasiones llega a reunir hasta cuarenta de diferentes archivos y bibliotecas. Al constante manejo de documentos, sucede ahora el estudio de volúmenes y manuscritos. Quizá influyera en esta evolución erudita de sus trabajos la inevitable disminución de su agilidad visual, agravada por su constante esfuerzo y por la pérdida total, hacia 1946, del ojo izquierdo, a consecuencia de agudos dolores del nervio óptico que hicieron precisa una intervención quirúrgica.

Aunque, dentro de su extensa producción, los temas oscenses inéditos no abundan en este período, sin embargo, no falta algún interesante trabajo, en el que da a conocer nuevos datos, en su mayoría recogidos por él en sus primeros años, a los que añade otros proporcionados por amigos o discípulos. Así sus *Nuevas noticias de artistas alto-aragoneses*, basadas en interesantes documentos del Archivo Histórico Provincial, algunos de los cuales no existen ya por haberse perdido los protocolos respectivos antes de su traslado a las dependencias del Archivo, lo que aumenta su interés.

Pero donde encuentra ancho campo para desarrollar su pasión de erudito es en la investigación y comentario de las grandes figuras de la literatura española: Tirso de Molina, Cervantes, etc. Es aquí precisamente, en donde obtiene sus triunfos más resonantes. Bastará citar el premio que consigue, en 1949, en el concurso de la Real Academia Española, con su trabajo *La sociedad española en las obras de Cervantes*, único premio de aquel certamen de resonancia nacional. Anteriormente, la Academia le había nombrado su correspondiente en 12 de diciembre de

1946. No obstante figurar ya en tantas Academias y Centros Científicos, Del Arco estimó mucho este nombramiento, dada su afición a los estudios literarios. Sin embargo, esta devoción por la literatura española no le hace olvidar los temas regionales. Precisamente, su amor a la tierra aragonesa está presente en todos los momentos de su vida y sobrevive a todas las vicisitudes. Gracián, Porter, Mor de Fuentes, Luzán, esas excelsas figuras de Aragón, se asoman con frecuencia a los trabajos de Del Arco, pero, sobre todo, su aragonesismo palpita en sus crónicas periodísticas, publicadas ahora en «El Noticiero», de Zaragoza, a consecuencia de haberse distanciado del «Heraldo de Aragón», y reunidas en un volumen titulado *Temas aragoneses*.

Mientras Zaragoza había rendido ya, en 1924, como hemos dicho, un homenaje a Del Arco y rotulado con su nombre una de las calles de la ciudad, Huesca no había mostrado públicamente su reconocimiento por la labor realizada por el gran erudito; al contrario, en nuestra ciudad, sus campañas encontraban, a veces, un ambiente de indiferencia, de frialdad. No obstante, al fin, tuvo efecto el homenaje oscense. Espero poder ocuparme en breve de este acontecimiento con la debida extensión. Diré solamente que el Concejo acordó realizar el homenaje en enero de 1947 y se llevó a la práctica al finalizar el año, el 21 de diciembre ⁸. Al acto se asociaron varias instituciones de Zaragoza. Del Arco recibió el nombramiento de hijo adoptivo y predilecto y se le dedicó una de las calles del barrio del Ensanche, concediéndole también el Escudo de la ciudad, en el que, por cierto, campeaba el jinete ibérico, por cuya abolición había trabajado antaño y que tantas desazones le había producido; pero ya el tiempo había ido cicatrizando las viejas heridas. En el discurso de gracias, pronunciado en la Casa de la Ciudad, Del Arco habló de su devoción por la antigüedad, de las directrices de Menéndez y Pelayo y de su trabajo de investigación local. El homenaje le produjo honda satisfacción, pero acaso llegaba ya un poco tarde, en esa época en que muchas ilusiones se han esfumado y muchas esperanzas, desvanecido. De todas formas, el homenaje contribuyó a disipar su proyecto de cambio de residencia, que hubiera ensanchado indudablemente el horizonte de sus investigaciones, pero que le hubiese alejado de su labor específica y de su contacto diario con la tierra altoaragonesa.

8. Cf. mis artículos publicados en el periódico local «Nueva España», núms. del 16 y 30 de enero de 1947 y del 21 de diciembre, así como la reseña de los actos. El título de hijo adoptivo y predilecto lleva la fecha de 21 de octubre de 1947.

El Instituto de Estudios Oscenses.

La permanencia de Del Arco en nuestra ciudad iba a favorecer el nacimiento y desarrollo de un nuevo organismo cultural. Un día de noviembre de 1949, un grupo de aficionados al estudio nos reuníamos, convocados por el delegado de Educación Nacional, Virgilio Valenzuela, para tratar de la posibilidad de crear un Instituto de Estudios Oscenses. Todos esperábamos las palabras de orientación de Ricardo del Arco; su respuesta no solamente fue de franca aprobación, sino que expresó su parecer de que un organismo de este género debería haberse constituido hacía tiempo. Quedaba alzada la bandera. El aportaba a nuestro grupo, no solamente su prestigio científico y su magisterio, sino toda su experiencia; era el nexo que nos unía con el pasado, la voz de la tradición cultural de nuestra tierra. El había conocido un Aragón lleno de personalidad, vigoroso, un Aragón desbordante de vitalidad; él nos traía el recuerdo de instituciones y personalidades que habían desaparecido. Y nosotros, que veníamos a continuar la tarea de los hombres que en 1903 habían fundado la «Revista de Huesca», de los estudiosos que habían formado organismos y sociedades de cultura, de los que habían luchado por la riqueza artística de nuestra tierra y por mantener la personalidad aragonesa, de los viejos investigadores que habían iniciado el surco y el camino, nosotros veíamos en él al superviviente de una época de intenso frenesí espiritual, al maestro que nos traía el eco de antiguos ideales.

Aunque se procuró no abrumar excesivamente a Del Arco con pesadas cargas directivas, sin embargo, muy pronto hubo de ser nombrado jefe de la sección de Historia y vicepresidente del Instituto. Su aportación fue valiosísima, sobre todo, en la lucha emprendida para salvar las dificultades que amenazaban la vida de la naciente institución. En la redacción de ARGENSOLA, llevó a cabo una silenciosa, oscura y meritoria labor, sin lucimiento personal y sin recompensa económica alguna, tanto más meritoria cuanto que Del Arco no era precisamente un derrochador de tiempo ni de recursos materiales y además se hallaba ya en esa edad, en la que se ve que no se van a poder llevar a cabo todos los planes en proyecto.

Como en sus mejores tiempos, Del Arco despliega una maravillosa actividad. A través de la cátedra «Lastanosa», pronuncia conferencias

en Barbastro, en Fraga, en Binéfar. Su voz vuelve a oírse por toda la ancha geografía provincial, exaltando los valores de Aragón. Los Concejos de las localidades que acabo de mencionar y el de Monzón le encargan la redacción de sus respectivas historias; todas ellas fueron escritas en breve espacio de tiempo, excepto la de Monzón que dejó sin concluir, y todas ellas permanecen todavía inéditas.

A la vez, prosigue su labor de erudición. Le favorece la reorganización de los servicios del Cuerpo de Archiveros en Huesca, que le libera de la carga de la Biblioteca Provincial, con sus agregados, quedándole solamente la dirección del Museo ⁹. Más tarde, en 1951, fue relevado de su cargo de delegado oficial de Excavaciones en la provincia de Huesca, siendo nombrado Antonio Beltrán Martínez, catedrático de Arqueología y Numismática de la Universidad de Zaragoza. Aunque, abrumado por sus deberes docentes, llegó a pensar en pedir la excedencia como profesor del Instituto de Enseñanza Media, sin embargo, continuó con la pesada carga de sus clases ¹⁰.

Espléndida muestra de su labor durante este período es su magna obra *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, en la que trabajó largo tiempo, monumento perenne levantado a la memoria de la erudición del siglo xvii por un erudito de nuestros días. Otra obra en la que puso todo su cariño y buena voluntad fue su *Historia de Aragón* desde el siglo viii al xii, en curso de publicación en la *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, quien encargó a Del Arco de la redacción de esos capítulos ¹¹ y, además, de la parte relativa a Cataluña. Del Arco recibió con gran satisfacción la difícil tarea y se puso a trabajar con todo entusiasmo. Cierto que la historia catalana no había sido cultivada por él, pero sus relaciones con los centros académicos de Cataluña, a que nos hemos referido antes, y su dominio

9. En 1944 fue nombrado director de la Biblioteca Pública de Huesca Isidoro Montiel García. Es autor de *Incunables de la Biblioteca Pública Provincial de Huesca* y de *Manuscritos de la Biblioteca Provincial de Huesca*. En 1946 fue trasladado a la Biblioteca de Guadalajara, sucediéndole en la de Huesca la oscense Asunción Martínez Bara.

10. El oficio de cese como comisario provincial de Excavaciones Arqueológicas lleva fecha de 19 de julio de 1951. En 21 de junio de 1930 fue nombrado auxiliar repertidor de la sección de Letras y el 11 de enero de 1933 profesor auxiliar por orden de la Subsecretaría. Siguió luego las vicisitudes del Cuerpo de Auxiliares, considerado como a extinguir, integrado en el profesorado adjunto. La multiplicidad de clases, a partir del nefasto plan Callejo, y sus inevitables ausencias a consecuencia de sus viajes, le produjeron numerosas contrariedades.

11. Recibió el encargo de redactar la parte correspondiente a Navarra y Aragón hasta 1035, en un principio, José María Lacarra, director de la Escuela de Estudios Medievales de Aragón, que hubo de declinarlo por estar entregado a otras tareas.

de aquella lengua favorecían su labor, aunque desde 1936, y aun antes, los contactos que mantenía con los investigadores de aquella región eran menores. A este respecto, es curioso hacer notar que, no obstante su formación catalana, adopta a veces, al tratar de las relaciones entre ambas regiones, una actitud de franca polémica ¹². Es un caso análogo al del zaragozano Andrés Giménez Soler que, a pesar de estar influido por la cultura de aquella región (recuérdese su actuación en la vida política), en cambio sostiene agrias disputas con los historiadores catalanes. Este hecho es tanto más curioso cuanto que la historia de ambas regiones no ofrece aristas y es un modelo, por lo general, de equilibrio y mutua comprensión.

En este último período de su vida, Del Arco vuelve a sentir afición por los temas oscenses, publicando interesantes estudios sobre los Estatutos antiguos de la Universidad de Huesca, sobre el gran obispo don Juan de Aragón y Navarra, sobre la prensa periódica provincial, etc., todos ellos con muchos datos inéditos. También ocupan un lugar destacado los temas aragoneses: el templo del Pilar, el poeta Juan de Moncayo, el príncipe de Esquilache, etc.

Su aragonesismo vibra en las sesiones académicas y en las reuniones de la Hermandad de Caballeros de San Juan de la Peña, en la que pone muchas ilusiones y esperanzas. No faltan tampoco sus desvelos de siempre por la riqueza artística de la provincia, aunque sus esfuerzos, excesivamente solitarios, faltos del calor que en otros tiempos le prestaba la Comisión de Monumentos, no obtuvieran siempre el resultado apetecido; no obstante, todavía se logró, gracias a un informe suyo, la declaración de monumento histórico-artístico en favor de la iglesia de Santa María de Salas ¹³.

Nuevamente un Congreso de Historia de la Corona de Aragón vuelve a reunirse en tierras aragonesas, esta vez en Zaragoza. Es el

12. Véase, por ejemplo, la colección de sus artículos en «Jaca Española» y en «El Noticiero», de Zaragoza. En 1919, sostuvo una polémica estrictamente científica con Joaquín Folch y Torres acerca de las pinturas murales altoaragonesas. Los artículos de Del Arco aparecieron en la revista «Vell i Nou», de Barcelona (año V, núm. 93 y siguientes), y los de Folch, en «La Veu de Catalunya» (de 18 de agosto y siguientes). En orden a sus relaciones con Cataluña es necesario mencionar el nombramiento de correspondiente de la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense el 19 de diciembre de 1952.

13. Ya hemos dicho anteriormente que, gracias a sus informes y en la mayoría de los casos también a su iniciativa, fueron declarados monumentos nacionales la iglesia de San Miguel de Foces, en Ibieca (R. O. de 13 de marzo de 1916); la de Santiago, de Agüero (R. O. de marzo de 1920); monasterio de Sijena (R. O. de 18 de marzo de 1923), y catedral de Roda (R. O. de 17 de enero de 1924). La lista de monumentos arquitectónico-artísticos e histórico-artísticos, debidos a su intervención, es muy copiosa.

quinto de la serie y actúa, como delegado regional, Angel Canellas, y Ricardo del Arco, como subdelegado en Huesca. Su intervención es destacada, confiándosele la ponencia titulada *Historia local aragonesa sobre la época de Fernando el Católico*.

Mientras tanto, una serie de desgracias familiares se abate sobre Del Arco. En 1945, había muerto prematuramente su hijo Ricardo, y ahora, el 8 de noviembre de 1954, perdía a su mujer doña Luisa Fortuño, su compañera durante cuarenta y tres años. Ante estas desgracias, Del Arco se entregará con redoblado ardor al estudio, a sus libros, a sus investigaciones.

Su muerte.

No obstante su abrumadora labor y las desgracias que le affigieron en estos últimos años, Del Arco conservaba su vigor y su optimismo. Cuando le veíamos atravesar las calles oscenses, erguido, con su paso acelerado, pensábamos siempre en la posibilidad de un accidente. Cariñosamente se lo recordaban también sus familiares, que temían, sobre todo, sus frecuentes viajes a Zaragoza y a Madrid; pero él, incapaz de mirar con pesimismo el porvenir, no admitía en modo alguno estas reconvenções. Precisamente, al comenzar el verano de 1955, Del Arco se había trazado un plan de intensa actividad: conferencias, sesiones académicas, viajes a Zaragoza, Madrid y Barcelona, a esta última ciudad para tratar, en unión de Virgilio Valenzuela, de la recuperación de las pinturas murales de Sijena. Pero todos sus planes iban a quedar brutalmente tronchados.

Creo que todos los oscenses, que vivimos aquellas horas trágicas de la tarde del 7 de julio de 1955, las recordaremos siempre a lo largo de nuestra vida. Como todos los días, Del Arco había salido de su domicilio para despachar los habituales asuntos de la sociedad «Lamusa», de la que era secretario. Sobre la mesa del despacho, había quedado abierto un manuscrito, que se hallaba consultando, con objeto de obtener datos para su *Historia de Monzón*. Dos horas más tarde, un redactor de «Nueva España», de parte del director don Lorenzo Muro, me daba cuenta de la terrible desgracia: De regreso a su casa, cumplida su tarea en «Lamusa», al cruzar la plaza de Navarra, Del Arco había sufrido un accidente de la circulación rodada, la despiadada inmoladora de vidas humanas.

Sobre la ancha plaza, regueros de sangre indicaban lo brutal del choque. El pronóstico pesimista de los médicos se confirmaba tras de una hora de angustias y de zozobra. Aragón hacía suyo a Del Arco, poniendo un final trágico a su vida luminosa y optimista. Su muerte era todo un símbolo: Humanista y clásico, de sólida formación cultural, moría, víctima de una pseudo civilización, bárbara y mecánica, en la que el hombre se convierte en un mero engranaje.

De las huertas frondosas, de los campos vecinos, llegaba un vaho de cosecha granada, de mies olorosa, de fecundidad colmada. La vida de Del Arco, su trabajo incesante, su siembra tenaz no habían sido estériles. Apunta ya una nueva juventud, llena de elevados ideales y de nobles ambiciones, una juventud que ha aprendido a amar a Aragón, abierta a todos los vientos y a todas las inquietudes, en cuyas manos entregaremos muy pronto la antorcha inextinguible de nuestra esperanza. Y nos queda además su obra densa, perenne.

La obra de Ricardo del Arco.

Para estudiar adecuadamente la vasta producción de Ricardo del Arco, es necesario fijar previamente la lista de sus obras, tarea más difícil de lo que, a primera vista, pudiera parecer, pues sus trabajos se hallan desparramados en multitud de revistas e incluso en las volanderas hojas de la Prensa; se impone además comparar estos trabajos escrupulosamente, ya que Del Arco tenía por costumbre reeditar sus estudios, pero considerablemente ampliados. Es necesario también valorar las aportaciones inéditas. Fácilmente se comprenderá que no me ha sido dable realizar esta tarea en el breve espacio de tiempo de que he podido disponer para redactar este artículo. Por otra parte, en estas mismas páginas, se publica un magnífico estudio de mi inolvidable maestro don Mariano Burriel, especialmente dedicado a estudiar las principales obras de Del Arco y las fuentes de que se valió.

Haré notar tan sólo que la producción de Del Arco aparece solitaria, sin apenas colaboraciones ni conexiones; es una obra eminentemente personal. Del Arco no gustó de formar grupo ni escuela, receloso, acaso, de que se pudiese repetir el hecho de la famosa polémica sobre el escudo de Huesca. De aquí también, que, si bien prestó generosamente su concurso para la instauración de sociedades

culturales o científicas en Huesca, sin embargo, nunca partió de él la iniciativa para este género de fundaciones ¹⁴.

Su forma de trabajar era sencilla: Primero, anotaba los datos, con su letra inconfundible, de grandes trazos; después, redactaba los borradores, y, por último, los trasladaba, bien directamente o auxiliado por sus familiares. Su trabajo se basaba, más que en un método determinado, en su prodigiosa memoria, que le permitía localizar, sin vacilaciones, cualquier dato o libro en el *maremágnum* de sus carpetas y de su biblioteca, pues la falta de tiempo, su gran enemigo, le impidió hacer el necesario fichero ¹⁵.

Dejando para otra ocasión el análisis detenido de su obra, me limitaré a dar una relación de sus publicaciones. En sus primeros trabajos, Del Arco solía dar listas de sus estudios, costumbre digna de alabanza, ya que no es, en modo alguno, signo de pedantería; por el contrario, facilita mucho la labor de los estudiosos, ahorrando búsquedas inútiles. A este respecto es muy interesante la lista que publicó en la segunda serie de sus *Figuras aragonesas*. Más tarde, dividió su producción en tres apartados: Arte y Arqueología, Historia y Literatura y Varia (véase, por ejemplo, su *Fernando el Católico*). Hacia 1952, elevó a la Real Academia de la Historia una lista de sus producciones, pues varias veces me habló de ello; sin embargo, no hemos podido localizar la carpeta que usaba para guardar las notas referentes a la Academia. Se conserva, en cambio, copia de la lista que envió al Cuerpo de Archiveros, publicada en un artículo reciente ¹⁶. Hay que advertir que esta lista no es completa, pues está hecha con fines muy determinados. En la lista que doy he dividido las producciones de Del Arco en tres apartados: trabajos de carácter histórico, obras de creación y obras varias. Aun cuando esta lista es solamente provisional e indudablemente habrá en ella omisiones y errores, sin embargo, creo que será de alguna utilidad para los estudiosos de historia aragonesa.

PUBLICACIONES DE CARÁCTER HISTÓRICO.—Agrupo aquí los libros, folletos y artículos de revista, con tirada aparte, de carácter histórico. Son

14. En cambio, hacia 1921, propugnó la fundación de un Instituto de Estudios Aragoneses en Zaragoza.

15. En sus primeros tiempos, comenzó a redactar fichas de las obras publicadas por él, pero este fichero quedó sin concluir. Debo aquí hacer público, nuevamente, mi agradecimiento a los familiares de don Ricardo, que han atendido mis múltiples consultas con toda solicitud.

16. *Quién es cada cual. Ricardo del Arco y Garay*, en «Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas», año IV, núm. XXXI, pág. 36.

trabajos, por lo general, de investigación o de erudición, con algunos que podríamos calificar de vulgarizadores. Esta extensa producción podría agruparse en obras de investigación literaria, artística, etc.; sin embargo, me he abstenido de hacer esta división, pues muchos trabajos tienen un carácter mixto y sería necesario dar lugar a múltiples repeticiones. Como podrá advertir el lector los esfuerzos de don Ricardo se dirigieron, sobre todo, a la historia de las instituciones, del arte, etc., es decir, lo que entonces se llamaba historia interna. He aquí la lista:

1. *El arzobispo don Antonio Agustín*. Tarragona, 1910, 116 págs., en 8.º—Trabajo de investigación, a base de un manuscrito de Latassa.
2. *Guía artística y monumental de Huesca y su provincia*. Con un prólogo y apéndices. Huesca, 1910, 240 págs., con grabados.—Trabajo de divulgación, con algún dato inédito.
3. *Apuntes sobre el antiguo régimen municipal de Huesca*. Con apéndice. Huesca, 1910, 52 págs., con grabados.—Trabajo de investigación, publicado en la revista «Linajes de Aragón».
4. *Don Vincencio Juan de Lastanosa*. Huesca, 1911, 171 págs., en 8.º—Trabajo de investigación, a base del mencionado manuscrito de Latassa.
5. *Antiguos gremios de Huesca. Ordinaciones, documentos*. Transcripción y estudio preliminar. Zaragoza, 1911, 273 págs.—Pertenece a la «Colección de documentos para la historia de Aragón», que dirigía Eduardo Ibarra. Obra informada favorablemente por la Academia de la Historia.
6. *La imprenta en Huesca. Apuntes para su historia*. Madrid, 1911, 75 págs.—Trabajo de investigación, publicado en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».
7. *Estudios varios sobre historia y arte oscenses*. Huesca, 1911, 116 págs., con grabados.—Trabajo de investigación.
8. *La justicia criminal en Huesca durante el siglo xviii*. Estatutos de 1702, New York-París, 1911. 13 págs.—Trabajo de investigación, publicado en la «Revue Hispanique», t. XXIV.
9. *Más datos sobre don Vincencio Juan de Lastanosa*. Huesca, 1912, 159 págs., en 8.º
10. *Memorias de la Universidad de Huesca*. Vol. I, Zaragoza, 1912, 288 págs. Vol. II, Zaragoza, 1916. 327 págs.—Trabajo de investigación, a base de manuscritos y documentos inéditos.
11. *El Alto Aragón monumental y pintoresco*. Huesca, 1913, 87 págs., con láminas.—En colaboración con LUCIANO LABASTIDA, a quien se debe la parte pintoresca. Es obra de divulgación, pero con muchas noticias entonces inéditas, sobre todo, acerca de la Catedral de Huesca. Lleva un prólogo de Luis López Allué.

12. *Algunas indicaciones sobre antiguos castillos, recintos fortificados y casas solariegas del Alto Aragón*. Huesca, 1915, 32 págs., con grabados.—Texto en español y francés. Divulgación.

13. *Joyas del arte patrio. El castillo real de Loarre*. Huesca, 1917, 144 págs., con grabados.—Investigación. Descripción muy superior a las monografías hasta entonces existentes sobre esta fortaleza.

14. *El famoso jurisperito del siglo XIII, Vidal de Cañellas, obispo de Huesca. Noticias y documentos inéditos*. Barcelona, 1917, 35 págs.—Publicado en el «Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona». En este mismo «Boletín», núm. de octubre-diciembre de 1917, amplió los datos anteriores con otros nuevos. De este último trabajo no se publicó separata. Ambos estudios los volvió a publicar, refundidos, en un trabajo titulado *El jurisperito Vidal de Canellas, obispo de Huesca*, publicado en la revista «Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita», vol I (Zaragoza, 1951), págs. 23-113.

15. *El obispo de Huesca don Jaime Sarroca, consejero del rey don Jaime (noticias y documentos inéditos)*. Barcelona, 1917, 59 págs.—Publicado en el «Bol. de la Acad. de Buenas Letras de Barcelona», núm. 66.

16. *El verdadero escudo de Huesca*. Huesca, 1918, 25 págs.—Informe presentado al Ayuntamiento. - 2.^a edic., Huesca, 1918, 44 págs., con grabados.—Esta segunda edición está considerablemente ampliada con nuevos capítulos.

17. *Del Aragón histórico y artístico. Antiguas casas solariegas de la ciudad de Huesca*. Madrid, 1918, 35 págs., con grabados.—Publicado en la «Revista de Historia y Genealogía Española». Da a conocer datos manuscritos inéditos de Valentín Carderera, añadiendo muchas noticias nuevas.

18. *Los amigos de Lastanosa. Cartas interesantes de varios eruditos del siglo XVII*. Valladolid, 1918, 35 págs.—Publicado en «Revista Histórica». Trabajo de investigación, a base del mencionado manuscrito de Latassa.

19. *Más sobre el escudo de Huesca*. Huesca, 1918, 28 págs.—Es una nueva edición del núm. 16, con nuevos capítulos, en los que se dan a conocer diversas opiniones acerca de aquella cuestión.

20. *Dos grandes coleccionistas aragoneses de antaño (Lastanosa y Carderera)*. Madrid, 1919, 11 págs.—Publicado en «Coleccionismo». Divulgación.

21. *El real monasterio de San Juan de la Peña*. Zaragoza, 1919, 175 págs., un croquis, tres planos y 33 láminas.—En este mismo volumen se incluye un estudio sobre el monasterio de Santa Cruz de los Sorores, filial de San Juan de la Peña.

22. *La inédita iglesia de Santiago en Agüero*. Madrid, 1919, 28 págs.—Informe muy completo, publicado en el «Bol. Acad. Historia», t. LXXIV, cuaderno V.

23. *Nuevos poblados neolíticos en Sena (Huesca)*. Madrid, 1920, 17 páginas.—Publicado en el «Bol. Acad. Historia», t. LXXVII, cuad. II-IV (1920).

24. *Misterios, autos sacramentales y otras fiestas en la Catedral de Huesca*. Madrid, 1920, 16 págs.—Publicado en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».

25. *Aragón monumental. La ciudad de Jaca*. Madrid, 1921, 31 págs., con grabados.—Publicado en el «Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones», t. XXIX, III trimestre de 1921. Monografía de la ciudad de Jaca con noticias inéditas.

26. *Huesca en el siglo XII. Notas documentales*. Huesca, 1921, 157 págs.—Publicado en «Actas y Memorias del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón», t. único, págs. 307-461. Excelente trabajo de investigación, con gran acopio documental.

27. *Excavaciones en Monte Cillas, término de Coscojuela de Fantova (Huesca)*. Madrid, 1921, 17 págs. y 4 lám.—Memoria publicada por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. En este trabajo se refunde un informe elevado a la Academia de la Historia en 1919 con el título *Nuevos restos romanos hallados en Coscojuela de Fantova. Un mosaico sepulcral romano-cristiano del siglo IV*. También publicó otro informe en el mencionado «Boletín», núm. de marzo de 1922, extracto de la Memoria presentada a la Junta.

28. *La Orfebrería en Aragón. Los bustos-relicarios. (Obras, artistas)*. Madrid, 1921, 8 págs., con grabados.—Publicado en el núm. 103 de «Coleccionismo». Estudio de conjunto, con datos nuevos referentes a Huesca.

29. *Algunos datos sobre Arqueología romana del alto Aragón*. Madrid, año dudoso, 1922 (cubierta) o 1921 (interior), 37 págs.—Publicado en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1921, p. 430. Recopilación de noticias y hallazgos.

30. *La iglesia colegial de Tamarite de Litera*. Huesca, 1922, 32 págs., con grabados.—Se trata de un alegato en pro de la restauración de la iglesia de Tamarite, con noticias históricas acerca de la villa. Lleva un prólogo de José Esteve.

31. *El castillo-abadía de Alquézar*. Madrid, 1922, 17 págs., con grabados.—Descripción de la colegiata y del castillo.

32. *Las calles de Huesca*. Huesca, 1922, 223 págs., con grabados y dos planos de la ciudad.—Estudio muy completo, con nuevos datos.

33. *Reseña de las tareas de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Huesca (1844-1922)*. Huesca, 1923, 102 págs., con grabados.—Extracto de las actas de la Comisión e inventario del Museo.

34. *La ciudad aragonesa predilecta de Pedro IV*. Valencia, 1924, 22 páginas.—Publicado en el vol. I de «Actas y Memorias del III Congreso de Historia de la Corona de Aragón». Se publicó también en «Bol. Acad. Historia», núm. de diciembre, 1923, p. 403.

35. *La Catedral de Huesca*. Huesca, 1924, 207 págs., con varias láminas.—Monografía histórico-arqueológica. Copioso trabajo de investigación, sobre todo, a partir del siglo XV.

36. *El antiguo pantano de Arguis o de Huesca. Contribución a la historia de la política hidráulica en Aragón*. Zaragoza, 1924, 55 págs.—Trabajo de investigación, a base de documentos del Archivo Municipal y de protocolos notariales.

37. *La Arqueología y el subsuelo de Aragón*. Zaragoza, 1926, 14 págs.— Conferencia de divulgación de temas de Prehistoria, publicada por la Academia de Ciencias de Zaragoza en sus «Publicaciones», año 1925, págs. 107-119.

38. *Lucas Mallada, sociólogo y estadista*. Discurso en la sesión de clausura del curso de la Academia de Ciencias de Zaragoza. Zaragoza, 1926, 15 págs.—Editado en «Publicaciones de la Academia», año 1925, págs. 216-230.

39. *Por qué Goya pintó como pintó*. Conferencia en el Ateneo de Zaragoza. Zaragoza, 1926, 24 págs.

40. *Gracián y su colaborador y Mecenas*. Conferencia leída en la Universidad de Zaragoza. Zaragoza, 1926, 30 págs.

41. *Escritos inéditos del célebre Antonio Agustín: Correcciones a los Comentarios del cronista Blancas y Apuntes heráldicos*. Madrid, 1927, 37 págs.— Publicado en «Homenaje a Bonilla y San Martín». A base del manuscrito de Latassa ya citado.

42. *Zaragoza histórica. Evocaciones y noticias*. Huesca, 1928, 180 págs.— Vulgarización de la historia aragonesa en forma amena.

43. *Rutas espirituales de Aragón*. Conferencia dada en la Exposición de Barcelona. Zaragoza, 1929, 31 págs., en 8.º

44. *Archivos históricos del Alto Aragón*. Fascículos primero y segundo. Zaragoza, 1929 y 1930, 79 y 101 págs., respectivamente.— Publicado en la revista «Universidad», de Zaragoza. Trabajo de investigación en el que ha recopilado trabajos anteriores publicados en «Linajes de Aragón» y «Revista de Archivos», pero considerablemente ampliados.

45. *Aragón (Geografía, Historia, Arte)*. Huesca, 1931, 694 págs.— Gran obra de síntesis, con un apéndice bibliográfico y notas a pie de página.

46. *El arte románico en la región pirenaica, especialmente en Aragón*. Zaragoza, 1932, 179 págs.— Aparecido en «Publicaciones de la Academia de Ciencias de Zaragoza», págs. 40-218. Interesante obra de síntesis, tomando como núcleo una conferencia, pero con datos y apreciaciones nuevas.

47. *Nuevas pinturas murales en la iglesia de San Miguel de Foces, monumento nacional*. Madrid, 1932, 21 págs.— Reproducción de un capítulo de su *Guía*, con la descripción de las nuevas pinturas descubiertas y con nuevos datos.

48. *Artistas extranjeros en Aragón*. Madrid, 1934, 14 págs. y 1 lám.— Editado en «Anuario del Cuerpo de Archiveros», vol. I. Recopilación de datos publicados.

49. *La erudición aragonesa en el siglo xvii en torno a Lastanosa*. Premio de la Junta Facultativa del Cuerpo de Archiveros. Madrid, 1934, 373 págs.— Recopilación de sus trabajos anteriores, puestos al día.

50. *Monumentos románicos aragoneses que pudo ver el Rey Batallador*. Zaragoza, 1934, 16 págs. de texto y 9 fotografías.— Publicado en «Revista Zurita», de la Facultad de Letras de Zaragoza. Divulgación.

51. *Un abaciólogo inédito de Poblet*. Zaragoza, 1935, 59 págs.—Publicado en la revista «Universidad», 4.º trim. Investigación.

52. *El municipio oscense de antaño*. Zaragoza, 1936, 118 págs.—Publicado en «Universidad», 2.º trim. Reedición de trabajos anteriores, considerablemente ampliada.

53. *Fernando el Católico, artífice de la España imperial*. Prólogo y apéndices. Zaragoza, 1939, 470 págs.—Investigación. Premio «Fastenrath» de la Real Academia de la Historia.

X 54. *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Premio en el certamen convocado por la R. Acad. Española. Madrid, 1941, 928 págs.—Obra de vasta erudición.

55. *Efemérides zaragozanas*. Huesca, 1941, 471 págs.—Divulgación.

56. *Repertorio de manuscritos referentes a la historia de Aragón*. C. S. I. C. Madrid, 1942, 418 págs.—Interesante trabajo, con nutridas referencias. Es de utilidad consultar las recensiones sobre esta obra.

57. *Catálogo monumental de España*. Huesca. Un vol. de texto y otro con fotograbados. Valencia, 1942, 444 y 419 págs., respectivamente.—Obra monumental, fruto de varios años de trabajo, fundamental para los estudios sobre arte altoaragonés. Ya en 1914, la Comisión Mixta de Monumentos propuso a Del Arco para redactar el *Catálogo* y en 1920 rechazó la instancia de Ernesto López, a quien se había nombrado para esta tarea por R. O. de 3-IX-1919, en la que solicitaba una prórroga. A Del Arco, se le concedió, en 1-VIII-1920, ocho meses de plazo, con prórroga de seis meses. Este *Catálogo* quedó inédito durante mucho tiempo, recibiendo después de la guerra civil el encargo de ponerlo al día.

58. *Grandeza y destino de España*. Madrid, 1942, 333 págs.—Lleva un prólogo de Federico García Sanchiz.

59. *El templo románico de Castro*. Madrid, 1943, 35 págs.—Publicado en «Bol. de la Acad. de la Historia», págs. 292-325. Informe sobre esta interesante iglesia para su declaración de monumento histórico artístico.

60. *Sobre Fernando el Católico*. Zaragoza, 1944, 54 págs.—Publicado en «Universidad».

61. *Pedro de Aponte, pintor del Rey Católico*. Valladolid, 1942-43, 19 págs. y 13 láms.—Publicado en «Bol. del Seminario de Arte y Arqueología», fascículos XXXI-III. Estudio sobre el famoso pintor, ampliando artículos suyos anteriores con nuevos datos.

62. *La estética en el «Genio de la Historia», de fray Jerónimo de San José*. Madrid, 1944, 28 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas».

+ 63. *La idea del Imperio en la política y la literatura españolas*. Madrid, 1944, 419 págs.—Premio de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

64. *Los «Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura» del aragonés Jusepe Martínez*. Madrid, 1945, 21 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 11, págs. 313-339.

65. *La sociedad española en Tirso de Molina*. Madrid, 1945, 60 págs.—Publicado en «Revista Internacional de Sociología».
66. *La tumba romana del rey de Aragón Ramiro II*. Zaragoza, 1945, 18 págs.—Publicado en «Universidad», 4.º trim. Historia de las interpretaciones del sarcófago romano de Ramiro II, completando la de Ramón Mélida.
67. *La institución del Notariado en Aragón*. Zaragoza, 1945, 77 págs.—Investigación.
68. *El templo de Nuestra Señora del Pilar en la Edad Media. Contribución a la historia eclesiástica de Aragón*. Zaragoza, 1945, 143 págs.—Publicado en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. I, págs. 9-147. Investigación.
69. *La ciudadela de Jaca*. Madrid, 1945, 18 págs.—Publicado en «Archivo Español de Arte», núm. 71, págs. 277-291. Investigación.
70. *Sepulcros de la Casa Real de Aragón*. Madrid, 1945, 702 págs.—Obra de recopilación, con algún dato nuevo, seguida de la transcripción de dos interesantes manuscritos.
71. *Jovellanos y las Bellas Artes*. Madrid, 1946, 34 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 13, p. 31.
72. *El santuario de Nuestra Señora de Salas*. Madrid, 1946, 21 págs.—Publicado en «Archivo Español de Arte», núm. 74, págs. 110-130. Es una reedición de artículos suyos, añadiendo un nuevo dato sobre pintura mural.
73. *El círculo de pintores aragoneses en torno de Goya*. Madrid, 1946, 36 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 15-16, págs. 105-141.
74. *De la Edad Media en el Altoaragón*. Zaragoza, 1946, 36 págs.—Publicado en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. II, págs. 433-468. Documentos y noticias inéditas sobre Alquézar, Naval, Barbastro y Sariñena.
75. *En el tricentenario de la «Vista de Zaragoza», de Velázquez Mazo*. Madrid, 1947, 47 págs.—Publicado en «Hispania», núm. XXVIII.
76. *La aljama judaica de Huesca*. Madrid, 1947, 32 págs.—Publicado en «Sefarad», año VII, núm. 2, págs. 271-301. Es una refundición de sus trabajos anteriores, con nuevos datos del Archivo Histórico Provincial.
77. *Pedro Cubero y Sebastián y su peregrinación de la mayor parte del mundo en el siglo xvii*. Zaragoza, 1947, 28 págs.—Publicado en «Universidad», 2 trim.
78. *Nuevas noticias de artistas altoaragoneses*. Madrid, 1947, 24 págs.—Publicado en «Archivo Español de Arte», núm. 79, Noticias inéditas, recogidas por él o suministradas por doña Rosa Rodríguez de Tormo y por discípulos; algunas las había publicado ya en su artículo *La colección de primitivos del Museo y noticias inéditas sobre pintores aragoneses*, en «Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales», vol. I (1941), págs. 86-93.
79. *Ideario literario y estético de Jose Mor de Fuentes*. Madrid, 1947, 53 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas».

80. *El almirante Pedro Porter y Casanate, explorador del golfo de California*. Madrid, 1948, 66 págs.—Publicado en «Revista de Indias», núm. 30, págs. 783-844. Investigación.

81. *La estética poética de Ignacio de Luzán y los poetas líricos castellanos*. Madrid, 1948, 57 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas».

82. *Referencias a acaecimientos históricos en las datas de documentos aragoneses de los siglos XI y XII*. Zaragoza, 1948, 64 págs.—Publicado en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. III (1947-8), págs. 291-354. Datas interesantes para la historia aragonesa, sacadas de documentos publicados por él o por otros investigadores; algunos datos son inéditos.

83. *Un estudio de Artes en Barbastro en el siglo XIII*. Zaragoza, 1949, 3 págs.—Publ. en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. III, págs. 481-3.

84. *Juicios estéticos de José Nicolás de Azara*. Madrid, 1949, 20 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 27, págs. 273-292.

85. *Nuevas noticias de la aljama judaica de Huesca*. Madrid, 1949, 42 págs.—Publicado en «Sefarad», año IX, págs. 351-392. En colaboración con FEDERICO BALAGUER, que aportó las noticias procedentes de San Pedro el Viejo y del Archivo Histórico Provincial. Del Arco suministró los documentos de los judíos de Ejea y las notas bibliográficas.

86. *La crítica social en Cervantes*. Madrid, 1949, 32 págs.—Publicado en «Revista Internacional de Sociología», núm. 28. Reproducción en «Estudios de historia social de España», tomo II, p. 293.

87. *Los universitarios y la gente letrada vistos por Cervantes*. Zaragoza, 1949, 18 págs.—Publicado en «Universidad», 2.º trim.

88. *El coro de la Catedral de Huesca*. Zaragoza, 1949, 14 págs.—Publicado en «Universidad», 4.º trim.

89. *Dos infantes de Navarra, señores en Monzón* (Ramiro Sánchez y García Ramírez). Pamplona, 1949, 28 págs.—Publicado en «Príncipe de Viana», año X, núms. XXXV-XXXVI, págs. 249-74. Investigación.

90. *Pedro I de Aragón, el fiel amigo del Cid*. Madrid, 1950, 59 págs.—Publicado en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», vol. I.

91. *Las artes y los artistas en la obra cervantina*. Madrid, 1950, 26 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 32, págs. 365-388.

92. *La vida privada en la obra de Cervantes*. Madrid, 1950, 40 págs.—Publicado en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», t. LVI, págs. 577-616.

93. *Los estatutos primitivos de la Universidad de Huesca (1468-1487)*. Zaragoza, 1950, 90 págs.—Publicado en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. IV, págs. 320-409. Transcripción y comentario de los estatutos más antiguos de la Universidad de Huesca, con adición de varias noticias inéditas, algunas suministradas por amigos y discípulos.

94. *Cervantes y las supersticiones*. Santander, 1950, 24 págs.—Publicado en «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», año XXVI, págs. 338-361. Ignoro si hay tirada aparte de este trabajo.
95. *El poeta fray Jaime López, maestro de los Argensola*. Madrid, 1950, 20 págs.—Publicado en «Boletín de la Real Academia Española».
96. *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*. Tomos I y II. Madrid, 1950, 1.020 págs.—Obra monumental, basada en la copiosa correspondencia de Uztarroz. x
97. *Sertorio y Huesca*. Huesca, 1950, 6 págs.—Publicado en ARGENSOLA, núm. 1, págs. 47-52. Divulgación.
98. *Notas históricas de economía oscense*. Huesca, 1950, 22 págs.—Publicado en ARGENSOLA, núm. 2, págs. 101-122. Ordenada recopilación de datos, publicados por él en trabajos anteriores.
99. *El humanista Pedro Simón Abril en Aragón*. Huesca, 1950, 22 págs.—Publicado en ARGENSOLA, núm. 3, págs. 225-246.
100. *El poeta aragonés Juan de Moncayo, marqués de San Felices*. Madrid, 1950, 54 págs.—Publicado en «Boletín de la Real Academia Española», t. XXX, p. 23.
101. *Las ideas literarias de Baltasar Gracián y los escritores aragoneses*. Zaragoza, 1950, 80 págs.—Publicado en «Archivo de Filología Aragonesa», vol. III, págs. 27-80.
102. *El príncipe de Esquilache, poeta anticulterano*. Zaragoza, 1950, 45 págs.—Publicado en «Archivo de Filología Aragonesa», vol. III, págs. 83-126.
103. *El regente de Aragón D. Pedro María Ric y Montserrat. Nuevas noticias*. Zaragoza, 1951, 35 págs.—Publicado en «Universidad», 2.º trim.
104. *La mezquita mayor y la catedral de Huesca*. Huesca, 1951, 8 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. II, págs. 35-42. Puntos de vista acerca de una teoría sobre la Catedral.
105. *Noticias del monasterio moderno de San Juan de la Peña*. Huesca, 1951, 3 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. II, págs. 178-180. Las noticias están sacadas de un libro de 1747, de edición rara.
106. *Francisco Bayeu, en silueta*. Zaragoza, 1951, 11 págs.—Publicado en «Seminario de Arte Aragonés», vol. III, págs. 5-15. Divulgación.
107. *Notas sobre costumbres altoaragonesas en el siglo xvi*. Huesca, 1951, 10 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. II, págs. 257-266. Noticias sobre diversiones y desafíos.
108. *Índice alfabético de los «Índices» latinos de Zurita por el cronista Uztarroz*. Huesca, 1951, 8 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. II, págs. 349-356.

109. *El obispo don Juan de Aragón y Navarra, hijo del príncipe de Viana*. Pamplona, 1951, 46 págs.—Publicado en «Príncipe de Viana», año XII, págs. 39-82. Investigación.
110. *La música y la danza en las obras de Cervantes*. Madrid, 1951, 18 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 35, págs. 253-270.
111. *La fábrica de la catedral de Huesca. Nuevas noticias*. Madrid, 1951, 7 págs.—Publicado en «Archivo Español de Arte», t. XXIV, págs. 321-327. Ampliación de datos.
112. *La sociedad española en las obras de Cervantes*. Obra premiada en el concurso convocado por el Ministerio de Educación Nacional. Madrid, 1951, 783 págs.—Gran obra de erudición.
113. *El «Argentum Oscense»*. Cartagena, 1951, 4 págs.—Publicado en «Crónica del VI Congreso Arqueológico del Sudeste» (Alcoy, 1950), págs. 259-262. Punto de vista.
114. *Fundaciones monásticas en el Pirineo aragonés*. Pamplona, 1952, 78 págs.—Publicado en «Príncipe de Viana», año XIII, págs. 263-338. Ordenada recopilación de datos publicados, referentes a monasterios del Pirineo aragonés, con alguna noticia nueva.
115. *Don Antonio Agustín, historiador*. Madrid, 1952, 42 págs.—Publicado en «Hispania», núm. XLIX, págs. 525-567. Véase el núm. 1 de esta lista.
116. *Estimación española del Bosco en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1952, 15 págs.—Publicado en «Revista de Ideas Estéticas», núm. 40, págs. 417-431.
117. *Sobre numismática aragonesa del tiempo de los Reyes Católicos*. Zaragoza, 1952, 11 págs.—Publicado en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. V, págs. 499-509.
118. *El claustro monacal de San Juan de la Peña*. Zaragoza, 1952, XVI págs. de texto y XX de fotografías, en 8.^o—Pertenece a la colección «Cuadernos de Arte Aragonés». Divulgación.
119. *El historiador de Huesca Francisco Diego de Aynsa. Nuevas noticias*. Huesca, 1952, 12 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. III, págs. 167-178.
120. *La prensa periódica en la provincia de Huesca*. Huesca, 1952, 40 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. III, págs. 197-236. Relación de las publicaciones periódicas de la provincia.
121. *Historia local aragonesa sobre la época de Fernando el Católico*. Zaragoza, 1952, 18 págs.—Ponencia defendida en el V Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Encabezará el vol. VI de los «Estudios» del mencionado Congreso, en curso de publicación.
122. *Un panegírico de Fernando el Católico, por el humanista Juan Sobrarias*. Madrid, 1952, 30 págs.—Publicado en «Bol. de la Real Academia Española».
123. *Mujer, amor, celos y matrimonio vistos por Cervantes*. Santander, 1952, 32 págs.—Publicado en «Bol. de la Biblioteca Menéndez y Pelayo».

124. *La ínfima levadura social en las obras de Cervantes*. Madrid, 1952, 80 págs.—Publicado en «Estudios de Historia Social de España», t. II, págs. 212-290. Ignoro si existe tirada aparte.

125. *Documentos inéditos de arte aragonés*. Zaragoza, 1952, 39 págs.—Publicado en «Seminario de Arte Aragonés», vol. IV, págs. 53-89. Transcripción de documentos del A. H. P. H., de los cuales había dado noticia en otros trabajos anteriores.

126. *Posición de Cervantes ante el gobierno y la administración*. Madrid, 1953, 44 págs.—Publicado en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», t. LIX, págs. 185-228. Puntos de vista y datos, algunos suministrados por discípulos.

127. *Sobre la muerte del rey Sancho Ramírez*. Huesca, 1953, 10 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. IV, págs. 51-60. Defensa de su tesis sobre la muerte de Sancho Ramírez.

128. *Más sobre la muerte del rey Sancho Ramírez*. Huesca, 1953, 4 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. IV, págs. 149-152. Nuevos argumentos en pro de su tesis.

129. *Numismáticos aragoneses*. Madrid, 1953, 27 págs.—Publicado en «Numario Hispánico», núm. 3, págs. 53-79.

130. *Cómo defendía sus prerrogativas el Concejo aragonés*. Huesca, 1953, 6 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. IV, págs. 249-254.

131. *Notas biográficas del rey Alfonso el Batallador*. Madrid, 1953, 105 págs.—Publicado en «Bol. de la R. Acad. de la Historia», t. CXXXIII, págs. 111-209. Visión del reinado de Alfonso, siguiendo un orden cronológico, basado en el escatocolo de diplomas generalmente publicados, con un apéndice de cinco documentos inéditos.

132. *La «duñá» en la literatura española*. Madrid, 1953, 51 págs.—Publicado en «Revista de Literatura», año 1953, 2.º trim.

133. *La enseñanza de Gramática en la Universidad de Huesca*. Huesca, 1953, 7 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. IV, págs. 339-345.

134. *De escultura aragonesa*. Zaragoza, 1953, 36 págs.—Publicado en «Seminario de Arte Aragonés», vol. V, págs. 21-56. Comentarios a noticias dadas a conocer por él en otros trabajos.

135. *Un (en la cubierta aparece El) gran literato aragonés olvidado: Braulio Foz*. Zaragoza, 1953, 97 págs.—Publicado en «Archivo de Filología Aragonesa», págs. 7-103. Estudio de Braulio Foz, con nuevos datos.

136. *La sillería del coro de la catedral de Huesca. Serie icónica*. Zaragoza, 1953, X págs. de texto y XX de fotografías.—Pertenece a la colección «Cuadernos de Arte Aragonés». Divulgación.

137. *Baltasar Gracián y los escritores conceptistas del siglo XVII*. Barcelona, 1953, 32 págs.—Publicado en «Historia General de las Literaturas Hispánicas», t. III, págs. 695-726. Visión de conjunto.

138. *Lope de Vega*. Barcelona, 1953, 43 págs.—Publicado en «Historia General de las Literaturas Hispánicas», t. III, págs. 217-259. Visión de conjunto. Ignoro si se publicó tirada aparte.

139. *Más sobre Tirso de Molina y el medio social*. Madrid, 1953, 105 págs.—Publicado en «Bol. de la R. Acad. Española», págs. 19-72 y 244-293. Es posible que no se hiciese tirada aparte de este trabajo.
140. *El retablo mayor de Montearagón*. Zaragoza, 1954, XXX págs., VI de texto.—Pertenece a la colección «Cuadernos de Arte Aragonés». Divulgación.
141. *Cortes aragonesas de los Reyes Católicos*. Madrid, 1954, 27 págs.—Publicado en «Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos», t. LX, págs. 77-103. Investigación.
142. *Las juderías de Jaca y Zaragoza*. Madrid, 1954, 20 págs.—Publicado en «Sefarad», t. XIV, págs. 79-98. Nuevos datos, con transcripción de documentos, principalmente de Fernando el Católico.
143. *Sepulcros de la Casa Real de Castilla*. Madrid, 1954, 450 págs.—Obra extensa, en la que se recopilan y ordenan los datos publicados hasta esa fecha.
144. *La pintura en Aragón en el siglo xvii*. Zaragoza, 1954, 25 págs.—Publicado en «Seminario de Arte Aragonés», vol. VI págs. 51-75. Visión de conjunto.
145. *Escudos heráldicos de ciudades y villas de Aragón*. Huesca, 1954, 42 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. V, págs. 101-142. Relación de escudos de las principales poblaciones de Aragón.
146. *Todavía sobre la muerte del rey Sancho Ramírez*. Huesca, 1954, 4 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. V, págs. 357-360. Nueva defensa de su tesis.
147. *Modificaciones de vías romanas en la Edad Media*. Madrid, 1954, 6 págs.—Publicado en «Archivo Español de Arqueología», núms. 89 y 90, págs. 295-300. Aportación de noticias y dos documentos.
148. *Alejandro Oliván*. Huesca, 1955, 4 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. VI, págs. 33-36. Semblanza de este aragonés, del que habla también en la 3.ª serie de *Figuras aragonesas*.
149. *Un artículo de Joaquín Costa: «El porvenir del Altoaragón»*. Huesca, 1955, 7 págs.—Publicado en ARGENSOLA, t. VI, págs. 135-140. Comentarios a un artículo aparecido en «El Ribagorzano».
150. *España cristiana hasta el año 1035. fecha de la muerte de Sancho Garcés III (Aragón y Cataluña)*. Madrid, 1956, 210 págs., con fotografías.—Publicado en la *Historia de España*, de Espasa-Calpe, t. VI, págs. 351-560. En un principio, la parte de Cataluña fue confiada a F. Valls Taberner.
151. *Pinturas murales inéditas en el Alto Aragón*. Madrid, 1944, 4 págs. y 2 láms.—Publicado en «Arte Español», II trim. Se trata de las pinturas de Yaso.

Como se habrá podido observar, esta lista de publicaciones es extensísima e integrada en su mayoría por trabajos con aportaciones inéditas. Tras el título, va la reseña de la tirada aparte, pero como éstas suelen ser de muy escaso número de ejemplares y, por tanto, de difícilísima consulta, doy el nombre de la revista en donde se publicó el

correspondiente trabajo, siempre que me ha sido posible localizarla, y después el tomo o el año de la misma, excepto cuando este último coincide con el de la separata, en cuyo caso, el más general, he omitido este dato, con objeto de evitar repeticiones inútiles. De esta forma, el estudioso podrá encontrar fácilmente el trabajo que desee consultar. Era mi propósito excluir de esta lista las obras de divulgación, de momentáneo interés, pero por varias razones me he abstenido de hacerlo; son, en total, unas veinticinco.

ARTÍCULOS DE CARÁCTER HISTÓRICO.—Del Arco colaboró intensamente durante toda su vida en gran número de revistas españolas. Muchos de estos artículos fueron incorporados posteriormente a sus obras y han perdido, por tanto, su interés. En cambio, otros son de consulta necesaria para el estudioso, pues se trata de trabajos de investigación, con datos útiles, tan importantes como las publicaciones con tirada aparte. Daría a este artículo una extensión desmesurada, si hubiese de publicar la lista de esta clase de trabajos; me limitaré, pues, a citar unos cuantos, esperando dar en otra ocasión la lista completa.

Desde luego, omito los publicados en la prensa periódica, no solamente las crónicas de crítica literaria y musical, sino también los de pura investigación histórica, entre los que hay varios, con datos entonces inéditos y todavía actualmente poco conocidos; mencionaré, como ejemplo, el titulado *El crucifijo del coro de Santo Domingo*, publicado en «El Diario de Huesca» y reproducido, en parte, en el curso de su polémica con mosen Lorenzo Navas, en el mismo periódico, el 8 de abril de 1928.

Testamento de D. Carlos Benito González de Posada, en «Bol. Acad. Historia», de enero de 1908.—Primer artículo publicado en revista, a los 19 años.

La caída del conde-duque de Olivares. Un manuscrito inédito, en «Bol. Academia Historia», diciembre, 1910.

El monasterio de Sijena, en «Linajes de Aragón», t. IV (1913), p. 201; reproducido en «Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones», I trim., p. 26.

Ordenanzas inéditas dictadas por el Concejo de Huesca, en «Revista de Archivos», julio, 1913.

El monasterio de Casbas, en «Linajes de Aragón», t. V (1914).

El monasterio de Montearagón, en «Linajes de Aragón», t. V.

El monasterio de San Pedro de Siresa, en «Linajes de Aragón», t. V; reproducido en «Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones», IV trim. (1915), p. 270.

Las primeras ordenanzas de la villa de Luna, en «Rev. de Historia y Genealogía», núm. de mayo de 1915.

Pinturas de Goya, inéditas, en el palacio de Sobradiel, de Zaragoza, en «Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones», núm. de junio de 1915.

La pintura de primitivos en el Alto Aragón, en «Arte Español», núms. de agosto de 1915 a febrero de 1916.

Un paseo arqueológico por Barbastro, en «Arte Español», II trim. 1921, p. 283.

Costa, alumno del Instituto de Huesca y estudiante sempiterno, en «Homenaje del Instituto de Huesca a Costa y a Ramón y Cajal» (Huesca, 1922), p. 17.

La pintura mural en Aragón, en «Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones» (1924).—Véase también la nota núm. 12 de este trabajo.

La colección de estampas, grabados y dibujos del Museo de Huesca, en «Memorias de los Museos Provinciales», vol. IV, p. 111.

La devoción española a Nuestra Señora del Pilar en el siglo xvi, en «Doce de Octubre» (Zaragoza, 1944).

Necrologio insigne de la Virgen del Pilar, en «Doce de Octubre», 1947.

La Virgen del Pilar en Oceanía, en «Doce de Octubre».—Otros artículos en esta revista en los años 1950 y 1952.

GEOGRAFÍA, FOLKLORE Y TEMAS VARIOS.—La producción de Del Arco no es exclusivamente de carácter histórico, sino que abarca temas muy varios. Aunque conocía bien los peligros que entraña la excesiva dispersión de actividades, sin embargo, a Del Arco le seducía tantear otros caminos y cultivar nuevos campos. Esta circunstancia le aproxima más a los grandes polígrafos del siglo xix que a los especialistas de nuestros días.

1. *La casa altoaragonesa. Notas de excursionista*. Madrid, 1919, 37 págs. y 24 láms.—Publicado en la revista «Arquitectura».

2. *El traje popular altoaragonés. Aportación al estudio del traje regional español*. Huesca, 1924, 71 págs., con grabados.—Detallada exposición del resultado de la encuesta sobre el traje altoaragonés.

3. *Páginas selectas de Lucas Mallada, con una noticia preliminar*. Huesca, 1925, 96 págs.—Antología de la producción del célebre geólogo oscense.

4. *Costumbres y trajes en los Pirineos*. Conferencia dada en la Academia de Ciencias. Zaragoza, 1930, 108 págs.—Aparecida en «Publicaciones», de la mencionada Academia, año 1930, págs. 37-139.

Las primeras ordenanzas de la villa de Luna, en «Rev. de Historia y Genealogía», núm. de mayo de 1915.

Pinturas de Goya, inéditas, en el palacio de Sobradiel, de Zaragoza, en «Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones», núm. de junio de 1915.

La pintura de primitivos en el Alto Aragón, en «Arte Español», núms. de agosto de 1915 a febrero de 1916.

Un paseo arqueológico por Barbastro, en «Arte Español», II trim. 1921, p. 283.

Costa, alumno del Instituto de Huesca y estudiante sempiterno, en «Homenaje del Instituto de Huesca a Costa y a Ramón y Cajal» (Huesca, 1922), p. 17.

La pintura mural en Aragón, en «Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones» (1924).—Véase también la nota núm. 12 de este trabajo.

La colección de estampas, grabados y dibujos del Museo de Huesca, en «Memorias de los Museos Provinciales», vol. IV, p. 111.

La devoción española a Nuestra Señora del Pilar en el siglo xvi, en «Doce de Octubre» (Zaragoza, 1944).

Necrologio insigne de la Virgen del Pilar, en «Doce de Octubre», 1947.

La Virgen del Pilar en Oceanía, en «Doce de Octubre».—Otros artículos en esta revista en los años 1950 y 1952.

GEOGRAFÍA, FOLKLORE Y TEMAS VARIOS.—La producción de Del Arco no es exclusivamente de carácter histórico, sino que abarca temas muy varios. Aunque conocía bien los peligros que entraña la excesiva dispersión de actividades, sin embargo, a Del Arco le seducía tantear otros caminos y cultivar nuevos campos. Esta circunstancia le aproxima más a los grandes polígrafos del siglo xix que a los especialistas de nuestros días.

1. *La casa altoaragonesa. Notas de excursionista*. Madrid, 1919, 37 págs. y 24 láms.—Publicado en la revista «Arquitectura».

2. *El traje popular altoaragonés. Aportación al estudio del traje regional español*. Huesca, 1924, 71 págs., con grabados.—Detallada exposición del resultado de la encuesta sobre el traje altoaragonés.

3. *Páginas selectas de Lucas Mallada, con una noticia preliminar*. Huesca, 1925, 96 págs.—Antología de la producción del célebre geólogo oscense.

4. *Costumbres y trajes en los Pirineos*. Conferencia dada en la Academia de Ciencias. Zaragoza, 1930, 108 págs.—Aparecida en «Publicaciones», de la mencionada Academia, año 1930, págs. 37-139.

OBRAS INÉDITAS.—Debido a diversas circunstancias han quedado inéditas una serie de obras de Del Arco. Tengo noticias, hasta ahora, de las siguientes:

La Virgen del Pilar es la reina de la Hispanidad.—Trabajo presentado, en 1941, a un concurso en Zaragoza. Publicó varios capítulos en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. I, y en diversos núms. de la revista «Doce de Octubre».

Temas aragoneses (2.^a serie).—Selección de artículos publicados en «El Noticiero», de Zaragoza.

Un repertorio de documentos reales referentes a Aragón (1256-1421)—Este trabajo fue enviado a la Escuela de Estudios Medievales de Zaragoza y gracias a la amabilidad de su director, don José María Lacarra, podremos ofrecerlo a los lectores de ARGENSOLA en sucesivos números.

Historias de Barbastro, Binéfar y Fraga.—Trabajos entregados a sus respectivos Ayuntamientos. También recibió el encargo de redactar la historia de Monzón, en la que se hallaba trabajando cuando le sorprendió la muerte. Sobre esta villa había publicado una serie de artículos en la revista de Zaragoza «Aragón».

Historia política de Aragón desde Ramiro I hasta la muerte de Alfonso II. Instituciones y cultura de Aragón en el siglo XII. Cataluña cristiana. Historia política desde el año 1035 hasta el final del siglo XII. Instituciones en el siglo XII.—Es el original de su colaboración en la *Historia de España*, de Espasa-Calpe.

Apuntes de Historia de la Civilización, con un apéndice de Historia de la Literatura Española.—Obra didáctica, fechada en 1931.

Castillos altoaragoneses.—Ampliación de los datos acerca de castillos que da a conocer en los capítulos correspondientes de la *Historia de España*, de Espasa-Calpe.

En alguna de sus carpetas, he visto algunos materiales que ignoro si estarán publicados. Son capitulaciones para el retablo de San Jorge, de las que da noticia, pero que no sé si publicó íntegramente, y datos sobre algún aragonés ilustre.

En conclusión, la vasta obra de Del Arco es, sobre todo, de erudición y de investigación, allegando ingentes materiales; en ocasiones, y es lástima que no lo hiciera con más frecuencia, realizó trabajos de depuración histórica, demostrando perspicacia y buen sentido crítico.

LA PREPARACION BIBLIOGRAFICA Y DOCUMENTAL DE LOS ESCRITOS DE DEL ARCO

Por MARIANO BURRIEL
Consejero de la Institución «Fernando el Católico»

EN la tarde del 7 de julio de 1955, don Ricardo del Arco andaba con prisas. Un manuscrito de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, el número 181, le esperaba, bien registrado ya con más de tres docenas de señales, en el estrecho y recogido despacho de su casa. Había de tomar notas abundantes de Blancas para un trabajo urgente. Veinticuatro horas después contemplábamos nosotros el voluminoso infolio del célebre cronista de Aragón, aprisionado por libros, por carpetas, por revistas, por hojas sueltas y por emborronadas cuartillas, en el menguado espacio libre de una vieja mesa de trabajo; pero..., en aquel momento, envuelto ya con un montón informe de telegramas de pésame recibidos por los familiares. Toda la prensa nacional y algunas emisoras españolas habían dado la tremenda noticia del accidente trágico que costó la vida al esclarecido cronista de Huesca y de su provincia.

Hubimos de pensar que las prisas de nuestro querido compañero en registrar libros y manuscritos de historia de Aragón eran, en aquel atardecer de julio de 1955, tantas o más de las que tuvo, mozo aún, en el año 1908, cuando comenzó a hojear, entre otras muchas, las publicaciones del concienzudo Llabrés¹, las notas bibliográficas del incansable

1. Entre otras, *Gabriel Llabrés y las Memorias literarias de Latassa*, «Revista de Aragón» (1905), p. 222-224. *Recuerdos históricos de Huesca: reedificación de la Catedral*, «Voz de la Provincia» (diciembre 1906). *Ordenanzas Municipales de Huesca* y otros artículos, en «Revista de Huesca», t. I (1903-4).

Latassa o los seis tomos de «apuntamientos» del minucioso P. Huesca ². Manía, diríamos, de lector; manía, que había de agotar su vida.

En este primer laboreo bibliográfico del joven archivero de Hacienda de Huesca acaso quedaron fijados ya sus afanes de empedernido lector. Desde aquellas fechas, cada excursión o cada monumento crea en Del Arco nuevas inquietudes artístico-arqueológicas; desde aquellos sus veinte años, cada posible conmemoración histórica determina nuevas preocupaciones culturales; es decir, el área de su actividad literaria se ensanchará sensiblemente cada año; los matices de su erudición aparecerán cada día más variados.

Pretensión vana sería tratar en este lugar, aun en términos generales, de la portentosa labor de Ricardo del Arco. No es este nuestro propósito. Además, en oportuno artículo ³, al que, aparte su mérito, dio notable actualidad la coincidencia de su publicación y del trágico accidente, se hizo ya relación muy exacta de sus publicaciones.

Quizá no sea inoportuno hacer, en las breves páginas que me brinda ARGENSOLA, una alusión ligera a las afanosas, variadísimas y agotadoras lecturas del fecundo escritor oscense.

Optamos, pues, por esbozar las fases más acusadas de su actividad de escritor en orden a la amplitud de los temas de su preferencia.

En los años 1908 a 1920 la monumentalidad destacada de la ciudad de Huesca, la indiscutible fuerza evocadora de los conjuntos urbanos de la provincia y aun el interés notable de las instituciones religiosas, culturales y sociales de ésta y de aquélla, producen en el joven archivero inquietudes informativas sobre las particularidades arqueológicas, históricas, genealógicas y folklóricas de la «Vrbs Victrix Osca» y de todo el Altoaragón. Es esta la fase de sus variados trabajos de vulgarización histórico-arqueológica ⁴.

A partir de 1920, fecha del II Congreso de Historia de Aragón, que con acertada elección se celebró en Huesca, nuestro bibliotecario se

2. Borradores de apuntes documentales para el *Teatro histórico de las iglesias de Aragón*. Seis vols. con material aprovechable. Ms. Bibl. Publ. de Huesca. M. 69-74.

3. *Quién es cada cual: Ricardo del Arco y Garay*, «Bol. Direc. Gen. Archivos y Bibliotecas», núm. 31, p. 36-40.

4. *Estudios varios de historia y arte* (Huesca, 1911). *El Alto Aragón monumental y pintoresco* (en colaboración con LABASTIDA) (Huesca, 1913); obra de precisa finalidad turística. La serie de estudios sobre *Monasterios altoaragoneses* (Casbas, Montearagón, Santa Cristina de S. P., Santa Cruz de la Serós y Sijena) (1914-1915).

pone en contacto científico con investigadores zaragozanos, catalanes y valencianos, quienes conocen pronto la personalidad destacada del ágil, inteligente y laborioso secretario general. Es esta la época de su preparación histórica documentada y ceñida al medio oscense en que vivía.

En 1926, el centenario de Goya, en Zaragoza, brinda a Del Arco oportunidad magnífica para centrar sus aficiones artísticas en el hecho de una exaltación, obligada para Aragón, de la preeminente figura del pintor de Fuendetodos. Lograba, con su participación en las solemnidades del centenario, un entronque y hasta un enraizamiento (que hacía tiempo deseaba) en los medios culturales y artísticos de la capital de Aragón. Es esta la fase de sus regodeos estéticos en libros y conferencias, y a la vez, el momento en que capta ya la Zaragoza «madre de Aragón» y el Aragón «padre de España».

Más tarde, desde 1939 a 1955, cuando el sentido tradicional e imperial de nuestra cultura tuvo, después del glorioso Movimiento, valores más auténticamente españoles, en Del Arco se ensancha la perspectiva histórica de sus lecturas, y los temas más preferentes de sus escritos se encuadran, no en el ámbito local o regional, sino en el nacional. Es esta la fase de su producción más fecunda, más variada, más galana, pero, sobre todo, más española. Son estas como cuatro etapas sucesivas de sus acuciantes preocupaciones de fino observador, de incansable lector y, por consiguiente, de fecundo escritor.

Habremos de reconocer, además, en Del Arco, un sentido de rara oportunidad para la elección de temas concretos en todas estas fases de su portentosa producción literaria.

Curiosidad histórico-arqueológica.

Llega Del Arco a Huesca en 1908, con una juvenil curiosidad histórico-arqueológica, pero también con una fogosa inquietud estética, esta última más acusada quizá de lo que se ha creído. Pero, más que ésta y que aquélla, tiene valor en el laborioso archivero la promesa, (voto, casi) que sabemos se hizo en los breves años de su vida de soltero en Huesca, de no abandonarse, sino de aprovechar todos los medios y oportunidades posibles para no dejar, en sus años de casado (que habrían de ser muchos y de residencia ininterrumpida en Huesca), el estudio de temas aragoneses. Desde luego, en aquellos sus ambiciosos propósitos, no llegó don Ricardo a calcular la proporción de su fecundidad literaria.

Su primera publicación, *Guía artística y monumental de Huesca y su provincia* (Huesca, 1910), es resultado, más que de amplias lecturas, de fuertes impresiones estéticas recibidas en la contemplación del maravilloso tesoro monumental del Altoaragón, que aquí, por reconocido ya, no hemos de exaltar; pero lo es, sin duda, de un deseo de ampliar publicaciones anteriores sobre el tema, de una intención de continuar los husmeos de archivos y bibliotecas que ya iniciarían ilustres profesores, y más que nada, de un incontenible afán de magisterio aragonesista.

Los estudios monográficos de Llabrés, maestro de maestros, los notables trabajos de la interesante «Revista de Huesca», tan provechosa para las informaciones regionales y locales (1903-1904), la «solera» histórica de tantos y tan notables escritores oscenses, resultan para el joven escritor estímulos constantes en su ininterrumpida labor.

Por estas fechas comienza la lectura de documentos en viejos pergaminos de los Archivos Capitular y Municipal, a la vez que logra saciar su codicia informativa en Aynsa, en el P. Huesca, en Traggia y en no pocas colecciones del tesoro diplomático aragonés, lecturas todas que le dan una idea de las dimensiones históricas de la ciudad en que vive y de la importancia documental de los monasterios oscenses que ha visitado.

En esta primera publicación oscense que hemos citado de don Ricardo, hallamos el embrión de no pocos escritos suyos de carácter histórico-arqueológico: de los monasterios altoaragoneses, de la majestuosa catedral, del recinto fortificado de Loarre y del castillo-abadía de Alquézar.

Una observación importa hacer aquí. Nuestro biografiado tuvo una sencilla, no arrogante, manía de completar publicaciones ya existentes sobre historia de Aragón, pero, a decir verdad, la tuvo también de completarse a sí mismo. Resultaban estas ampliaciones verdaderas exigencias de sus inacabables lecturas, y en todas ellas (hemos de anotar) el detalle cronológico, el punto de vista histórico y, sobre todo, el tono evocador y emotivo gana puntos. Realmente son nuevas e interesantes obras.

Una circunstancia (muy extraña y muy digna de elogio para una ciudad como Huesca) determina en el joven académico de la Real de la Historia una familiar afición a los estudios genealógicos. Ciertamente, la publicación de «Linajes de Aragón»⁵, revista quincenal y después,

5. «Revista de Historia, Genealogía y Heráldica Aragonesa» (Huesca, 1910-1916). Después, «Linajes de la Corona de Aragón» (Huesca, 1918-1920).

con variación de título, mensual, nos da idea del extraordinario ambiente cultural de la capital oscense y de la preocupación heráldica de las nobles familias altoaragonesas.

Del Arco en estos años, a vueltas de otras muchas y muy variadas lecturas, se afana en la busca de datos genealógicos sobre apellidos, escudos y casas solariegas del Altoaragón en los más variados nobiliarios, y lo hace con el mayor entusiasmo; más de una vez le vemos enfrascarse en empeñadas controversias y discusiones ⁶.

Nombrado en 1915 jefe de la Biblioteca Provincial, le consideramos ya en contacto directo con el interesante depósito bibliográfico que, por donación de Carderera, procedía del gran coleccionista oscense Lastanosa.

Suponemos que Del Arco, desde aquellas fechas, extractó y amplió los tres volúmenes de *Memorias literarias* ⁷, de Latassa, y ordenó y reseñó los expedientes académicos de la prestigiada Universidad de Huesca. Estos expedientes y aquellas memorias, ya conocidas por él, constituían para un lector de la codicia histórica de nuestro compañero, un tesoro inagotable de información aragonesa.

En esas memorias volvió a admirar al sapientísimo Antonio Agustín ⁸, numismático, arqueólogo, historiador y genealogista famoso, cuya prescancia científica había adivinado quizá en sus años de bachiller en Tarragona. En la lectura de estos «apuntamientos» apreció nuestro bibliotecario la valía del cronista Andrés de Uztárroz, personaje al que llegó a tomar extraordinario afecto y devoción aragonesa. En estas notas manuscritas comenzó a entusiasmarse don Ricardo con el museo del insigne Lastanosa, palacio en el que por muchos años se dio cita lo más florido de la erudición aragonesa del siglo xvii. En estas curiosas y detalladas anotaciones descubrió Del Arco a Marcuello ⁹, el poeta de los Reyes Católicos, al historiador cesaraugustano Espés y a tantos y tantos destacados personajes del Renacimiento y del Humanismo de nuestra tierra. En la lectura de estos tres densos volúmenes estudió momentos culminantes de la historia de Aragón, y en estos códices misceláneos se sintió herido, como oscense, al leer una sátira ¹⁰, tan injusta como despiadada

6. *El verdadero escudo de Huesca* (Huesca, 1918).

7. *Memorias literarias*, de Latassa. Ms. 76, 77 y 78 de la Bibl. Públ. de Huesca.

8. Figura muy eminente de la cultura aragonesa, protector del célebre gimnasio de Monzón, obispo de Lérida y obispo de Tarragona.

9. Natural de Calatorao y uno de los más antiguos trovadores de la Virgendel Pilar.

10. *El capuchino mártir*. Sátira de un sermón que pronunció el P. Huesca en 1782. V. Mem. liter., t. III, fol. 452 s.

contra el buen capuchino P. Ramón de Huesca. ¡Cuánta luz dieron a nuestro cronista estas lecturas y cuántos aspectos de la historia local y regional pudo aclarar nuestro querido compañero!

Por mucho tiempo absorbió la atención de nuestro académico la rica documentación de la vieja y célebre Universidad Sertoriana. Registró, anotó y después divulgó datos muy curiosos sobre la vida de ilustres universitarios. El zaragozano Llorente, el oscense Aynsa, el turoense Antillón y otros muchos prestigiosos alumnos del Estudio General de Huesca, quedaron perfilados en los breves esbozos de Del Arco.

Preocupación histórica documental.

La celebración del II Congreso de Historia de Aragón ¹¹ es el momento en que nuestro cronista entra de lleno en el estudio detenido de los grandes cronistas e historiadores aragoneses, comenzando por Zurita, al que en pocos de sus escritos deja de comentar documentalmente, y terminando por Uztároz, para el que, como hemos dicho, tuvo especial predilección. De todos ellos, desde aquella fecha, leyó obras impresas, transcribió documentos, hizo extractos y redactó comentarios.

El activo e inteligente secretario general del Congreso intensifica en estas fechas las «búsquedas» de documentos en archivos nacionales, regionales y locales. Los fondos aragoneses del Archivo Histórico Nacional, los de la Academia de la Historia, los del de la Corona de Aragón, núcleos principales de manuscritos, son objeto de consulta o de revisión. Pero más que éstos, le interesan los fondos locales, que examina con asiduidad y con aprovechamiento: los pergaminos del Archivo Capitular de Huesca ¹², las 187 hojas del viejo cartulario de San Pedro el Viejo, los documentos del Archivo Municipal oscense y los de los pueblos de Almudévar y Casbas. De archivos y de colecciones diplomáticas extrae Del Arco abundantes noticias documentales referidas a los siglos XI y XII ¹³.

11. Se celebró en los días 26 al 29 de abril del año 1920. El primero se había celebrado en Barcelona en 1907.

12. Muchas veces repasó los 233 folios del «Lumen» de esta iglesia, redactado por varios canónigos (1633 y s.)

13. Entre las carpetas de trabajos preparados por Ricardo del Arco en julio de 1955, figuraba abundante original sobre historia del siglo XII (Aragón y Cataluña).

Y fruto de estas investigaciones es su notable trabajo histórico *Huesca en el siglo XII*¹⁴. Prueba nuestro cronista en esta obra que había adquirido un concepto más ceñido y más documental de la historia de Aragón. El activo secretario del Congreso enfoca en su trabajo los más variados aspectos históricos de la capital del Altoaragón: el religioso, el social, el cultural, el artístico y el económico. No tiene esta obra el tono evocador y sentimental, tan del agrado del autor en otros estudios posteriores; tiene, en cambio, una visión más exactamente histórica de las estrechas calles y del conjunto urbano de Huesca, de las familias nobles y de los palacios que habitaban, de la estancia de los reyes aragoneses en su «predilecta» ciudad, de las personalidades eclesiásticas que en tal época regían los destinos del Reino, y de las más curiosas particularidades del culto catedralicio. Es, en resumen, la obra en que demuestra más cariño a «su» Huesca; es el estudio en que brota más fuerte su «oscensismo».

Profundo aragonesismo.

Sus visitas a Zaragoza son frecuentes a partir del año 1926, y le adentran plenamente en el ambiente cultural de esta ciudad y en sus medios histórico-artísticos. En la rica Biblioteca Capitular hojea cartularios y manuscritos, y en la lectura de éstos, se va encariñando con las instituciones eclesiásticas cesaraugustanas, como antes lo hizo con las oscenses; en la del Seminario de San Carlos se entusiasma con el rico donativo de Roda y sus notables joyas bibliográficas del Renacimiento, y en la entonces Provincial y Universitaria, en la que le ha introducido su compañero de Cuerpo y de actividades goyescas, el señor Jiménez Catalán, se traza un plan vasto de lectura, verdaderamente excedido: todos los cronistas del Reino, todas las obras clásicas de historia, todas las «memorias» y los libros «de gestis» de la Universidad¹⁵, todos los manuscritos (antiguos o modernos), todas las ediciones zaragozanas y... todo lo que, después de incesantes consultas de los abundantes repertorios bibliográficos, creía que podía saciar su creciente afán de lector.

14. Jugoso trabajo de 155 págs. con un apéndice de 31 documentos sobre la ciudad de Huesca, la institución real, la catedral y la vida religiosa, las circunstancias sociales de mozárabes, judíos y gascones, y la administración municipal (Huesca, 1922).

15. Le interesó la historia del Estudio general cesaraugustano en las siguientes obras: J. BORAÑO, *Historia de la Universidad de Zaragoza* (ms. núm. 183). I. CAMÓN, *Memorias literarias de Zaragoza* (1768-69). ID., *Historia de la Universidad de Zaragoza* (ms. núm. 198). D. FRAYLLA, *Lucidario de la Universidad y estudio de la ciudad de Zaragoza* (ms. núm. 221).

Y el plan, en cierto modo, se cumple. Hasta el día de su muerte nuestro compañero había de ser el más constante prestatario y el lector más asiduo de las obras de historia y de arte. Todo esto necesitaba, en aquel momento goyesco, para dar satisfacción a sus inquietudes estéticas y a sus propósitos (que son pronto realidades) de estudios monográficos del arte y de los artistas de Aragón; todo esto necesitaba, en aquella fase de fervor aragonés, para conocer con detalle la ciudad del Ebro, cuyas «evocaciones», noticias y «efemérides» había de publicar en breve.

Pronto tendrá nuestro amigo ocasión de demostrar sus grandes entusiasmos y sus no pequeños conocimientos del arte. Con la creación de la Universidad de Verano en Jaca, habrá de explicar, desde 1927 a 1934, cursos de arte español para extranjeros. Pensamos que este contacto con alumnos de otros países le sirve para conocer mejor la importante producción bibliográfica europea sobre nuestro arte patrio y sobre nuestros monumentos aragoneses.

Viajero muchas veces por tierras de Aragón, anotador todos los días de libros y manuscritos de su historia, impresionable en todo momento ante cualquier hecho artístico, es natural que el fecundo escritor pensara más de una vez en una obra de conjunto sobre nuestra tierra. Efectivamente, lo pensó, y como lo que pensaba lo hacía, escribió, en 1931, el voluminoso libro *Aragón. Geografía, Historia, Arte*.

Aunque sea sólo por tratarse de una obra singularmente representativa del quehacer histórico de Del Arco y porque, en su título y en su contenido, es netamente aragonesa, hemos de hacer mención de ella aquí. Este trabajo, multiforme y misceláneo, de 684 páginas densas, es sencillamente el resultado de veintidós años de lector de obras aragonesas, de muchas excursiones por los llanos y por las cumbres de la región, de no pocos extractos de crónicas de viajes hechos por españoles y extranjeros en varios siglos, y hasta de constante acopio de referencias cartográficas y fotográficas. Quiere ser síntesis completa de todo lo que concierne a esta bendita tierra. Obra es ésta que, si no tiene pretensiones de estudio científico, sí tiene una abundancia de datos, en cierto modo útiles para la curiosidad popular. Constituye exactamente un recurso de información para la erudición aragonesa. Responde, acaso, a ese «sentido de magisterio» que palpita en las obras de Del Arco.

Obra más propia de archivero que la referida, es su *Repertorio de manuscritos referentes a la historia de Aragón*, trabajo que fue patrocinado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que, aunque la publicó en 1942, tuvo una fase de preparación en este largo período de

fervor aragonésista. La introducción, de 46 páginas, quiere ser un esbozo cronológico de la cultura aragonesa, hecho con fácil soltura, con extraordinario dominio de la bibliografía, que representa claramente el resultado de sus afanosas lecturas y de sus repetidas y bien aprovechadas visitas a los mejores depósitos documentales. Es la obra resumen de muchísimas horas de trabajo en Huesca, en Zaragoza, en Barcelona y, sobre todo, en Madrid.

En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia manejó, con singular aprovechamiento literario, unos 47 tomos de largas series documentales de los tres célebres archivógrafos aragoneses Abbad y Lasierra, Abella y Traggia, la rica colección Salazar y otros interesantes fondos de contenido aragonés. Labor parecida realizó en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional ¹⁶, en el Archivo y Biblioteca de Palacio ¹⁷ y en el Histórico Nacional.

Todas las anotaciones hechas en tantos años de «búsquedas» en archivos de documentación aragonesa, aparecen, puntualmente registradas, en el «Repertorio», con un total de 1.367 títulos, clasificados en veintiuna secciones de otras tantas materias y casi procedencias; y todo, completado con dos utilísimos índices, onomástico y de lugares, de notable interés para su consulta.

Se nos dirá quizá, y no lo negamos, que a esta obra le falta mucho para ser perfecta y completa, pero aun así hemos de afirmar que, dada la pobreza de catálogos y repertorios documentales en España, resulta un avance aprovechable para ulteriores y deseados inventarios de la riqueza de nuestros archivos regionales. Señala, al menos, Del Arco un camino a seguir en la ya retrasada tarea de dar a conocer los fondos documentales del Estado, de las provincias y de los municipios, y aun los de la Iglesia ¹⁸ y de la Nobleza. Y justo será reconocer que estos 1.367 registros documentales prueban no poco la capacidad de lector y anotador de nuestro ilustre bibliotecario y, sobre todo, su indiscutible aragonésismo.

16. Muy fácilmente consultada, con la valiosa orientación de su paisano Pedro Longás, para la búsqueda de datos relacionados con Sora, Lastanosa, Andrés de Uztároz, Dormer, Turmo, Lezaún y otros eruditos aragoneses.

17. Tan ricos en documentos y libros de Genealogía y Heráldica.

18. No podían faltar en el cronista de Huesca algunos estimables estudios relativos al Pilar: *El templo de Nuestra Señora del Pilar en la Edad Media*; contribución a la historia eclesiástica de Aragón (Zaragoza, 1945). *Necrologio insigne de la iglesia del Pilar, «Doce de Octubre»* (1947). *Fernando el Católico y la Virgen del Pilar, «Doce de Octubre»* (1950). El primero de éstos es una aportación documental de 143 págs., en función de defensa de la gloriosa tradición zaragozana.

Sentido nacional.

Muy temprano tuvo Del Arco contactos literarios con los más altos centros de cultura madrileños. Académico de las de la Historia y de San Fernando desde los años 1910 y 1914, respectivamente, con no poca facilidad frecuentaba los medios históricos y artísticos de la capital de España. Archivero además y con notable reputación de publicista, había publicado no pocos artículos de tema aragonés en varias revistas, principalmente en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», cuyo índice (de Gómez Villafranca) manejaba muy diestramente. Era, por tanto, su nombre ya conocido entre los investigadores españoles.

Pero, hay un momento en su vida de lector, de erudito y de escritor, en el que su punto de mira es, más que Huesca y Zaragoza, Madrid. Es el momento en que, pasados los años del Movimiento Nacional (que para Del Arco no fueron de inactividad literaria)¹⁹, siente mayor curiosidad por la cultura nacional. Aquellas «horas imperiales» que Del Arco vivió al vindicar, desde su retiro de Huesca, la figura de don Fernando, ha de vivirlas, hasta morir, conjugando, en muchos de sus escritos, la grandeza del Rey Católico con el renacer de una España nueva después del Año de la Victoria.

Estos años, principalmente de 1945 a 1955, son los más fecundos y los de más variada producción literaria²⁰. Es cierto que en los escritos de carácter nacional de Del Arco siempre resalta un poco su aragonesismo²¹, pero también es cierto que el sentido imperial no falta en las obras de la historia de Aragón que ahora escribe nuestro cronista. Es bien patente este sentido al destacar al rey aragonés como principal «artífice» de España, como si éste iniciara, con sus empresas, la «grandeza» y el alto «destino» de nuestra Patria. Y siente esta idea de «imperio» no sólo en el «político» Fernando, sino en las figuras cimeras de nuestra literatura, que Del Arco estudia en sus últimos años con un fuerte entusiasmo nacional: Tirso y Lope, Gracián y Luzán, y, princi-

19. En 1939 publica *Fernando el Católico, artífice de la España imperial*.

20. En el año 1945, aparte algún trabajo de menor importancia y aparte, sobre todo, de muchísimas conferencias y charlas por «Radio Zaragoza», publicó siete obras, una de más de 700 págs.

21. *Grandeza y destino de España* (Madrid, 1941). *La idea del Imperio en la política y la literatura española* (Madrid, 1944).

palmente, Cervantes. En éste, después de prolongadas e intensas lecturas, analiza minuciosamente la vida privada de los españoles, estudia con detalle las supersticiones del pueblo sencillo, capta la música y la danza de ese siglo maravilloso, penetra en el vivir de la clase media e ínfima, y hasta sondea la circunstancia política del medio ambiente en que vivió el autor del *Quijote*. Es decir, en unos cuantos trabajos de apariencia literaria, hace historia, diferenciada y menuda, de la España imperial. Realmente este programa de estudio y de análisis de las figuras señeras de nuestra literatura, demuestra una capacidad insospechada de lectura y un sentido de penetración realmente extraordinario.

Pero bueno será notar que, si en las obras de matiz literario, como las que hemos aludido, hace historia, en las obras de historia, como en las biografías, hace literatura. Véase, si no, las series de bosquejos personales que tituló, con singular acierto, *Figuras aragonesas*. Libro «primoroso» es éste, y así lo juzgó Azorín. En tres series²², diferenciadas sólo por el año de su publicación, pero no por el estilo ni por la forma, nuestro compañero nos presenta unos rápidos esbozos biográficos de la «falange aragonesa del Renacimiento» y de la «destacada erudición del siglo xvii», en los que realza, en muy breves páginas, con acusado relieve, con delicada penetración psicológica, con caudalosos conocimientos, con extraordinaria fuerza evocadora y con maravilloso sentido de selección, las vidas y los episodios emotivos y aleccionadores de varias docenas de «figuras» de Aragón, representativas del «genio de nuestra raza». Todas estas «figuras» están matizadas, histórica o psicológicamente, con singular acierto: unas veces en una heroína, como doña Violante de Luna, se matiza el «tesón»; otras, en nuestro incomparable Zurita, la «perseverancia»; otras, en Antonio Agustín, el san Isidoro del siglo xvi, la «sapiencia»; otras, en Goya, el «genio»; otras, en Cerbuna, el fundador de la Universidad Cesaraugustana, la «liberalidad»; otras, en Molinos, el quietista, la «viveza».

Un apunte, una fecha, un dato insignificante, le sirven a nuestro cronista para dar en ocho páginas un acabado retrato. Hay, no lo negamos, fantasía e imaginación, pero estas «figuras» aparecen bien perfiladas, atinadas de color y con un contorno muy vigoroso. Más de una vez,

22. En los años 1923 y 1926, las series 1.^a y 2.^a, que contienen 18 y 29 biografías, respectivamente, sin contar las referencias escuetas de «santos» y de «sabios» aragoneses, de los que no se resigna a no hacer breve mención. Al morir, estaba en fase de publicación una nueva serie de *Figuras aragonesas*. Es la 3.^a, que precisamente en estos días la Institución «Fernando el Católico» presenta impresa como edición homenaje a su autor.

los «parlamentos» ideados por el autor, en una breve página del esbozo, dan una fuerza evocadora de la situación que es verdaderamente admirable. En fin, una maravilla de expresión, de tino y de elegancia. Realmente, son aleccionadoras. Tuvo presente aquel lema de los romanos: *Posteritati et gloriae serviamus*.

Y esta es la personalidad literaria del ilustre cronista de Huesca. Tuvo vocación bien probada de historiador, con una predilección muy patente hacia cronistas y eruditos aragoneses, como Zurita y Uztárroz, que fueron sus ídolos. No disimuló su apasionamiento por monumentos y lugares oscenses determinados, como San Juan de la Peña, Loarre, Alquézar ²³, Hecho, Fraga. Gozó al evocar, galanamente, momentos interesantes de nuestra cultura en el «cenáculo» de Lastanosa ²⁴ o en la vieja Universidad oscense. Recordó agradecido sus solaces bibliográficos y documentales en bibliotecas y archivos, como en la Universidad de Zaragoza ²⁵ y en la de la Academia de la Historia. Estudió, como ningún otro, las glorias de Aragón, aun sin haber nacido en esta tierra. Gozó también, por su fina sensibilidad, de momentos sublimes al hacer revivir aspectos del arte aragonés. Fue codicioso de datos históricos, le acució siempre cualquier novedad informativa, y nunca le faltó entusiasmo para su incesante labor. Con una dicción cuidada, un estilo peculiar, alguna suave ironía y con una prodigiosa retentiva para recapitular, Del Arco supo dar siempre acertado color a sus fáciles descripciones y supo dar siempre vida y fuerza a sus atinadas evocaciones.

Pero, sobre todo y ante todo, en Del Arco jamás se debilitó aquella voluntad férrea de lector, que, si le proporcionó los goces más inefables, también, por haber hecho abuso de su ya escasa potencia visual, le puso en trance mortal.

Se despidió de la vida de lector y de escritor con el manuscrito 181 de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

23. *Catálogo Monumental de España. Huesca* (Valencia, 1942), C. S. I. C., 2 vols.

24. *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztárroz* (Madrid, 1950), 2 vols. con un total de 1.020 págs.

25. En fines de diciembre de 1953 obsequiaba a la Biblioteca Universitaria, ya muy nutrida con las publicaciones suyas, con 64 trabajos publicados recientemente (Reg. núm. 27.038-27.101).

RONDALLES DE MAI ACABAR

Per JOAN AMADES

QUAN vam publicar el primer volum de la nostra obra *Folklore de Catalunya*, dedicat exclusivament a la rondallística, el nostre bon i malaguanyat amic don Ricardo del Arco ens envià una calorosa lletra de felicitació a l'ensem que ens manifestava la seva sorpresa per no haver trobat cap rondalla de mai acabar entre les dues mil i tantes que en contenia el nostre llibre. Ens deia que sempre li havien cridat l'atenció aquesta mena de documents tradicionals breus i graciosos i ens preguntà si la literatura oral catalana n'estava mancada, tota vegada que no n'inclòiem cap en el nostre recull. Li contestàrem que la nostra rondalla comptava amb nombrosos documents del gènere que li interessava, els quals no havíem inclòs en la nostra crestomatia rondallística atesa la seva pobresa literària, puix que la nostra obra, malgrat la seva categoria científica, formava part d'una biblioteca literària, circumstància que no podíem perdre de vista. Li vam prometre que, quan ens fos avinent, li dedicariem un treball sobre aquest tema per donar-li a conèixer les rondalles catalanes que hem trobat en les nostres recerques etnogràfiques. Les nostres excessives ocupacions no ens han permès de complir la promesa amb la puntualitat que desitjàvem i mentrestant ha sobrevingut el dolorós accident, que tots els amics del gran mestre lamentem, que ens ha privat de la seva gratíssima amistat i de la seva calorosa companyonia. Nosaltres ens sentim endeutats amb ell i ens apresseu a pagar-li el deute tot dolent-nos vivament de no haver-ho fet quan ell n'hauria pogut heure goig.

Les rondalles de mai acabar no són patrimoni exclusiu de cap rondallari determinat i se'n troben entre els contes de països ben diferents,

Estan degudament registrades i figuren en el catàleg universal de rondalles dels professors Aarne i Thompson ¹ (Z12; tipus 2250).

Aquesta espècie rondallística no ha estat pas gaire estimada i són en escàs nombre les publicades pels rondallòlegs estrangers. Segons el professor Stith Thompson, gairebé només són patrimoni dels rondallaris europeus, especialment del d'Hongria ²; també en coneixem dels pobles ibero-americans, com veurem. Dels recercadors catalans que ens han precedit en l'arplega de rondalles, només n'ha publicat dues de mallorquines l'arxiduc Lluís Salvador ³.

Aquesta mena de contes ordinàriament s'expliquen a la mainada quan demana amb insistència que se'ls conti una rondalla i al requerit no li ve de gust fer-ho. Hom les repeteix un nombre indefinit de vegades, empalmant el darrer concepte amb el primer de la repetició fins a apurar la paciència dels que escolten, que no triguen gaire a demanar al narrador que pari d'explicar. Quant a llur valor funcional, aquestes rondalles participen de les circumstàncies que distingeixen les rondalles enganyalls, les quals ordinàriament hom també sol explicar quan vol evadir la narració, igualment com fa en les del tipus que ens ocupa. Les rondalles d'enganyall tracten de sorprendre els oints amb finals inconvenients i exabruptes a voltes escatològics o grollers i no són exclusius de mainada com les de mai acabar. Les rondalles enganyoses es distingeixen gairebé sempre per plantejar cap al final de la breu narració un concepte inacabat, que el narrador aclareix de mala manera quan algú dels oints, inadvertit del cas, pregunta per la solució del concepte objecte de l'engany.

Les rondalles que ens ocupen ofereixen dos tipus ben determinats: el de les *rondalles enfadoses* i el de les *rondalles de mai acabar* o *sense fi*. Les primeres acaben amb un concepte a voltes expressat per una sola paraula que es repeteix un nombre indefinit de vegades fins a apurar la paciència dels oints, fent-se per tant enutjoses en grau màxim. Les rondalles inacabables acaben amb una frase i un vers que obre la porta a la repetició de tota la rondalla sencera i, per tant, quan el recitair para la narració, de fet trenca la rondalla perquè no obeeix a la continuació a la qual el força el darrer concepte del recitat.

1. ANTTI AARNE i STITH THOMPSON, *The types of the folktale, a classification and bibliography* (Helsinki, 1928), p. 203.

2. STITH THOMPSON, *The Folktale* (Nova York, 1951), p. 230.

3. ARXIDUC LLUÍS SALVADOR, *Marchen aus Mallorca* (Leipzig, 1896), p. 11 i 12; *Rondalles de Mallorca* (Leipzig, 1896), p. 11 i 12.

Les rondalles enfadoses resulten més pesades i enutjoses que les de mai acabar i és possible que siguin anteriors, puix que són més simples i estan mancades de l'enginy constructiu que enclou l'habilitat verbal que força a la seva repetició. De les rondalles enfadoses evidentment són més simples i, per tant, més primàries, aquelles que repeteixen un concepte que les que ho fan amb una idea expressada per tota una frase. Resulta interessant que les que radiquen llur característica simplement en una paraula, per tal de donar més força a l'acció, acostumen acompanyar-la d'un moviment que la subratlla i que tracta de pintar la idea expressada pel mot indefinidament repetit segons la visió personal del contaire. Es prou coneguda la gran valor de la gesticulació en el llenguatge dels nuclis de cultures incipients i retardades. Cal sobrentendre que, en parlar de la categoria primària dels documents que ens ocupen, no volem pas dir que les rondalles que referim pròpiament ja les contessin els nostres avantpassats, sinó que renovellades, qui sap si en un ahir no gaire llunyà, conserven encara l'esperit conceptual i àdhuc quelcom de la forma que degueren posseir les contarelles d'aquest tipus explicades pels nostres primitius; esperit que ha perdurat a través dels milers i milers de generacions que s'han complagut explicant rondalles enfadoses i de mai acabar.

Vegem les rondalles enfadoses que tenim recollides directament de la tradició oral. La més tradicional és coneguda amb el nom de *Conte de l'enfadós* i sol explicar-se ordinàriament als infants. El narrador pregunta: —¿Vols que t'expliqui el conte de l'enfadós?, i, sigui quina sigui la resposta de l'interrogat, el narrador invariablement replica que no és allò que li ha contestat el que li pregunta, sinó que li havia dit si vol que li conti el conte de l'enfadós. Quan l'oïnt avorrit ja no sap què contestar, sol donar la callada per resposta; aleshores el narrador no per això es detura i li replica que no li ha dit pas que callés o que adoptés aquella actitud o que fes tal o qual gest, sinó que li ha dit si vol que li conti el conte de l'enfadós. La pregunta dura fins que l'oïnt se'n va de tan avorrit o quan el narrador es cansa de preguntar ⁴.

Del mateix ordre que l'anterior és la *Rondalla des Cabrit*, pròpia del rondallari mallorquí:

4. JOAN AMADES, *Folklore de Catalunya*, vol. I, *Rondallística* (Barcelona, 1950), p. 59 del pròleg.

Sa rondaia des cabrit

¿será bona si la dic?

—Sí.

—Si haguésseu dit no,

la vos hauria contada.

—No.

—Si haguésseu dit sí,

la vos hauria contada.

—Idò sí.

—Si haguésseu dit no,

la vos hauria contada..., etc. ⁵

Cau dins aquesta mateixa categoria la rondalla següent que convida l'oïnt a mudar de lloc a cada repetició fins que se'n cansa:

¿Vols que t'expliqui

el conte del cap pelat?

—Sí. —Doncs posa't a l'altre costat.

—Ja m'hi he posat.

—Jo no et pregunto

si ja t'hi has posat;

jo et dic si vols que t'expliqui

el conte del cap pelat.

—Sí. —Doncs posa't a l'altre costat.

—Ja m'hi he posat.

—Jo no et dic si ja t'hi has posat..., etc. ⁶

Aquest document es força conegut a l'Amèrica llatina i figura en els rondallaris xilè ⁷, cubà ⁸, venezolà, dominicà i portorriqueny ⁹.

Una vegada era un mare

que tenia una filla

i la filla fila que fila,

fila que fila, fila que fila,

fila que fila, fila que fila,

fila que fila, fila que fila... ¹⁰

5. ARXIDUC LLUÍS SALVADOR, *Rondaies de Mallorca*, dins *Obres Completes*, a cura de Miquel Dolç (Barcelona, 1951), p. 154.

6. Oïda de boca de Maria Pujol i Rocabert, teixidora de Castellà del Vallès (1919).

7. RAMON A. LAVAL, *Cuentos de nunca acabar*, «Anales de la Universidad de Chile», vol. CXXV (Santiago, 1909), p. 959.

8. S. CÓRDOVA, *El folklore del niño cubano*, «Revista de la Facultad de Letras y Ciencias» (La Habana, 1925), vol. XXXV, p. 119; PICHARDO, *Diccionario de voces cubanas* (La Habana, 1875), article *gallo*.

9. RAFAEL RAMÍREZ DE ARELLANO, *Folklore Portorriqueño* (Madrid, 1926), p. 18.

10. Contada per Antònia Camps, hospitalera, de Reus (1918).

El contaire repeteix sempre el mateix fins a apurar la paciència de l'oïnt. A voltes el contaire acompanya la paraula amb el gest de braços i el moviment de dits imitatiu de l'acció de filar.

Una vegada era una rata,
que les puces y els polls
la van empaitar;
i aquella pobra rata
no feia sinó gratar;
i grata que grata
grata que grata,
grata que grata... ¹¹

Es d'anotar que, per efecte de la persistent repetició del concepte, els oïnts acaben tots tenint picor.

La Tia Maria
dormia i cosia,
i mentre dormia
l'olla li bullia,
bullia, bullia,
bullia, bullia,
bullia, bullia, etc. ¹²

El narrador tracta de pintar la idea de bullir l'olla amb els punys closos davant del pit tot fent-los giravoltar tractant d'imitar el moviment continuat de l'olla bullint.

Una vegada hi havia un marxant
que es passava tot el dia fumant,
tenia una pipa grossa com un esclop,
feta de fusta de xop,
que hi cabia més d'una arrova
de tabaco de tuma,
i es passava tot el dia
fuma que fuma, fuma que fuma,
fuma que fuma, fuma que fuma, etc. ¹³

Per donar la idea del fum que s'enfila, el contaire aixeca rítmicament les mans, ara l'una ara l'altra, tot fregant-se les molles dels dits pols i índex.

11. Contada per Joan Figueres, mitjaire i firetaire, de Martorell (1915).
12. Contada per Antònia Camps, ja referida.
13. Contada per Antònia Canari, pentinadora, de Barcelona (1922).

Una vegada era un pastoret
 que va passar per un canyar,
 va tallar una canyeta,
 s'en va fer una flabiolet
 i es va posar a sonar:
 tiroliro lirolà
 tiroliro tiroliolà, etc. ¹⁴

El narrador imita el gest propi de sonar un instrument de buf.

Una vegada eren tres carnicers
 que varen escorxar un rei,
 i li van llevar la pell
 per a fer-ne un pandero,
 que sonava nero nero nero, etc.,
 una vegada eren tres carnicers
 que varem escorxar un rei..., etc. ¹⁵

La forma hitèrica *nero nero* tracta de pintar el so del pandero.

Coneixem només una sola rondalla enfadosa en què el concepte repetit passi d'una simple paraula i que enclogui una idea més extensa. Es distingeix així mateix per basar-se en un argument més consistent i perfecte que el propi d'aquesta categoria de documents.

Vet ací que una vegada un pastor menava un ramat de deu mil ovelles i al bo del camí es va trobar que havia de travessar un riu molt ample i tan profund que el bestiar no podia pas passar a gual. Cercant cercant va trobar una barqueta tan petita tan petita que només hi cabien ell i una ovella, i no sabent com sortir-se d'aquell mal pas resolgué passar les ovelles d'una a una. Feu entrar una ovella dins de la barca, i rema que rema arribà a la vora, deixà l'ovella i se'n tornà; rema que rema arribà a l'altra vora, carregà la segona ovella i rema que rema arribà a la vora i deixà l'ovella i se'n tornà; rema que rema arribà a la vora i carregà la tercera ovella i rema que rema arribà a la vora i deixà l'ovella i se'n tornà..., etc., etc. ¹⁶

El narrador es disposa a repetir exactament la mateixa frase fins que ha passat tot el remat, és a dir, deu mil vegades, si els oints no li demanen que no segueixi.

Aquesta rondalla, a més del seu caràcter enfadós, pot ésser considerada com a numeral. La vam publicar en el pròleg de la nostra *Rondallística* on la vam comentar sota aquest aspecte ¹⁷. La faula vuitena del llibre vuitè de les *Faules d'Isop* ¹⁸ pren per argument aquesta rondalla.

14. Contada per Antònia Camps, ja referida.

15. Contada pel doct. Josep Roig i Punyed, metge de Sant Pere de Ribes (1940).

16. Contada per Vicenç Amades i Alcoberro, mariner, de Prat de Comte (1918).

17. J. AMADES, *Folklore de Catalunya*, vol. I, *Rondallística*, ja citada, p. 58 del pròleg.

18. *Faules de Isop filòsof moral preclaríssim i de altres famosos autors* (Barcelona, 1560).

El rondallari valencià posseeix una variant d'aquesta rondalla de la que n'és protagonista un marxant d'ànecs que, camí del mercat, li cal fer-ne passar milers de milers per un pont tan estret que només poden passar d'un a un i l'un darrera l'altre; el contaire diu que passaven, passaven, passaven, fins que, després de repetir-ho vegades i més vegades, fa una petita pausa. Si algú dels oints pregunta què passa, el recitaire diu que encara deuen estar passant ¹⁹. Aquesta rondalla també figura en els rondallaris castellà ²⁰, en el xilè ²¹ i en el portorriqueny ²².

Hi ha un parell de documents, qualificats per la pròpia rondalla d'enfadosos, que s'aparten per complet de les característiques referides i que pertanyen més aviat a les rondalles de mai acabar pròpiament dites.

¿Vols que et conti
el conte de l'enfadós,
que de cada un en surten dos,
dos i mig i un quartó,
tant si dius que sí
com si dius que no?
Aquell que explicava la tia Perica,
aquella que el nas li pica,
que tenia un gat i un gos
que sempre els explicava
el conte de l'enfadós,
que de cada un en surten dos..., etc. ²³

¿Vols que et conti el conte de l'enfadós
que d'un en van sortir dos,
de dos en van sortir tres
i de tres encara més,
de més van tornar tres?
Si de tres van tornar dos
i el conte de l'enfadós
que de tant que us agradat
hi tornarem aviat
amb el conte de l'enfadós,
que d'un en van sortir dos
i de dos en van sortir tres, etc. ²⁴

Aquest tipus de document pren també forma de cançó amb el nom de «Cançó de l'enfadós».

19. FERNANDO LLORCA, *Lo que cantan los niños* (València, 1931), p. 170.
20. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, *Cantos populares españoles*, vol. I (Sevilla, 1882), p. 112.
21. RAMON A. LAVAL, ob. cit., p. 965.
22. R. RAMÍREZ, ob. cit., p. 20.
23. Explicada per Antònia Canari, ja referida.
24. Contada per Maria Martret, gorrista, de Barcelona (1918).

Per a qualificar quelcom de pesat, d'enujtós, d'inacabable i sobretot quan es repeteix molt, hom empra la comparança *semblar la cançó de l'enfadós*. Tant la comparança com el testimoni de la rondalla fan presentir l'existència de fórmules cantades de la categoria que ens ocupa. Tenim publicada una rondalla encadenada ²⁵ de caràcter màgic que els vells mariners l'havien cantada en hores de xitxa per a cridar el vent. Tots els conceptes es repeteixen per tres vegades i el conjunt del document es recita i es canta fins a quatre vegades, una per cada un dels quatre vents majors. Aquesta mena de conjur resulta enutjós de sentir per la persistent i monòtona repetició dels conceptes, i té tota l'aparença d'una rondalla o d'una cançó enfadosa, però no és així: ni per la seva valor funcional, puix que no tracta d'enujtar els qui la sentin, ni per la seva mesura ben definida, puix que es repeteix tota just quatre vegades. Entre els elements excursionistes de la nostra joventut s'havia cantat una cançó que qui sap si podia parodiar la referida, puix que també prenia per argument un llagut que no podia navegar, però no esmentava per a res el concepte cabdal de la rondalla o cançó referida. També se'n cantava una altra d'un ciclista que en un accident se li espelleringava la roba, i es tapava amb un paper, on es llegia la rondalla que es repetia indefinidament. No transcrivim aquests documents per ésser de factura moderníssima i mancats de tota valor literària i musical. Quant a llur valor pràctica, aquestes cançons difereixen de les rondalles que estudiem, puix que en lloc d'enujtar els oints anaven destinades a fer passar el tedi de llargues hores de caminar o de viatjar en tren.

Les rondalles inacabables, com portem referit, estan dictades de manera que el darrer concepte obra la porta a la repetició i resulta fàcilment empalmable amb el primer.

Una característica d'aquesta espècie rondallística és la d'ésser gairebé sempre dictada en vers. N'hi ha un grup en què el penúltim vers és de rima femenina per tal de fer-lo rimar amb el terme «vegada»:

Vet ací que una vegada
 hi havia un gat
 que tenia el cul foradat
 i la cua caragolada.
 ¿Vols que te l'expliqui
 una altra vegada?
 Vet ací que una vegada
 hi havia un gat..., etc. ²⁶

25. J. AMADES, *Folklore de Catalunya*, ja citat, p. 58 del pròleg i rondalla n.º 257, p. 256.

26. Contada per Antònia Camps, ja referida.

¿Vols que t'expliqui la rondalla del gat?
 Una vegada era un gat
 que tenia la cua al cap
 i les potes de cansalada.
 ¿Vols que te l'expliqui
 una altra vegada?
 Una vegada hi havia un gat..., etc. ²⁷

D'aquesta rondalla n' existeixen gran nombre de variants que no alteren l'essència del document. Se l'anomena el «Conte del Gat» i la coneixem en els rondallaris valencià ²⁸, andalús ²⁹, asturià ³⁰, gallec ³¹, salmantí ³², argentí ³³, xilè ³⁴, portorriqueny ³⁵, cubà ³⁶ i mexicà ³⁷. Resulta remarcable la persistència de la presència del gat en la rondalla, tema que tractem en el pròleg de la nostra *Rondallística* ³⁸.

Vet ací que una vegada
 era una pilota,
 que va caure dins d'una bóta,
 d'una bóta foradada.
 ¿Vols que te l'expliqui
 una altra vegada? ³⁹

Vet ací que una vegada
 hi havia una lletja i fumada
 que en comptes de vestir-se,
 s'embolicava amb una flassada.
 ¿Vols que te l'expliqui una altra vegada? ⁴⁰

27. Contada per Antònia Canari, ja referida.
28. F. LLORCA, ob. cit., p. 170.
29. F. RODRÍGUEZ MARÍN, ob. cit., vol. I, p. 47.
30. AURELIO DE LLAÑO ROZAS DE AMPUDIA, *Cuentos asturianos* (Madrid, 1925), p. 11.
31. JOSÉ PÉREZ BALLESTEROS, *Juegos de niños*, «Folklore Gallego». Miscel·lània, «Biblioteca de las tradiciones populares españolas» (Sevilla, 1884), p. 159.
32. R. MORÁN BARDÓN, *Poesía popular salmantina* (Salamanca, 1924), p. 17.
33. R. LETCHMANN NITSCHKE, «Revista de Derecho», vol. XXX (Buenos Aires, 1908), p. 297.
34. R. A. LAVAL, «Revista de Derecho», vol. XXXII (Buenos Aires, 1910), p. 527.
35. R. RAMÍREZ, ob. cit., p. 13.
36. S. CÓRDOVA, ob. cit., p. 120.
37. «Journal of American Folklore» (Boston-Nova York, 1914), vol. XXVII. p. 147.
38. J. AMADES, ob. cit., p. 103 del pròleg.
39. Contada per Josepa Aldabert, espardenyera i planxadora, de Barcelona (1922).
40. Contada per Joaquina Coll, marxanta de robes, de Barcelona (1925).

Aquesta forma final per donar lloc a la repetició que també figura en el rondallari venecià i en el de Como ⁴¹.

N'hi ha que basen el principi inacabable amb un escrit on es llegeix el breu argument constitutiu del document.

Aquesta solució de continuïtat per a donar lloc a la repetició, l'empra també la rondalla portorriquena ⁴², la cubana ⁴³ i la xilena ⁴⁴.

Un dia que caminava
de Vilanova a Centelles,
a la vora del camí
vaig veure que hi havia un pi
amb unes lletres que deien:
Un dia que caminava
de Vilanova a Centelles..., etc. ⁴⁵

Vet ací que una vegada,
allí dalt de la muntanya,
hi havien set pastorets,
tots set dins d'una cabanya,
i el més vell va fer un pet
i va esquerdar una paret,
i perquè no passés vent
el van tapar amb una pell,
i damunt d'aquella pell
hi havia unes lletres escrites
que deien:
Vet ací que una vegada
allí dalt de la muntanya, etc. ⁴⁶

Un dia venint de Roma,
passant pel Rosselló,
vaig veure una mala vella
muntada dalt d'un moltó,
amb unes lletres que deien:
Un dia venint de Roma, etc. ⁴⁷

Hi ha documents d'aquest mateix ordre que en lloc d'un cartell acudeixen al recurs de sentir una veu o al so d'un instrument.

41. GIUSEPPE PITRÉ, *Canti popolari siciliani*, vol. II, p. 32.
42. R. RAMÍREZ, ob. cit., p. 18.
43. S. CÓRDOVA, ob. cit., p. 120.
44. R. A. LAVAL, ob. cit., p. 968.
45. Contada pel doct. Josep Roig i Punyed, ja referit.
46. Contada per Elisabet Martí, teixidora, de Barcelona (1935).
47. Contada per Teresa Raban, pescadora, de Cadaqués (1922).

Un dia que caminava
des de Girona a Figueres,
pel camí vaig trobar un pi,
un pi carregat d'esquelles
que el vent les feia sonar
i totes deien quan sonaven:
Un dia que caminava
des de Girona a Figueres..., etc. ⁴⁸

Un dia que me n'anava
de Balaguer a Camarasa,
al passar prop d'una casa
sentí una veu que cantava:
Un dia que me n'anava..., etc. ⁴⁹

Un altre argument presenta un personatge que fa una acció, el qual s'adona d'un altre semblant seu que fa el mateix que ell, que al seu torn veu encara un altre que l'imita.

Una vegada hi havia un escarabat
que es passejava per un prat,
i a mig passejar no va poder passar;
i va veure un altre escarabat
que es passejava per un prat..., etc. ⁵⁰

Una vegada era un grill
que se'l va menjar un conill,
i a mig menjar
no se'l va poder empassar;
i més enllà vegé un altre grill
que se'l va menjar un conill..., etc. ⁵¹

Una vegada era un rei
que teixia cistells,
i con més teixia
més feina tenia;
teixint teixint
va veure un altre rei
que teixia cistells..., etc. ⁵²

N'hi ha que, un cop presentat el breu argument per a intrigar els oints, anuncien que seguirà la part més important del cas, la qual

48. Contada per Teresa Raban, Pescadora, de Cadaqués (1922).
49. Explicada per Joan Leonor, sastre, de Lleida (1918).
50. Explicada per Agnès Coll, cosidora, de Ripoll (1918).
51. Referida per Teresa Muntanya, vaquera, de Llers (1918).
52. Explicada per Antoni Gispert, cisteller, de Barcelona (1922).

consisteix simplement a repetir el mateix que ja han dit. Aquesta solució de continuïtat també figura en el rondallari valencià ⁵³, salmantí ⁵⁴, andalús ⁵⁵ i portorriqueny ⁵⁶.

Una vegada era un rei
que pelava faves
i li queien les baves
en un gibrell;
i escolteu que ara ve el bo:
una vegada era un rei
que pelava faves... etc. ⁵⁷

L'arxiduc Lluís Salvador publica una versió mallorquina d'aquesta rondalla, segons la qual el rei protagonista no pelava faves sinó que les *parava i les baves li queien en un ribell* ⁵⁸. Mn. Antoni M.^a Alcover publicà aquest conte no com a tal sinó com una fórmula inicial de rondalla i del tot igual a la versió de l'arxiduc. Nosaltres la vam reproduir i comentar en el pròleg de la nostra *Rondallística*, en el capítol dedicat a les fórmules inicials i finals ⁵⁹.

Vet ací que una vegada
eren tres,
l'un duia gorra,
l'altre barret
i l'altre no duia res.
Oh! i ara ve el millor:
Vet ací que una vegada
eren tres..., etc. ⁶⁰

Una vegada era un rei
que dormia en un corral,
perquè el cap li feia mal.
Oh! i espereu que ara ve el bo:
una vegada era un rei..., etc. ⁶¹

53. F. LLORCA, ob. cit., p. 169.

54. R. MORÁN, ob. cit., p. 18.

55. DEMÓFILO, *Miscelánea*, «El Folklore Andaluz» (Sevilla, 1882-1883), p. 78; LUIS PALOMO Y RUIZ, *Una docena de rimas infantiles*, «El Folklore Andaluz» (Sevilla, 1882-1883), p. 194.

56. R. RAMÍREZ, ob. cit., p. 17.

57. Contada per Ernest Gispert i Desplats, comptable, de Barcelona (1953).

58. ARXIDUC LLUÍS SALVADOR, *Rundayes de Mallorca* (Leipzig, 1896), p. 11.

59. J. AMADES, *Folklore de Catalunya*, ja citat, p. 101 del pròleg.

60. Explicada per Rosa Nolla, de Riudecanyes (1953).

61. Oïda de boca de Caterina Cordomí, passamanera, de Barcelona (1918).

Una vegada era una gallina
que va pondre una petxina,
de la petxina en va sortir un pollet
que no es podia tenir dret.
Oh! i escolteu que ara ve el bo:
Una vegada era una gallina..., etc. ⁶²

Una vegada era una vella
que sonava una esquella,
una esquella i un esquelló.
Oh! i escolteu que ara ve el bo:
Una vegada era una vella..., etc. ⁶³

Vet ací que una vegada eren tres,
dos de rodons
i un d'anglès.
Oh! i espereu que ara ve el bo:
Vet ací que una vegada eren tres..., etc. ⁶⁴

Hi han rondalles que podríem qualificar d'enumeratives, ordinàriament a base del nombre tres, que és el més freqüent en la rondalla. També n'hi ha una a base del set, encara que el text només n'anomena sis:

Una vegada eren set,
En Pau, En Pere i En Jepet,
En Roc, En Blai i En Jaumet,
cada u amb el seu barret;
però quan els van comptar,
només sis en van trobar;
doncs, com que n'hi ha d'haver set,
els hem de tornar a comptar:
En Pau, En Pere i En Jepet..., etc. ⁶⁵

Vet ací que una vegada
eren tres germans,
un de petit i dos de grans,
que tots tenien
dues cames i dues mans
i uns caps
com uns gegants.

62. Explicada per Josep Aldabert, ja referit.

63. Oïda de boca de Margarida Modesta, coquessa, de Barcelona (1922).

64. Explicada per Joan Saleta, de Barcelona (1900).

65. Referida per Maria Hospital, mainadera, de Barcelona (1911).

¿I sabeu per què?
Perquè eren tres germans,
un de petit i dos de grans..., etc. ⁶⁶

Una vegada eren tres fadrins
que caçaven escorpins,
tres per fora i tres per dins;
quan els van haver caçats
els van barrejar tots plegats,
i quan els van haver barrejats
van veure que eren sis escorpins,
tres de fora i tres de dins,
i quan els van haver caçats..., etc. ⁶⁷

Un altre tipus de documents, de la categoria dels que ens ocupen, pren per tema l'enumeració d'un llarg rengle d'activitats que s'inicien amb el llevar-se i acabarien amb l'anar a dormir, si l'auditori tingués paciència per escoltar-los. Aquesta base narrativa també és troba en els rondallaris xilè ⁶⁸ i portorriqueny ⁶⁹.

Una vegada era un pare
que tenia tres fills,
dos de grans i un de xic,
que l'un es deia Peret,
l'altre es deia Perot
i l'altre es deia Peric,
i dos d'ells eren lletjos
i l'altre bonic.
El pare cada dia quan es llevava,
es llevava amb els tres fills,
dos de grans i un de xic,
que l'un es deia Peret
l'altre Perot
i l'altre Peric,
i dos d'ells eren lletjos
i l'altre bonic.
I el pare cada dia quan es vestia
es vestia amb els tres fills,
dos de grans i un de xic..., etc. ⁷⁰

66. Oïda de boca de Joan Figueres, ja referit.

67. Explicada per Rafael Mir, captaire i rodamon, de Barcelona (1923).

68. R. A. LAVAL, ob. cit., p. 961.

69. R. RAMÍREZ, ob. cit., p. 19.

70. Explicada per Elisabet Papió, filadora, de Barcelona (1922).

El contaire refereix tantes accions com poden fer-se durant el curs del dia sempre de la mateixa manera fins a fer-se pesat. Quan algú dels oints, cansat de tant sentir sempre el mateix, pregunta com es va acabar, el narrador li respon que encara manquen moltes hores per arribar l'hora d'anar a dormir i segueix explicant-se fins que es cansen d'escoltar-lo.

Hi ha una rondalla molt interessant, de caràcter encadenat, la qual afegeix un nou episodi a cada repetició i repeteix tot el referit anteriorment.

El rei Butxaca
 tenia una vaca,
 que era la vaca
 del rei Butxaca.
 La vaca tenia cap,
 que era el cap de la vaca,
 de la vaca del rei Butxaca.
 La vaca tenia banyes,
 que eren del cap,
 del cap de la vaca
 del rei Butxaca.
 La vaca tenia ulls,
 que eren els ulls de les banyes,
 de les banyes del cap,
 del cap de la vaca
 del rei Butxaca.
 La vaca tenia nas,
 que era el nas
 dels ulls,
 dels ulls de les banyes,
 de les banyes del cap,
 del cap de la vaca
 del rei Butxaca ⁷¹.

El narrador segueix enumerant la boca, el coll, l'esquena, els molucs, la cua, el floquet, les potes i els unglots, afegint que tenia un vedell, que posseïa els mateixos òrgans que sa mare, els quals enumera amb les consegüents repeticions en ordre invers tant de les parts del cos de la mare com del fill. Quan arriba als unglots del vedell, afegeix que el rei Butxaca va comprar una altra vaca, que al seu temps tingué també un vedell i enumera tots els òrgans en plural; afegint que el rei

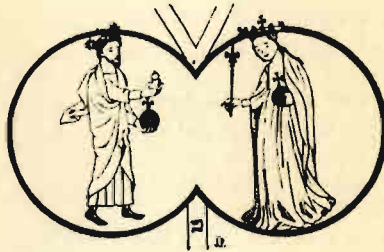
71. Contada per Bonaventura Tuset, calcetera, de Barcelona (1918).

comprà una tercera i una quarta i una cinquena vaca en pla de no acabar mai. Aquesta rondalla es troba així mateix en els rondallaris de Puerto Rico ⁷² i de Xile ⁷³.

Heus ací exposades les rondalles enfadoses i de mai acabar catalanes que ens són conegudes. El seu nombre és bastant important en relació a les que en coneixem publicades pertanyents a d'altres pobles. No creiem que el rondallari català sigui més afavorit que els altres quant a aquest aspecte de document; és molt possible que la diferència sigui deguda a que els recercadors estrangers sembla que no han concedit prou importància a aquest tipus de rondalles i no les han recollides o almenys no les han publicades.

72. R. A. LAVAL, ob. cit., p. 961.

73. R. RAMÍREZ, ob. cit., p. 21.



LA MUJER Y EL LIBRO

Por MARÍA ASUNCIÓN MARTÍNEZ BARA

LA Fiesta del Libro fue un lazo más de unión con mi querido y llorado maestro don Ricardo del Arco. Cada año, al organizar el homenaje al libro y a la biblioteca, acudía a don Ricardo para que fuera mi compañero en esa fiesta de tanto sabor, de tanto valor para cuantos amamos el libro. Su verbo elegante y flúido, su vibrante oratoria, rara vez dejaron de escucharse en el Aula Magna de nuestro Instituto de Enseñanza Media, teatro de la fiesta, en tan fausto día. Uno de los temas por mí desarrollados, con ocasión de ella, *La mujer y el libro*, fue objeto de los más elogiosos comentarios por su parte, elogios nacidos del gran afecto y estimación que por mí sentía el maestro y amigo. A su venerada memoria, ofrendo hoy aquella mi disertación de ayer.

La mujer y la cultura.

Abordamos hoy—Fiesta del Libro—un tema de vieja estirpe, un tema debatido durante siglos y que no obstante sigue teniendo actualidad, quizá por no haberse resuelto plenamente. Nos referimos a la posición de la mujer ante la cultura.

«La cultura—dice Simmel—es el perfeccionamiento de los individuos merced a la provisión de espiritualidad hecha por la especie humana en el curso de la Historia». Se dice que un individuo es culto cuando su esencia personal, su yo, se ha completado asimilándose los valores objetivos, es decir: costumbres, moral, arte, religión, formas

sociales... La cultura es, pues, una síntesis de lo subjetivo con lo objetivo. La mujer es más subjetiva, más individualista; el hombre más objetivo. Nuestra cultura es enteramente masculina, con pequeñas excepciones. Son los hombres los que han creado el arte, la industria, el comercio, la ciencia. De ahí que por ser eminentemente masculina la cultura tenga, a pesar de esa síntesis de lo subjetivo con lo objetivo, un mayor carácter de objetividad. La mujer, al tratar de incorporarse a la vida intelectual de la que se ha visto excluida durante tanto tiempo, ha tenido que hacerlo asimilándose una forma de cultura ya creada, una cultura de tipo exclusivamente varonil, porque no había otra.

Las condiciones en que se ha desenvuelto la vida de la mujer, no han sido, en general, las más adecuadas para despertar su inteligencia ni formar su carácter. Adler afirma que la mujer padece un complejo de inferioridad y debido a esto todos sus movimientos se hallan influidos por este sentimiento deprimente. Hoy día parece que este sentimiento tiende a desaparecer. ¿Podemos decir por ello que la mujer pierde su esencia femenina, que se masculiniza? No. Lo que ocurre es que va adquiriendo una expresión más consciente y, por tanto, más semejante a la de otros seres conscientes que son los hombres. Va perdiendo ese temor, esa timidez, esa desconfianza en sí misma que la han acompañado durante siglos, si bien dos milenios de historia, de historia casi negativa en lo que al cultivo de su inteligencia atañe, «influirá todavía en ella posiblemente durante siglos, velando lo más íntimo de su ser» — como asegura la condesa de Campo Alange en su obra *La secreta guerra de los sexos*—. Al decir historia casi negativa nos referimos al cultivo de la inteligencia de la mayoría de las mujeres, esto es, de lo que pudiéramos llamar la gran masa femenina. Aunque cultura equivale a privilegio y por tanto a selección y minoría, esta minoría, en lo que a la mujer afecta, ha sido excesiva, como veremos luego.

La capacidad intelectual femenina, siempre discutida, en la actualidad se admite con ciertas restricciones, que lógicamente impone la diferenciación fisiológica de los dos sexos. La mujer, según la Biología, no tiene condiciones para el trabajo creador, ni para lo genial. No sólo la historia, sino el momento actual, se encargan de confirmar esta aseveración.

Y no solamente es la fisiología la que marca la diferenciación genérica: la mujer es un ser intuitivo, el hombre reflexivo; la mujer, por regla general, alcanza por intuición, por sensación directa, lo que el hombre consigue después de un razonamiento. El sexo femenino es el afectivo;

el masculino el activo. «Tiene la mujer una mayor sensibilidad para los estímulos afectivos, y menos disposición para la labor abstracta y creadora», dice Marañón.

La mujer tiene preferentemente una vida interior; el hombre se proyecta hacia el exterior—ciencias, literatura, arte, guerras—, todo lo cual llena la mayor parte de su vida. Hay hasta diferencias de carácter más bien fisiológico, siendo una de ellas que la mujer está más cerca de la Naturaleza que el varón. «Lo femenino—dice Spengler en *La decadencia de Occidente*—está más próximo al elemento cósmico, más hondamente adherido a la tierra, más inmediatamente incorporado a los grandes ciclos de la Naturaleza. Lo masculino es más libre, más animal, más movedido, y en el percibir y comprender más despierto, más tenso».

Estas y otras muchas diferencias hacen que cada sexo sea no inferior el uno al otro, sino distinto el uno del otro, como afirma el doctor Marañón: sencillamente, se complementan. Si son, pues, tantas esas diferencias de todo tipo entre hombre y mujer, es absurda y hasta ridícula esa pretendida igualdad de los sexos, que tan de cabeza ha traído y sigue trayendo a infinidad de mujeres.

Reconocida la aptitud de la mujer para las actividades no geniales, que son la mayoría, se les ha abierto el paso para llegar, si lo pretende, a las profesiones que hasta hace poco monopolizaba el hombre. Es decir, se le ha reconocido el derecho a ejercer una profesión con la que, al ganar su sustento, no tiene que acudir al matrimonio como único recurso; si se casa lo hace libremente, sin coacción de ningún género. Si permanece soltera, al conseguir su independencia económica, no vive como un parásito en un hogar, que aunque familiar, no es el suyo propio. No es poco lo que se ha logrado. Claro que no se ha llegado a esto sin lucha.

La mujer a través de la historia.

La maravillosa civilización clásica griega y romana no deja a la mujer anulada en el aspecto cultural, mas limitando la libre ostentación de su ingenio y de su talento tan sólo a determinada clase de mujeres. Las esposas podían cultivar su inteligencia, pero en privado. Muchas patricias romanas alcanzan un alto nivel cultural. Marcial, entre otros, cita a muchas de ellas en sus escritos.

Las cortes medievales cristianas en los primeros siglos son semi-bárbaras, ignorantes de los refinamientos del espíritu. La incultura es general en hombres y mujeres, teniendo en cuenta que nos referimos a los seglares. Los monasterios son los únicos baluartes de la cultura como todos sabemos. Mas, repasando la historia de estos siglos encontramos nombres de mujeres excelsas, reinas o santas, a quienes corresponde una gran parte en la transformación religiosa, moral y cultural de la sociedad bárbara.

La civilización árabe coetánea fue brillante. Córdoba es la Atenas de su tiempo y la mayoría de sus mujeres poseen una gran cultura en contraste con la que ostentan las cristianas de su época.

No obstante, la influencia femenina se observa en estas cortes cristianas a medida que pasa el tiempo. A partir del siglo XII se inicia en Europa una elevación en el nivel social de la mujer. ¿Quiere decir esto que se eleve el cultural? Hasta cierto punto, sí. Aquellas damas, protectoras de los trovadores, introducen en las cortes el gusto por las letras, especialmente por la poesía y penetra en ellas un aire dulce y sentimental que hace cambiar el aspecto de las vidas de aquellas rudas gentes. Esta influencia se extiende a todas las tierras afines a la Provenza, cuna de los trovadores. Estos se consagran a defender y elogiar a las damas, tal vez por complacer a sus protectoras.

Circunscribiéndonos a nuestra patria, y lanzando una rápida ojeada al panorama cultural femenino, encontramos que a cambio de una literatura plagada de sátiras y denuestos contra el bello sexo, o de alabanzas hiperbólicas—ángeles o demonios, nunca mujeres—, se alzan unas cuantas voces sensatas—pocas—, que se preocupan hondamente de la mujer. Una de estas figuras señeras es la de Alfonso el Sabio, que en pleno siglo XIII se adelanta, como en tantas otras cosas, a su tiempo, y considera a la mujer su compañera «en los sabores y en los placeres, en los pesares y en los cuidados», y en una de las Partidas proclama la igualdad de la instrucción para los dos sexos.

Y es preciso llegar al reinado de los Reyes Católicos para percibir una ebullición en el saber femenino bajo la égida de doña Isabel. Debido a la influencia italiana aumenta sensiblemente la cultura de la mujer, pero es entre las damas de la aristocracia entre las que llega a formarse un núcleo de humanistas: Beatriz Galindo, Lucía Medrano, Luisa Sigea, la hija de Nebrija. Mas en realidad todo esto se limitaba a un pequeño círculo. Hubo, desde luego, muchas mujeres cultas, pero ello no permite, ni mucho menos, hablar de cultura femenina en un período en el que la

casi totalidad de las mujeres, apenas sabían leer y escribir. Por tanto, esta cultura femenina renacentista tuvo, en España, un carácter eminentemente aristocrático, en el sentido de reducción y selección.

En pleno siglo de oro perdura este sentido aristocrático; la mujer de la clase media, y no digamos la de las bajas capas sociales, no alcanzaba más instrucción que la lectura, la escritura y acaso los trabajos manuales. Otra voz se alza con sentido de amplitud, sin restricción, para todas las mujeres. Luis Vives, en el siglo xvi, en su obra *De la instrucción de la mujer cristiana*, dice que el que las mujeres lean buenos libros le parece no sólo útil, sino necesario; limita su actividad docente a la familia y expresa su deseo de que sea la madre la que enseñe a leer a sus hijos y les trasmita todo aquello que crea necesario de lo que ella ha leído, y añade: «y si no lo hubiere hecho, hágalo siquiera por amor de ellos».

Y debió existir afición a la lectura entre las mujeres de esta época. Las mujeres de Tirso, de Lope, de Calderón—siempre las de las clases acomodadas—, mencionan a fray Luis de Granada, a Boscán, los libros de caballería. No cabe duda que fue cierta esta afición, toda vez que el teatro clásico ridiculiza este deseo de erudición, satirizando, no sólo a la pedante, cosa muy lógica, sino a la simplemente instruída. La culta latiniparla, con toda su pedantería y rebuscamiento, aparece con frecuencia en nuestras mejores obras, como prototipo de la mujer instruída. Sin embargo, santa Teresa de Jesús—figura excelsa no sólo entre las mujeres, ni siquiera en la literatura de nuestro país, sino en la literatura toda—, en varios pasajes de sus obras afirma que las mujeres carecen de cultura y se muestra partidaria de que la adquieran, pero no a medias, pues considera esto más pernicioso que la ignorancia reconocida. Temía ante todo la pedantería, que considera como consecuencia inevitable de esta semicultura.

El advenimiento de los Borbones marca un cambio de rumbo. España, como toda la Europa culta, mira hacia Versalles, como antes había mirado hacia Italia. Se considera como complemento de la educación de buen tono las aficiones literarias en la mujer. Las mujeres de noble abolengo o de alto rango social cultivan la literatura. Carlos III, comprendiendo el valor de la mujer como elemento civilizador, quiere asociarla a todas sus fundaciones culturales. Abundan las tertulias literarias presididas por bellas mujeres aficionadas a las letras, pero prescindiendo de estas damas de ilustre prosapia, el resto era semi-analfabeto.

Fue entonces cuando el P. Feijóo, en uno de sus discursos del *Teatro Crítico Universal*, «defensa de las mujeres», proclama la igualdad intelectual de los dos sexos, diciendo que las diferencias que se observan, se deben exclusivamente al distinto cultivo a que se someten las facultades naturales. Pero aunque el P. Feijóo rompe una lanza gallardamente en favor de la mujer, levantando con ello gran polvareda, prácticamente no se consigue nada.

Si observamos cuanto venimos diciendo, veremos que desde el Renacimiento, época en que empieza a contar la cultura en la mujer, hasta fines del siglo XVIII, el cultivo de la inteligencia femenina es patrimonio exclusivo de las más altas clases sociales, es decir, de mujeres que se encontraban en condiciones excepcionales ya que no se siguió con ellas las normas habituales de educación, y aun dentro de estas clases no constituyendo fuerza de mayoría.

Es en el siglo XIX cuando ya comienza a participar la clase media. Mas no sin muchas prevenciones al principio, aun limitándose a la instrucción rudimentaria; temiendo que ésta, que la lectura pudiese causar daño moral a las jóvenes, se procuraba en lo posible mantenerlas en la ignorancia. Poco a poco en España, más rápidamente en otros países, va elevándose el nivel cultural de la mujer en las clases media y alta.

Concepción Arenal es el paladín de la mujer en este siglo. Quiere dar solución práctica a las especulaciones de los anteriores. Publica dos obras de gran trascendencia para la mujer: *La mujer del porvenir* y *La mujer de su casa*. En ellas afirma que la capacidad intelectual de la mujer puede ejercitarse en todas las profesiones que no exijan mucha fuerza física y que no perjudiquen a la ternura de su corazón. Cree, como después se ha proclamado, que no es apta para las investigaciones de tipo superior, pero que puede realizar las demás tan completamente como el hombre: «Observemos—dice—lo que hacen un médico, un farmacéutico, un abogado, un catedrático vulgares, de talla común; observemos bien, sin prejuicios, y digamos si no puede una mujer aprender lo que ellos saben, lo que ellos hacen». En cambio, y por estimar en lo que vale la sensibilidad femenina, no quiere que la mujer ejerza cargos de autoridad, ni que intervenga en la vida política.

Y henos aquí en el siglo que corremos. El desenvolvimiento de la mujer constituye, tal vez, el hecho social más importante en los primeros años del siglo XX. La primera guerra mundial sorprende a la mujer tratando de alcanzar, mediante su trabajo, esa meta codiciada que es la independencia económica. En todos los países civilizados, en unos más

rápidamente que en otros, la mujer, puesto que se le ha reconocido su capacidad intelectual, iba siendo admitida a desempeñar funciones que en siglos anteriores eran patrimonio exclusivo del hombre: en centros docentes, en oficinas públicas y particulares, en laboratorios, había mujeres ocupando cargos generalmente de poca responsabilidad. Y en las Universidades, más en el extranjero que en España, la mujer asomaba tímidamente su cabeza.

Al producirse la conflagración mundial de 1914, esas mujeres, preparadas o no para ello, ocupan en la retaguardia los puestos que los hombres dejaban vacantes en fábricas y oficinas, al ser movilizados. Gracias a esto la vida normal no se interrumpe durante los años de lucha. Al terminar la contienda muchas vuelven a sus hogares, otras continúan definitivamente en aquellos puestos. Y en este intervalo la mentalidad femenina ha sufrido una profunda transformación. La de los hombres también. La mujer le presenta su hoja de servicios demostrados prácticamente. Son algo más que simples teorías.

Más tarde, entre una y otra guerra, el nivel cultural de la mujer va subiendo rápidamente y «va incorporándose intelectual, cívica y económicamente a toda la trama social». Llega la segunda guerra mundial y esa mayor cultura de la mujer sirve para depositar en ella una mayor confianza; desempeña cargos que exigen una preparación técnica que ya posee; incluso aquellos que encierran seria responsabilidad moral. Ya en postguerra, en el momento actual, el aumento progresivo del coste de vida es un fuerte argumento a favor del trabajo de la mujer.

Claro está, que esto, como sistema, da lugar a una subversión del orden tradicional establecido, y como consecuencia surgen apologistas y detractores del nuevo orden. Los primeros favorecen y estimulan esa inquietud femenina, los segundos tienden a frenar el empuje de la mujer hacia su autonomía económica, y son muchos, especialmente en España, los que hoy todavía sostienen que la mujer debe consagrarse exclusivamente al hogar. Cada uno aporta sus razonamientos que estima convincentes. Colocándonos en un ponderado término medio, podemos afirmar que la mujer casada, la mujer madre sobre todo, es en el hogar en donde tiene su campo de acción propio, en donde debe desenvolverse ampliamente, dejando el trabajo extrahogareño a la mujer soltera, que pese a todo y afortunadamente, tampoco se encuentra desligada por completo (en nuestro país al menos) de las tareas del hogar. De este modo, la familia, base y fundamento de nuestra sociedad cristiana, puede mantenerse firme. Es misión de la mujer, principalmente, el sostenerla. Natu-

ralmente, ya se sobreentiende, no consideramos términos opuestos, la mujer instruída, la mujer culta y la mujer-madre consagrada al hogar. Tampoco, al afirmar que la mujer casada debe permanecer en éste, dejamos de comprender la poderosa razón que en la mayoría de los casos la impulsa a proyectarse hacia el exterior del mismo. Ese progresivo aumento del coste de vida es factor decisivo y es a la legislación estatal a quien compete la solución de este problema compensando ampliamente con subsidios el salario del cabeza de familia, a fin de que éste pueda sostener holgadamente la que ha constituido, sin necesidad de la cooperación económica de la mujer.

La mujer de hoy.

De la conjunción de las viejas con las nuevas teorías, ha surgido el tipo de mujer nueva, de mujer de hoy, que aunque parezca lo contrario, no se halla todavía completamente definido. Las dos fuerzas opuestas la mantienen en una perpetua oscilación entre el pasado y el presente. La tradición mantiene sus fueros con bastante firmeza frente a las nuevas orientaciones. Solamente en algunos casos y en determinados aspectos, podemos decir que la mujer de hoy pertenece de un modo absoluto al momento en que vivimos. Nos referimos concretamente a una mayor libertad en las costumbres con las que se transige y con las que hay una tolerancia, a veces sumamente peligrosa. La intolerancia, o al menos la poca benevolencia, se manifiesta en términos generales, tan sólo en lo que al cultivo de la inteligencia respecta. Todavía, sobre todo en algunos viejos rincones provincianos, asoma un puntito de ironía en los varones, cuando de la mujer inteligente y cultivada se trata. Muy bien que se arremeta contra la pedante, pero no se olvide que la pedantería no es patrimonio exclusivo de la mujer. Debido quizás a esto, aún hay un sector femenino, poco extenso, sin duda, y cada vez menor, por fortuna, que limitando su instrucción a lo estrictamente indispensable, poseen una cultura no superior a la de nuestras abuelas. Y eso es un error. No es que pretendamos, ni mucho menos, que todas las mujeres sean literatas, que haya mujeres excepcionales, ni siquiera que todas cursen carreras universitarias, no hace falta eso. Necesitamos mujeres corrientes, normales. Aspiramos tan sólo a que la mayoría alcance un nivel intelectual más elevado, más en consonancia con las necesidades que imponen los tiempos presentes. Esta es la labor que todavía queda

por hacer a nuestras mujeres, sobre todo a las de las clases más altas y más bajas. En las primeras hay hoy día un escogido plantel que por su preparación cultural se ligan a sus antepasadas de los siglos renacentista y de oro. Pero es minoría, muy minoría. La mujer del pueblo, por otra parte, si bien ella tiene escasa cultura, aspira a que sus hijas la tengan: se inicia una mejoría en este «clima». Es la mentalidad de la mujer de la clase media la que en pocos años ha dado un prodigioso salto hacia adelante; estas mujeres son las que pueblan nuestras aulas, nuestras bibliotecas; ellas son las que van a la vanguardia de esta cruzada cultural. Pero, como dice nuestra exquisita y femenina escritora María Luz Morales: «Debemos aspirar a que cada mujer, sin distinción de clases sociales, cada mujer que hace a su gusto su hogar y con él el mundo, abra de par en par las puertas de su hogar para que por ellas penetren las inquietudes espirituales del momento plasmadas en los libros; que las ventanas del libro abran a cada casa horizontes ilimitados». La cultura en la mujer—agregamos—no le hace perder la suavidad y dulzura de su sexo; por el contrario, se depura por la educación. La paz del hogar, lejos de turbarse, se afianzará con la instrucción de la mujer, como ya apuntaba Concepción Arenal. La mujer debe darse cuenta de que la cultura no es incompatible con su misión en la familia, ni con la de la maternidad, máximo exponente de su feminidad. ¿Qué mayor orgullo para la mujer-madre que estar en condiciones de poner en manos de su hijo el libro que ha de formarle intelectualmente? «Es absurdo—dice Luis de Zulueta en sus *Ensayos pedagógicos*—que se quiera mantener una oposición entre la ciencia o el cultivo del espíritu y la maternidad. ¡Como si para la maternidad no hiciera falta saber nada! Piénsese tan sólo en lo que representa la educación de la primera infancia, período en que se echan los cimientos subconscientes del carácter y de la personalidad, labor considerada hoy como la parte más importante y más difícil de toda la Pedagogía...»

La madre, pues, debe poseer conocimientos suficientes para guiar a sus hijos sobre todo en la edad primera; debe procurar que los hijos crezcan en el gusto de la cultura y hallen en el ambiente familiar acicate para sus ideales. Son necesarias madres cultas y comprensivas—comprensión que en gran parte da la cultura—que estimulen el afán de su hijo.

Más podemos decir acerca de la necesidad de que la mujer cultive su inteligencia. La hora actual exige que la mujer no se contente sólo con ser perfecta físicamente; es necesario que entable amistad con el libro. Los libros renuevan el espíritu haciendo que cuando la juventud está ya

en el ocaso, esa renovación constante mantenga joven ese espíritu. Y de este modo se exalta la personalidad, que se advierte aún en los actos más sencillos de los seres cultivados.

La mujer debe seguir al hombre en su camino. Debe comprender que tal vez para el compañero de su vida llegue un momento en que no le baste exclusivamente la contemplación diaria de su espléndida belleza; que necesite algo más. El hombre de mediana sensibilidad puede llegar al hastío al sentirse siempre solo en sus más nobles actividades: las del espíritu. Por ello la mujer debe estar alerta, tensa, poniendo en su empeño plena coquetería, una coquetería nueva que el momento presente impone a la mujer. El ilustre egiptólogo alemán Jorge Mauricio Ebers, en una de sus novelas dice por boca de una anciana egipcia: «A quien posee tu corazón y estimas más que a ti misma, precisamente porque le amas, no puedes servirle mejor ni demostrarle más bellamente tu fidelidad que cultivando tu espíritu y tu corazón hasta donde alcancen tus fuerzas. Todo lo bello y bueno que aprendas, será un regalo para él».

La condesa de Campo Alange dice: «La comunión de las almas, la compenetración a que la mujer aspira, es lo único que a la larga podrá mantener la sólida unión de la pareja humana». Y esto—añadimos—ha de ser obra casi exclusiva de la mujer. Y la mujer instruída, la que ha cultivado su inteligencia, se encuentra indudablemente en mejores condiciones para lograrla. El hombre—nos referimos al hombre inteligente—aceptará este maravilloso don al que no estaba habituado.

Berdiaeff concede a la mujer actual una fuerza no desgastada todavía por el roce histórico, y Jung, por su parte, afirma que la mujer del presente tiene ante sí una formidable tarea cultural que tal vez represente el comienzo de una nueva época.

NOTAS DE ARCHIVO

Por ANTONIO DURÁN GUDIOL

LA recia personalidad científica del malogrado Ricardo del Arco, descansa sobre una manera—muy simple, a vista de profano—de hacer, que se columpia en constante vaivén entre el más puro ejercicio benedictino de la paciencia y el más refinado sibaritismo literario. Me refiero a la caza de la *nota de archivo*, a la búsqueda de material de primera mano.

Don Ricardo fue fundamentalmente esto: un buscador de *notas de archivo*. Al aire su calva canonical, pluma en ristre, block al alcance de la mano, un cigarrillo a flor de labios, perdida la noción del tiempo, husmeó largamente pergaminos, legajos, manuscritos, polvo... en pos de la *nota de archivo*. Y no era difícil adivinar a través del humo de su sempiterno cigarrillo—inefable templador de nervios—el placer del paladeo de la *nota* cazada, su plácida digestión mental... En lucha tenaz contra caligrafías endemoniadas, contra manchas profanadas, contra el *microbium sapiens* que escuece el anverso de las manos... Cuando su pluma rasgaba el papel de su block—con letra desgarbada, ampulosa, aborrocada como su propio papo—tenía resonancias de clarín victorioso. Cuando aprehendía una buena *nota de archivo*, don Ricardo era el hombre más feliz de la tierra.

Aquí está la razón de ser de este artículo escrito en homenaje al maestro de la *nota de archivo*. Notas del Archivo de la Catedral de Huesca, que él escrudiñara en sus buenos tiempos y aún en sus últimos días. No oiremos sus exclamaciones, pero sabemos que desde su lugar de refrigerio y de paz disfrutará lo suyo al leerlas.

1. *Inventario de la sacristía de San Pedro de Siresa, del siglo XIII.*

El día 20 de agosto de 1266 tomó posesión del cargo de sacristán de San Pedro de Siresa don García de Sarnés. Con este motivo extendió documento público por el que se compromete a servir fielmente su oficio y a guardar el tesoro de San Pedro tal como se lo acababan de entregar Domingo de don Gil, alcalde de Echo, Alamán, capellán de la misma villa, y los racioneros siresenses Fortuño y Pedro de Laurés. He aquí la transcripción de la copia que se halla en el *Libro de la Cadena*, doc. CLXXIII, pág. 78, del Archivo de la Catedral de Huesca. Del Arco dió noticia y un extracto de este documento en su obra *El monasterio de Siresa*; ahora damos la transcripción para completar su labor:

Noverint universi como io don Garcia de Sarnes, racionero de la esgleya de sant Per de Siresa, viengo de manifesto e atorgo con esta carta publica como sierva e cate e custodia todo el tesoro e todas las cosas de la sacristania de la eglesia de sant Per de Siresa asi como todo buen sacristan a costumado de servir e de catar todas las cosas que li son comendadas de eglesia ni de sacristania, en la qual sacristania de la dita eglesia cate e custodiesca todo el tesoro como de ioso hye scripto ço es a saber: Syet cidaras e diez frontales e catorçe dalmaticas e cinquanta e tres laterias e cinq linçuelos e bint e nueve capas de seda de coro. E bint sobrepelliços e siet bestimientos e quatro casulas e quinze tapetes e dotze cabeçals e quatro calices de plata e un test e una cruz de plata e un encensario de plata e una cruç de la obra de Lymoges e una cruç de crystayll e un bentayllo e un crystayll e xixanta e dos libros e otros privilegios. El qual tesoro e las quales dictas cosas me foron ensinadas e metudas delant per mano de don Domingo de don Gil alcal de Echo e de don Alaman capellan d'Echo e de don Fertuyno e de don Pedro de Laures recioneros de la dicta egleya. Per el qual dito tesoro e per todas las ditas cosas e por cada una de la dita sacristania jo dicto don Garcia de Sarnes me obligo al padre e seynor don Domingo por la divinal miseracion bispe de Osca e a los sobreditos clerigos e racioneros del dito locar.

Esto feyto en la esgleya de sant Per de Siresa XIII^o kalendas septembris era M^aCCC^a quarta. Aznar Xemenç publicus notarius d'Echo hiis interfuit et de mandato predictorum hanc cartam scripsit et hoc signum fecit.

2. *Inventario de ornamentos litúrgicos, del siglo XIII.*

Muy interesante, bajo diversos puntos de vista, es el siguiente inventario de ornamentos litúrgicos, pertenecientes a la Mitra de Huesca en el siglo XIII.

Recién nombrado obispo oscense, don Jaime Sarroca dio poderes a Arnaldo Cascalls para que procurara los bienes episcopales. El sábado 24 de febrero de 1274, el canónigo oscense Bertrando de Castellot entregaba a Arnaldo estos objetos:

Unam casullam de vestibus dompne Marie quondam infantis qui est de filo auri, argenti et serici.

Item duas capas de examit bermeyl cum ofresio.

Item una dalmatica de baldaqui.

Item unam stolam et unum manipulum cum signis regalibus.

Item duas camisas misales.

Item unam corrigiam nigram cum capitibus de argento.

Item III amitos.

Item duas camisas romanas.

Item I beaguero de seda blanca de fustanio blanco con I peyne de bori.

Item unam causam cum reliquiis.

Item unas tanayllas de las caxas.

Item un libro qui dicitur de Xoçimis qui incipit Incipit ordo.

Item unam tunicam de examit cum auri frigio.

Item unas cendalias de baldaqui.

Item dos pares de corporales et dos pares de guantes viellos.

Item duas pallas.

Item una carocha de bori.

Item una cinta de seda vermella.

Item I mitra viella.

Item unas façalellas.

Item unas tiseras doradas.

Item una caupseta on va la crisma.

Item un tabernacle con ymagenes de bori con so oral.

... .. d'argent.

Una mitra con piedras preciosas.

Una con orla d'argent.

Un caliç d'argent dorado.

Un encensero d'argent.

Una casulla con campo ... e con aves e bestias d'oro e forrada en cendat amarielo.

Item otra casulla con castiellos e aguylas elcones d'oro ... en cendat vermeyllo et una capa d'estos seynals con flecos de seda forrada en cendat amarielo.

Item una dalmatica ... con ruedas d'oro e forrada en cendat vermeyllo ... capas con campos verdes con bestias d'oro ... con escudos seynales de Liçana (*Archivo de la Catedral de Huesca, sign. Extrav-Papel*).

Es de notar la mención de una estola y un manípulo con el escudo real, así como la casulla hecha con un vestido de la difunta infanta María. También es interesante la referencia del tabernáculo con imágenes de marfil. Las últimas líneas del documento apenas se pueden leer.

3. *Inventario del castillo de Sesa, del siglo XIII.*

La administración de los bienes de la Seo de San Pedro de Huesca, cuya canónica llevó una vida ecléctica durante el siglo XII, fue reformada el día 2 de febrero de 1202, dividiéndola en dos *Mensas*, la del obispo y la de los canónigos, entre las cuales fueron repartidas todas las propiedades eclesiásticas. Entre otros bienes, asignóse a la *Mensa* episcopal la villa y el castillo de Sesa (*A. C. H., sign. 1-59*).

Sesa fue, a partir de este momento, la villa episcopal por excelencia. En su castillo vivieron largas temporadas los obispos de Huesca, a quienes pertenecía plenamente la jurisdicción civil y criminal de la villa, que ejercían por medio de personas seglares por ellos nombrados.

El jueves 11 de enero de 1274 se presentó en Sesa Arnaldo de Cascalls, procurador del recién encumbrado obispo Jaime Sarroca. A la sazón ostentaba el cargo de alcaide episcopal don Fortún Pérez de Suazo, quien entregó al representante del nuevo prelado el castillo, la villa y todas sus pertenencias. A su vez, Arnaldo de Cascalls dio posesión del cargo a Arnaldo de Torrefeya, ciudadano de Lérida.

Con este motivo se levantó inventario del castillo episcopal de Sesa. Curiosísimo documento que describe, hasta el menor detalle, cuanto encerraba y significaba aquel edificio mitad fortaleza, mitad casa de labranza.

Fortún Pérez de Suazo, como queda dicho, entrega a Arnaldo de Cascalls el castillo de Sesa *con todas las cosas diust ditas, sço es a saber*:

VII Item VIII syellyas et una loriga. Item VIII ballestas et d'aquestas son las dos de cuerno e la tercera de torno et estas peciadas. Item X scudos. Item VIII lanças. Item II brisandos. Item XIII capiellos de fierro. Item VI chophas de fusta . . . Item III maças de fierro con sus cadenas. Item III tornos de ballestas. Item D sayetas.

Item la vaxiellya et la roppa sço es a saber: II olas de fierro. Item una caldera maior e dos calderas chicas. Item una sartana viellya. Item V . . . Item II brumaderas et uno rallyo. Item III trepdes los unos peciados. Item dos espedos. Item una cobertera de fierro. Item uno mortero de cobre con su mano de fierro. Item uno tablero de . . . con sus loges cumplidos de bori et de . . . Item XVIII tallyados et XXXV scudiellas et uno mortero de fust con dos manos. Item V tablas de comer et II banchos. Item uno barchinet per encender el fuego. Item II bacias una chica et otra grand por massar. Item una destral. Item dos escannos.

Item de roppa XIII marfegas et II plumatos de pluma. Item VII literas. Item VI pellons de amantar. Item III sobrelietos de carneros. Item dos archas la una sana et el otra peciada. Item dos rovas de cannamo.

Item VI cubas et una ornal por trasmudar con uno cubiello binagrero en el cellero del castiello suso, en las quales cubas y eran las V plenas et en la sesena podia aver entro a VIII mietros e las V cubas plenas con los ditos VIII mietros monta todo el vino XCIII mietros de vino por trasmudar. Item II tanallyas de tener olio. Item V odres. Item III galletas.

Item en el cellero diuso a pie del castiello V cubas et II ornales por trasmudar de las quales cubas y es la una plena entro puede aver XII mietros de vino.

Item una cuba en el mercado en la tienda onde solen vender vino. Item II cubas chicas por mesurar e por trasmudar al tapon.

Item VIII bestias de lavor con sus apparamientos, sço es a saber quales III rocines et V mulares et un asno. Item III aradros con VIII rellyas. Item III albardas III jouos VIII exadas. Item III trillyos una exuala. Item III forcas et II sogas de lana cargaleras. Item VII puarchos et una porca con VI porciellos. Item V toçinos de carne salada. Item XVIII faxas de lino por mallyar. Item II kafçes de millyo. Item VI kafçes de tarina de companya. Item CXXVII kafçes d'avena. Item XVIII kafçes d'ordio. Item XV kafçes de centeno. Item XIII kafçes II arrovas de trigo.

Item en los molinos III armiellas et II nadillyas et dos palos de molino. Item III falces de segar. Item dos falces podaderas. Item III picos et II scopros. Item III archas (*A. C. H., sign. 6-59*).

4. *Inventario de la Casa de Prepositura, del siglo XIII.*

La vida ordinaria, que se refleja en el inventario anterior, los enseres domésticos y de labor que se enumeran, obtienen mayor claridad al leer el siguiente inventario de la Casa de Prepositura de la Catedral de Huesca.

Fue escrito el día 15 de abril de 1281 con motivo de la restitución que hizo el procurador episcopal Guillermo de Monzón de la Prepositura a los canónigos. Como en el inventario anterior, también en éste se recorren las diversas dependencias de la Casa del Preósito y se reseñan cuantos objetos guarda. La parte descriptiva del documento es como sigue:

In pristigno IIII sacos duas bacias. Item tres arcas. Item una caldera de aramne Item unos pesos de ferro. Item una alcofa. Item dos barutiellos.

Item in orreo favas X kafçes. Item VI ansueynnas. Item una arrova casei. Item duas arrovas mensurandi. Item duas palas de fust. Item VI purgados. Item duos cabaços de palma. Item XIII quarterons de lino. Item quinque tocinos porcorum. Item IIII trueyas prennadas. Item XV porcos sanatos.

Item in palacio una tabula de comer. Item una destral. Item duas forcas de ferro. Item unos ganchos de torcolaribus de ferro. Item unum mulum nigrum, acemila cum sua albarda et coperta.

Item in camera que est super pristignum duas literas. Item uno cabeçal cum palea. Item unum scapnum de fust sine ropa. Item IX sarcinas covanorum. Item duas somestaderas. Item una premedera. Item una litera que tenet ancilla domus.

Item in camera ubi iacet Guillelmus de Montesono una archa vetula. Item una marfega. Item duos cabeçales cum palea. Item XVI tocinos porcorum. Item una ansueynna. Item unum algueynno magnum et alium parvum. Item XII tovaillos. Item un pellen. Item una tabula de comer. Item III bancos de fust parvos.

Item in coquina quosdam clamasculos de ferro. Item unum calderum de aramne. Item unum tayllo. Item III loças de ferro. Item unum espedum de ferro. Item tres trepites novas de ferro. Item unum cultellum carnicero. Item III crusoles de ferro. Item XXX scutellas. Item novem tayllados. Item novem gradales. Item unam torniolam de ferro. Item unum morterum de petra. Item unum morterum de fust. Item unam copertariam de ferro. Item duos seriados de fust. Item duos batiolos.

Item in granerio duo kafiçes avene. Item unam scaleram. Item una faxina de sarmentis. Item XX cargas de ligna sica de monte. Item XVIII claves (*A. C. H., sign. 2-114*).

5. *Un arquitecto inédito del año 1338.*

Durante la primera mitad del siglo xiv se trabajó activamente en la construcción de la actual Catedral de Huesca, gracias al celo desplegado por los obispos que rigieron la sede oscense desde el año 1300 hasta el 1349. Don Ricardo del Arco, en su monografía titulada *La Catedral de Huesca* (Huesca, 1924), ha estudiado concienzudamente la evolución que siguiera la fábrica de nuestro primer templo, dando a conocer una pléyade de nombres de operarios que intervinieron en ella durante los siglos xv y xvi.

Gracias a los documentos que publicamos a continuación, hoy podemos añadir a la lista de operarios catedralicios el nombre de un arquitecto del siglo xiv, posiblemente el que dirigiera las obras durante la primera parte de este siglo. Se trata de un tal Guillermo Inglés, que recibe de la Prepositura de la Catedral de Huesca ciertas cantidades de dinero que se le adeudaban por razón de la porción o probenda que le fuera asignada en virtud de su cargo de *magister fabrice sedis Osce*, de *maestre maior de la obra de la Sie d'Uesca*. Es decir, como arquitecto de la Catedral.

Hasta el presente no se han encontrado más datos que aclaren la personalidad y la procedencia del maestro. ¿Sería de nacionalidad inglesa, como parece indicar su apellido? Quizá. Lo cierto es que este nombre no se encuentra a lo largo ni a lo ancho de la documentación medieval de la Catedral de Huesca.

1338, 30 septiembre

Noverint universi Quod ego Guillelmus Ingles magister fabricae sedis Osce confiteor et recognosco me habuisse et recepisse (*de los administradores de Prepositura*) sexaginta solidos denariorum iaccensium in solutionem trium kaficiorum tritici ratione portionis seu prebende michi debite in dicta prepositura oscensi (*A.C.H., sign. Extrav.*)

1338, 14 noviembre

Sea manifiesta cosa a todos como yo maestre Gyllem Ingles maestro maior de la obra de la Sie d'Uesca atorgo que recebie quaranta et hueyto solidos jaccenses por raçon de dos kafices de trigo que me diestes de aquel trigo que la dicta prebostria me a a dar d'est present anno (*A. C. H., sign. Extrav.*)

6. *El Palacio Episcopal de Huesca en 1384.*

La poca consistencia de los edificios que forman el Palacio Episcopal de Huesca viene de muy lejos, como puede verse por el reconocimiento que de él hicieron el 20 de marzo de 1384 Domingo Montagut, *maestro de obra de fusta*, y Juan de Quadres, *maestro de obra de piedra*. Requeridos para reconocerlo, dictaron el siguiente informe-presupuesto, interesante por varias razones.

Reconoscieron el porge de part de la claustra de la Seu, el tinel que es ateniend al dito porche, el repost, la cozina contiguos, el tinel mayor, el lavatorio de la capiellya, la capiellya, las cambras de parament et otros del studio et do suelen dormir los vispos et las cambras de canonges et capellyanes scuderos et otras companyia que suelen habidar con los vispos, graneros, massaderias, stablias, latrinas o necesarias et otras staciones de las ditas casas.

Primerament dixieron que al todo lo menos havia necesario pora acorrer a las reparaciones de las ditas casas siense del dito tinel mayor dos mille solidos jaccenses. Item dixieron que el dito tinel mayor stava a grant et evident periglo de cayer et que si aquel cayha sera destruccion de las ditas casas et mayorment que todos los cellyeros que son jus aquell et los vaxiellyos que y son perdrian et destruirian (*A. C. H., sign. 2-137*).

INFORMACION CULTURAL

Ciclo de conferencias organizado por el Instituto Laboral «Hermanos Argensola», de Barbastro. Última conferencia de R. del Arco.

Relieve especial tuvo el cursillo de conferencias, organizado por el Instituto Laboral de Barbastro, para conmemorar el V centenario de la canonización de san Vicente Ferrer. En él tomaron parte destacadas personalidades y, entre ellas, nuestro llorado Ricardo del Arco, que tuvo a su cargo la segunda conferencia, pronunciando una magistral disertación. Creemos que fue esta conferencia la última dada por el erudito académico, cerrando así la cadena de sus doctas lecciones.

A continuación damos el índice de las conferencias. Es el siguiente: abril, día 23, don Virgilio Valenzuela Foved, secretario técnico del Patronato Provincial de Huesca, desarrolló el tema *El Cisma de Occidente*; día 27, don Ricardo del Arco, catedrático y director del Museo Provincial de Huesca, trató sobre *El Compromiso de Caspe*; día 30, don Juan Lacasa Lacasa, alcalde de Jaca, disertó sobre *El problema del Mediterráneo*. En el mes de mayo, se dieron las siguientes: día 4, don Miguel Dolç y Dolç, director del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», de Huesca, habló acerca de *La cultura en el Mediterráneo durante el siglo xvi*; día 7, don Salvador María de Ayerbe, académico de la Real de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, pronunció la conferencia titulada *El monasterio del Pueyo*; día 14, don Antonio Durán Gudiol, canónigo-archivero de la catedral de Huesca, desarrolló el tema *Poblet, visto por la imaginación de un poeta*; día 18, don Joaquín Sánchez Tovar, catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Huesca, trató sobre *Don Fernando el de Antequera*; día 28, don Ambrosio Sanz, canónigo de la catedral de Barbastro, disertó sobre *La Catedral de Barbastro*. Por último, el 15 de junio, don Marcelino Belloso, maestro nacional, expuso el tema *Arte religioso medieval*.—F Bernal.

Inauguración de la Biblioteca Pública de Huesca, que se denominará «Ricardo del Arco», a iniciativa del Gobernador civil.

La Sección Moderna y Circulante de la Biblioteca Pública de Huesca tiene desde el 18 de julio nueva sede. Larga ha sido la espera, muchos los obstáculos surgidos. El perseverante tesón de la directora de la Biblio-

teca Pública, señorita María Asunción Martínez Bara, y la buena voluntad de todos, los han allanado y hoy Huesca posee una Sala de Lectura amplia, luminosa y decorosamente instalada, cual corresponde a esta ciudad saturada de tradición cultural. Sus ocho mil volúmenes perfectamente catalogados ocupan el ala izquierda (desde el punto de vista del espectador) de la planta baja del edificio del Círculo Oscense, propiedad del Excmo. Ayuntamiento, con quien el Ministerio de Educación Nacional ha estipulado un contrato de alquiler.

El resto de esta Biblioteca, lo que podemos llamar Museo Bibliográfico, constituirá en su día una de las secciones—importantísima—de la Casa de la Cultura, junto con el Archivo Histórico Provincial, el Museo Arqueológico, el Centro Coordinador de Bibliotecas y el Instituto de Estudios Oscenses.

La sección que acaba de inaugurarse, la parte viva y dinámica de la Biblioteca, exigía, aparte de una amplitud de que hace tiempo carecía, por el lógico aumento de sus fondos y de sus lectores, un emplazamiento céntrico para mayor comodidad del lector.

El 18 de julio, coincidiendo con la conmemoración del Alzamiento Nacional, tuvo lugar la solemne inauguración de esta sección de nuestra Biblioteca Pública. A las once de la mañana, el excelentísimo y reverendísimo señor obispo de la diócesis, doctor don Lino Rodrigo Ruesca, nuestras primeras autoridades y numerosos invitados se congregaron en ella. Nuestro prelado procedió a la bendición de los locales, asistido por el muy ilustre señor don Mariano Oliveros y el reverendo don Damián Iguacen. Tras esta ceremonia hizo uso de la palabra el gobernador civil, excelentísimo señor don Ernesto Gil Sastre, manifestando su complacencia al contemplar la magnífica instalación, rogando a la señorita Martínez Bara hiciera llegar a su director general su gran satisfacción por ello. Aludió a la gran labor que la Biblioteca ha venido desarrollando y a la que habrá de desarrollar de ahora en adelante, dotada de mejores medios. Dedicó un emocionado recuerdo al ilustre historiador don Ricardo del Arco y Garay, recientemente fallecido, sugiriendo la idea de que la Biblioteca se denomine, en homenaje a éste, «Ricardo del Arco».

A continuación, el señor obispo expuso su satisfacción por haber bendecido esta Biblioteca Pública que tan buenos servicios ha de prestar a los oscenses al hallar en ella medios abundantes para elevar su cultura. «Aquí habréis de encontrar estos medios—dijo—sin peligro alguno. Porque los libros hacen mucho bien, pero también pueden ser muy dañosos cuando su contenido no se ajusta a la ortodoxia católica. Pero aquí sé, por la actuación de su directora y de cuantos le auxilian en su importante tarea, que este peligro no ha de existir, pues todas las

obras que lleguen a los lectores han de estar conformes con la ortodoxia y con la moral católica». Tanto el señor gobernador, como su excelencia reverendísima, fueron calurosamente aplaudidos.

Cuantos asistieron al acto felicitaron efusivamente a la directora, señorita Martínez Bara, al haber logrado para Huesca este Centro instalado sobria pero eficazmente, para continuar desenvolviendo la importante misión cultural que le está encomendada.—D.

Homenaje póstumo de la Sociedad de Conciertos y del Orfeón a D. Ricardo del Arco y D. Mariano Lacasa.

En colaboración con el Orfeón de Huesca, la Sociedad Oscense de Conciertos dedicó una sesión musical necrológica como homenaje póstumo al que fue vicepresidente de la Sociedad don Ricardo del Arco y a don Mariano Lacasa, padre de don José M.³ Lacasa, director del Orfeón.

La señorial sala del Teatro Principal recogió el fervor, admiración y respeto del auditorio por el malogrado homenajeado, cuyo busto aparecía en un ángulo del proscenio, severamente ornamentado. Los familiares del finado ocupaban un palco. Autoridades, personalidades y representaciones y un selecto público llenaban la sala.

El doctor Barrón, presidente de la Sociedad, resumió en breves y oportunas frases la vida de don Ricardo y seguidamente la eminente pianista zaragozana Pilar Bayona interpretó la «Marcha Fúnebre», de Chopin, y la «Apassionata», de Beethoven, siendo aplaudidísima. La segunda y tercera partes del programa estuvo a cargo de la Capilla Clásica del Orfeón y orquesta, bajo la segura batuta del maestro Lacasa Coarasa, estrenando en primer lugar el «Libera me, Domine», de José María Lloréns, obra de corte expresivo y sentimental, sencillamente solemne, de fácil lectura, perfectamente armonizada. A continuación la gran «Misa de Réquiem», de Mozart, de la que el Orfeón sacó un gran partido. Sus fugas del «Kyrie» y del «Communio», cargadas de dificultad, fueron salvadas dignamente. El auditorio, emocionado, escuchó atentamente la sublime partitura, cuya ejecución premió con nutrida ovación.—J. Jaime Castejón.

Don José María Lacasa, sucesor de Ricardo del Arco en el Instituto Cultural Hispánico de Aragón.

En los primeros días del pasado diciembre y para ocupar la vacante producida por don Ricardo del Arco y Garay, fue designado como

vocal tercero de la Junta de Gobierno del Instituto Cultural Hispánico de Aragón don José María Lacasa Coarasa, quien en virtud de tal nombramiento ostentará la presidencia de la Delegación en Huesca de tal entidad.

Con tan grato motivo, nos complacemos en testimoniar nuestra felicitación sincera al señor Lacasa Coarasa, miembro de la Comisión Permanente del Instituto de Estudios Oscenses y destacada personalidad en las actividades culturales y artísticas de nuestra ciudad, por su dedicación constante y meritoria a ellas. Su acertada designación constituye, pues, un reconocimiento pleno de sus méritos y probadas aptitudes y la garantía de una eficaz actuación en las elevadas tareas que la Delegación oscense del Instituto Cultural Hispánico de Aragón tiene encomendadas.—*Santiago Broto Aparicio.*

Provisión de vacantes producidas por la muerte de Ricardo del Arco.

En virtud de Orden ministerial ha sido nombrada directora del Museo Arqueológico Provincial doña Marina González, del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, con destino hasta ahora en Sevilla. La señorita Marina González es ventajosamente conocida de nuestro Instituto, ya que se trata de una investigadora aragonesa, activa colaboradora de la Escuela de Estudios Medievales de Aragón, que viene publicando asiduamente interesantes trabajos, algunos de ellos relacionados con nuestra provincia. Precisamente, en breve verá la luz, en la revista «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», un excelente trabajo suyo sobre la condesa doña Sancha.

Por la Comisaría del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico, ha sido nombrado apoderado en la provincia de Huesca Virgilio Valenzuela Foved, presidente del Instituto de Estudios Oscenses, que era ya, desde hace tiempo, comisario provincial de Excavaciones Arqueológicas. Por último, Federico Balaguer, secretario del mismo Instituto, fue elegido por la Diputación Provincial de Huesca como su representante en la Institución «Fernando el Católico» y, el 25 de febrero, esta Institución le ha nombrado consejero. Anteriormente, en sesión del 6 de diciembre de 1955, el Concejo de la ciudad, a propuesta del primer teniente de alcalde don José María Lacasa Coarasa, acordó por unanimidad designarle también cronista oficial de Huesca.—*J. L. Cortés.*

BIBLIOGRAFIA

Historia de España. Vol. VI. *España cristiana*. Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1956. 613 págs. La segunda parte, *Aragón y Cataluña hasta el año 1035*, es debida a RICARDO DEL ARCO Y GARAY.

El tomo VI de la monumental *Historia de España*, de la casa Espasa-Calpe, que vamos a comentar ligeramente, sigue en general el plan de los tomos anteriores, con su rica presentación y sus numerosas fotografías. A la cabeza del volumen, figura un erudito prólogo de Ramón Menéndez Pidal, en el que sintetiza, con su acierto habitual, la historia del período, que abarca desde la invasión musulmana hasta 1035, fecha de la muerte del gran monarca navarro Sancho Garcés III. La historia de Asturias, León, Castilla y Navarra ha sido confiada a fray Justo Pérez de Urbel que, en estos últimos años, ha venido publicando diversos estudios sobre el condado castellano y sobre el monarca navarro Sancho el Mayor. El trabajo de fray Justo se refiere exclusivamente a la historia política, trazando con mano firme las biografías de condes y de reyes.

La segunda parte de la obra ha sido debida a la pluma de don Ricardo del Arco. Con fluída prosa va Del Arco desgranando toda la historia de Aragón desde sus orígenes hasta la muerte de Sancho III el Mayor el año 1035.

No podemos menos de lamentar el que la dirección de la obra encomendara a dos historiadores distintos la historia de los orígenes de Navarra y Aragón y que éstas se publiquen en un mismo tomo y una a continuación de la otra como si de intento se quisieran contrapesar las diferencias que a no dudar surgen entre el P. Pérez de Urbel y Del Arco.

Inicia don Ricardo su relato estudiando el Pirineo como factor geopolítico, siguen consideraciones sobre la conquista musulmana y la zona aragonesa del Pirineo, para tratar de las relaciones de los francos con la Huesca musulmana pasando a ver la influencia franca en Rihagorza y tratar de los condes ribagorzanos. Estudia seguidamente los orígenes del condado de Aragón y a continuación Sobrarbe, Pallars y Ribagorza, estudiando al par que la personalidad del conde Bernardo la leyenda de Bernardo del Carpio. Por fin estudia el momento en que Aragón y Sobrarbe, a la muerte de Sancho III, adquieren la categoría de reinos bajo la soberanía de Ramiro y Gonzalo.

Tras esta parte que podemos llamar como serie biográfica de condes y reyes, pasa a considerar las instituciones insistiendo sobre todo en San Juan de la Peña y en la importancia de la reforma de Cluny en los estados aragoneses.

La segunda parte, que consta de 184 páginas, trata de los orígenes de Cataluña, que empieza con un relato sobre la invasión musulmana y de los que huyeron ante los sarracenos invasores, fijando los límites de las conquistas árabes en el nordeste de España. Después se estudia la contraofensiva de los francos en los años primeros del emirato independiente y los proyectos de Carlomagno y su intervención en España, así como la conquista de Barcelona por las tropas de Ludovico Pío. Tras tratar de los ataques hacia Tortosa se estudian las vicisitudes de la Marca Hispánica bajo el Imperio de Ludovico y Carlos el Calvo hasta su separación de la Septimania. Luego habla del gobierno de Wifredo el Velloso y finalmente de los sucesores de Wifredo y de los distintos condados catalanes, para terminar con el estudio de las instituciones, usos y costumbres.

Puede decirse que se trata de un magistral estudio del gran escritor, que tan gran copia de escritos nos ha legado. Debemos calificar de acertada la medida de encomendar al mismo historiador de los orígenes de Aragón la de Cataluña, como hubiera sido conveniente, según he dicho, que tratara de Navarra y Aragón la misma persona.

La obra, en fin, como todas las de don Ricardo, ha de prestar gran ayuda a cuantos quieran estudiar temas aragoneses en esta remota época.—*Virgilio Valenzuela Foved.*

ARCO, RICARDO DEL: *Figuras aragonesas. Serie tercera* (Zaragoza, 1956), 422 págs.

Es ciertamente curiosa la serie de vicisitudes por que ha pasado la edición de este volumen, formado, como núcleo primitivo, por una colección de biografías breves, aparecidas en las columnas del «Heraldo de Aragón». En 1926, se anunciaba como próxima la aparición de este tercer tomo de *Figuras aragonesas*, compuesto de veinte semblanzas de personajes famosos, pero surgieron dificultades y la edición se fue retrasando. Fracasaron también tentativas posteriores para llevarla a la prensa y parecía que iba a quedar finalmente inédita, hasta que, en 1953, la Institución «Fernando el Católico», enterada de la existencia de esta obra de Del Arco, decidió darla a la publicidad. El autor la revisó, suprimiendo algunas biografías y añadiendo otras hasta alcanzar el número de cincuenta, comenzándose muy pronto la impresión. Pero estaba visto que Del Arco no lograría verla publicada; cuando su edición iba ya adelante, sucedió el lamentable accidente que le costó la vida. Entonces la Institución acordó que esta edición póstuma tuviese el carácter de homenaje a su autor. Próximo ya el primer aniversario de su muerte, llega a nuestras manos este volumen, pulcramente editado, que evoca los mejores días de Del Arco.

Algunas de estas biografías mantienen el tono de las dos series anteriores. Son lúcidas evocaciones, llenas de amenidad, de agradable lectura, con nervio literario; hay en ellas belleza indudable y, como decía Azorín, delicada penetración psicológica. Su estilo es, a veces, de clara ascendencia azorinesca. Pero la mayor parte de estas biografías son menos literarias y más científicas y objetivas que las de antaño, y es que la manera de hacer de Del Arco no era ya la de 1926; ahora le importaba más el dato, la exactitud, no exenta nunca, eso sí, de jugosa y fresca amenidad. Las biografías están clasificadas por orden cronológico, método tan del gusto del autor, comenzando por la de Alfonso II, el rey oscense y trovador, y acabando por la de Ramón y Cajal, el sabio casi oscense, romántico y literato. Aunque el empeño de Del Arco es primordialmente de divulgación, careciendo, por tanto, su obra de aparato bibliográfico, sin embargo, ofrece con frecuencia datos nuevos o poco conocidos; citemos, como ejemplo, la semblanza de Joaquín Costa, ilustrada con un interesante epistolario inédito. Precisamente, el estudio de la figura de este gran aragonés le venía preocupando en sus últimos años y estaba ordenando copiosos materiales para llevarlo a cabo, entre ellos, un fondillo de borradores y cartas, depositado en nuestro Museo Provincial.

El volumen va ilustrado por una fotografía de don Ricardo y lleva un preámbulo del autor y un prólogo, evocador, vivo y ameno de Pedro Arnal Caveró. Al final, la lista de suscriptores.—*Federico Balaguer.*

ARTÍCULOS

ARCO, RICARDO DEL: *Modificaciones de vías romanas en la Edad Media*. «Archivo Español de Arqueología», núms. 89-90 (1954), págs. 295-300.

Este breve pero sustancioso artículo es el último que logró ver publicado Ricardo del Arco. Me lo había enviado dos o tres días antes de su muerte y había quedado en verle para hablar acerca de alguno de sus extremos, entrevista que ya no pudo tener efecto.

Basándose en dos sugestivos documentos, el autor plantea un problema del mayor interés: la modificación de los caminos en la Edad Media. Suponiendo que estos caminos medievales sean las antiguas vías romanas, estas modificaciones tienen una gran importancia y deben ser cuidadosamente estudiadas. Del Arco alega dos documentos reales que ordenan la introducción de variantes en caminos tan concurridos como los de Huesca a Zaragoza y Monzón a Lérida. Efectivamente, Jaime II, en 28 de octubre de 1326, concedía al Concejo de Binéfar y a la Orden del Hospital la facultad de modificar este último camino, que discurría a un tiro de ballesta, haciéndolo pasar por el mencionado lugar. La desviación de este camino, que el autor cree era la antigua vía romana de *Ilerda a Osca*, no fue, pues, de gran importancia. El reciente descubrimiento del miliario CCLV, junto a Valcarca, término de Binaced, nos da un nuevo dato para el estudio de esta vía.

El segundo documento es la carta de población de Almudévar, concedida por Alfonso II en 1170, en la que ordena que *illum caminum de Vialada qui vadit de Osca ad Cesaraugusta* pase desde entonces por la villa. En opinión de Del Arco, esto demuestra que Almudévar no era la *Burtina* del Itinerario, sino otra mansión más al Oeste, tal vez, el actual Hospital de la Violada. Piensa que este hospital sería fundado por el monasterio de San Juan de la Peña, al que Sancho Ramírez y Pedro I concedieron la cuarta parte de Almudévar y Torres de Violada. Este último lugar no se ha localizado hasta ahora, pero, a mi juicio, no es otro que los actuales castillos, alto y bajo, de San Juan, a la izquierda de la carretera de Huesca a Zaragoza. Efectivamente, leyendo los documentos de las colecciones de Salarrullana y Ubieta se ve que Torres de Violada se hallaba entre Almudévar y Huesca, pero, además, un documento de delimitación de términos del año 1507, que he encontrado en el Archivo Histórico Provincial, no deja lugar a dudas, pues se afirma que confrontaba con Almudévar, Vicién, Puy Vicién y Prebedo, puntualizándose con toda exactitud los correspondientes mojones, dando fin de esta manera a los pleitos entre el Concejo de Huesca y el señor de Vicién (A. H. P. H., prot. 372, f. 43 v.º). Por último, Torres de Violada fue objeto de una concordia entre el monasterio de San Juan de la Peña y la ciudad de Huesca en 3 de septiembre de 1560; ya en esta época, se le conocía con el nombre de monte de San Juan, por pertenecer, como he dicho, a este monasterio, hasta que pasó enteramente a manos del Concejo oscense, en virtud de venta efectuada el 24 de abril de 1609. Con esta localización queda planteado un problema, que esperamos abordar en otra ocasión. ¿Pasaba por Torres la vía romana? ¿Se trata simplemente de que en el siglo XI *Via lata* era, además de un camino, el nombre de una comarca, como ocurre actualmente?

En conclusión: creemos que tanto los documentos alegados por Del Arco como la localización de Torres de Violada plantean nuevos problemas en torno al estudio de la vía romana de *Ilerda a Osca* y *Cesaraugusta*, que habrán de tenerse en cuenta por los arqueólogos dedicados a esta clase de trabajos.—*Federico Balaguer*.

OLIVÁN BAILE, FRANCISCO: *La musa Clío viste de luto. Ricardo del Arco y Garay (1888-1955)*. «Aragón» (Zaragoza, 1955), núm. 236, págs. 11-12.

Francisco Oliván Baile, colaborador de la revista «Aragón», órgano del Sindicato de Iniciativas, y también de ARGENSOLA, publicó en el número correspondiente al tercer trimestre, por encargo de la dirección de la mencionada revista, una nota necrológica sobre Ricardo del Arco, en la que traza, con justeza y sobriedad, la semblanza del maestro, aludiendo a los principales acontecimientos de su vida y a sucesos y recuerdos personales.

El autor, que compara a Del Arco con el célebre cronista aragonés del siglo xvii don Jusepe Pellicer de Salas, se detiene preferentemente en las actividades desarrolladas por don Ricardo como socio del SIPA desde septiembre de 1928 (relacionese esta fecha con las polémicas oscensistas del entonces presidente de la Sociedad «Turismo del Altoaragón») y como colaborador de «Aragón» desde el número correspondiente a octubre de 1929, en el que publicó un artículo titulado *Interés histórico y arqueológico del Altoaragón*. Oliván enumera los artículos publicados por Del Arco en esa revista hasta el año 1937. Desde esta fecha su colaboración no fue tan persistente.

Y al hablar de los artículos de Del Arco en «Aragón», haremos notar que esta revista publicaba antes índices de los trabajos aparecidos durante el año, facilitando así su consulta, práctica que desgraciadamente ha cesado. ¿No sería posible volver a publicar en el último número de cada año un índice breve? Las ventajas que reportaría sobrepasarían a los posibles inconvenientes de orden económico, ya que el índice no ocuparía más de una página.—*Federico Balaguer*.

LOSTE, LORENZO: *In memoriam. Una recia figura aragonesa*. «Milicias de Cristo» (Huesca, 1955), n.º 64, p. 6.

Necrología y semblanza de don Ricardo del Arco, que fue colaborador de la revista, en la que publicó varios artículos. Loste exalta la memoria del erudito cronista, al que califica de «auténtica figura aragonesa, que no desentonaría junto a las que él reunió en uno de sus libros más gustosos y amenos» y analiza las características más sobresalientes de su vigorosa personalidad. Al final, va un resumen de los hechos salientes de su vida, con alusión a sus actividades como miembro de la Acción Católica, a la que sirvió en destacados cargos directivos. El artículo va ilustrado con una fotografía de Del Arco.—*Federico Balaguer*.

INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES



PRESIDENTES DE HONOR

- Excmo. Sr. D. Ernesto Gil Sastre, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.
- Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Lino Rodrigo Ruesca, Obispo de la Diócesis.
- Ilmo. Sr. D. Fidel Lapetra Yruretagoyena, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.
- Ilmo. Sr. D. José Gil Cávez, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento.

CONSEJO PERMANENTE

- Presidente:* D. Virgilio Valenzuela Foved.
- Secretario:* D. Federico Balaguer.
- Director de la revista ARGENSOLA:* Dr. D. Miguel Dolç.
- Director de la cátedra «Lastanosa»:* D. Salvador M.^a de Ayerbe.
- Vocales:* Dr. D. Antonio Durán Gudiol.
D. José María Lacasa Coarasa.
- Vicesecretario-Administrador:* D. Santiago Broto Aparicio.

